

ARMANDO FUENTES AGUIRRE, *CATÓN*,

EL  
**SALTILLENSE**  
DE TODA  
**LA VIDA**

COMPILADOR: JESÚS DE LEÓN MONTALVO

Armando Fuentes Aguirre, *Catón*, el saltillense de toda la vida



Opiniones de Enrique Krauze, Horacio Franco, Fernanda Familiar, Miguel Sabido, Eduardo Caccia, César Costa, Diana Galindo, Esperanza Dávila Sota y Sergio Cisneros





ARMANDO FUENTES AGUIRRE, *CATÓN*,

EL  
**SALTILLENSE**  
DE TODA  
**LA VIDA**



ARMANDO FUENTES AGUIRRE, *CATÓN*,

EL  
**SALTILLENSE**  
DE TODA  
**LA VIDA**

COMPILADOR: JESÚS DE LEÓN MONTALVO



ING. MANOLO JIMÉNEZ SALINAS

PRESIDENTE MUNICIPAL DE SALTILLO

LIC. IVÁN ARIEL MÁRQUEZ MORALES

DIRECTOR GENERAL DEL INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA

M.M.I. ELSA LUCÍA TAMEZ AGUIRRE

COORDINADORA EDITORIAL

SALTILLO, 2018

©D.R. GOBIERNO MUNICIPAL DE SALTILLO

©D.R. INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA DE SALTILLO

©D.R. JESÚS DE LEÓN MONTALVO

EDICIÓN: Elsa Tamez / Iván Márquez

INVESTIGACIÓN: Elsa Tamez

CORRECCIÓN: Cristina Araiza

DISEÑO EDITORIAL: Nereida Moreno

ISBN: 978-607-8419-37-1

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

*PRINTED AND MADE IN MEXICO*



*Armando Fuentes Aguirre, Catón*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018



## A MODO DE BIENVENIDA

*Caminante, no hay camino,  
se hace camino al andar.*  
Antonio Machado

El poema de Machado termina: “Caminante, no hay camino, sino estelas en la mar.” Estelas que nos ha regalado Armando Fuentes Aguirre a lo largo de su trayectoria como cronista. Huellas imborrables. Sendero para las nuevas generaciones, construido con tinta y papel, pero sobre todo con lucidez e inteligencia.

Hoy, el Gobierno Municipal de Saltillo, a través del Instituto Municipal de Cultura, celebra los ochenta años de vida de Armando Fuentes Aguirre, *Catón*, y sus cuarenta años como cronista de Saltillo, agradeciendo su amor por la ciudad a través de este libro homenaje.

Cada línea escrita por don Armando lleva consigo una historia y, por supuesto, su mirada crítica y experimentada, con un lenguaje pulcro, tanto hablado como escrito. Una línea basta para que él vacíe en ella su filosofía. Leer a Catón resulta ameno, pero escucharlo y convivir con él, una experiencia enriquecedora. Por eso, este sencillo y sincero homenaje. Por sus aportaciones a nuestra sociedad y su compromiso con la misma. Por su buen humor y por dibujarnos una sonrisa diariamente.

A continuación te presentamos la historia de vida del hombre que contribuye a que Saltillo sea un gran municipio.

**Ing. Manolo Jiménez Salinas**  
Presidente Municipal de Saltillo



## A MODO DE PRESENTACIÓN

Soy seguidor de las columnas de don Armando Fuentes Aguirre desde niño. Hoy es un placer y un honor que a través del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo se rinda homenaje a una persona a quien respeto y admiro. Aplaudo su compromiso con la sociedad saltillense y su incansable labor con la pluma. Admiro la facilidad de envolvernos con su lenguaje y su filosofía. La humildad y el cariño con que realiza su trabajo lo han posicionado donde ahora se encuentra: uno de los escritores más queridos a nivel nacional.

Con gran orgullo celebro su aniversario y estoy seguro que estos ochenta años son apenas el principio de una gran leyenda. El cariño que profesa por nuestro Saltillo hace de él un ciudadano ejemplar. Ciudadanos como don Armando hacen de esta sociedad una más llevadera, porque su optimismo siempre aparece ante las adversidades sociales, que no son pocas. Pero ellos están ahí para recordarnos que el Sol siempre vuelve a brillar y ellos mismos nos regalan un poquito de su luz.

Catón es un humanista en toda la extensión de la palabra. Sus temas lo convierten en un hombre universal. Filosofía, música, letras, pintura, construyen al ser humano que conocemos. Al ser humano que encaja en todos los círculos sociales porque siempre tiene una palabra de aliento y una sonrisa que ofrecer a su público. En este aspecto radica su universalidad. Diría que Catón es un hombre de mundo, porque el mundo lo quiere; pero no, Catón es nuestro. Por eso cuando me preguntan “¿a poco Catón es de Saltillo?”, con orgullo puedo responder “sí, es de Saltillo y de los saltillenses”.

Agradezco a don Armando Fuentes Aguirre su incansable labor como cronista de la ciudad a lo largo de estos cuarenta años, herencia invaluable para los ciudadanos. Deseo sinceramente que su trabajo continúe rindiendo frutos y se conserve siempre entre el cariño de los lectores.

**Lic. Iván Ariel Márquez Morales**  
Director General del Instituto Municipal de Cultura

## ACCIÓN DE GRACIAS

Nací en Saltillo. Pude haber nacido en París, Roma, Nueva York o Londres, pero algo bueno hice en alguna existencia anterior, y Diosito me premió haciendo que en Saltillo viera la primera luz.

Aquí vine al mundo. Y aquí, si el dueño de la vida y de la muerte no dispone otra cosa, saldré de él. Nunca quise dejar esta ciudad, pues lejos me siento fuera de lugar. Cuando voy a Monterrey, tan pronto paso por Ramos Arizpe empiezo a cantar aquello de “qué lejos estoy del suelo donde he nacido...” Cuando me alejo de Saltillo, siquiera sea un poco, experimento los síntomas de todas las enfermedades habidas y por haber, aun de las más exóticas y raras. Si por males de mis pecados me sacaran de Saltillo como se saca de raíz un árbol, conmigo sacarían también a la Catedral, la Alameda, el Ateneo y la Normal.

En estos días he completado ochenta años de vida. La mitad de ellos he sido cronista de la ciudad. Debí ese privilegio a don Óscar Flores Tapia, ilustre saltillense. Llevaré tal distinción hasta que a mí me lleven, pues el cargo que desempeño, a más de honorífico, es vitalicio.

Venturosa edad es ésta mía, aunque ya corresponda a la que que Manrique llamó en sus doloridas coplas “el arrabal de senectud”. Dios me ha dado hasta este día buena salud y ánimo bueno, y eso ayuda a que los ajes del cuerpo y los alifafes del espíritu no me hagan demasiado daño. También me fortalecen los seres a quienes amo y que me dan su amor: mi señora —señora en el sentido de esposa; señora en el sentido de dueña—, mis hijos y mis nietos, mis hermanos, mis amigos, mis cuatro lectores, la

bondadosa gente que en los caminos por los que voy, juglar itinerante, me expresa su afecto y me brinda su amistad.

De rodillas debería yo vivir, dando gracias al Señor por ser conmigo tan señor. He dicho siempre que el Padre ama a todas sus criaturas, pero más a los niños y a los viejos. A los niños porque acaban de salir de sus manos; a los viejos porque ya vamos a llegar a sus amorosos brazos.

Doy gracias por todas esas gracias, y por mil más que no menciono. Todo es gracia, decía Bernanos. Entonces por todo debemos dar las gracias, incluso por lo que no entendemos. ¿Qué podemos entender los hombres? Apenas unas cuantas letras y unos pocos números. Al fin de la jornada te das cuenta que la vida no es cuestión de entendimiento, sino de sentimiento. El arte de vivir, he aprendido, consiste en ser feliz y en dar felicidad a los demás.

Doy gracias a mis padres y a los de mi compañera, segundos padres para mí. Doy gracias a María de la Luz, la mujer sin la cual no habría sido yo pleno hombre; mis castillos en el aire caerían sin los cimientos que ella les pone. Doy gracias a Luly, mi adorada hija: en este libro está lo que de mí ha guardado con amoroso celo. Expreso mi particular agradecimiento a Manolo Jiménez, joven y talentoso político de quien Saltillo ha recibido mucho bien; a Iván Márquez, gran promotor cultural que enriquece a nuestra ciudad con su trabajo; a Elsa Tamez, a Jesús de León Montalvo, a Cristina Araiza y a Víctor Mendoza, quienes pusieron su talento y dedicación en este homenaje al cronista que se esforzará hasta el fin de sus días en merecerlo.

Y especialísimas gracias doy a mis paisanos saltillenses. Ellos han hecho que sea yo profeta en mi tierra. Me acerco al final de mis días con ánimo sereno, alegre y sin espinas en el alma. Si algo me apena es el pensamiento de que he recibido mucho y he dado muy poco. El honor que el Cabildo de mi ciudad me hace al editar este libro es otro inmenso honor. A quienes me han favorecido tanto, les digo que los días que me quedan los dedicaré en alma y cuerpo a dar lo mejor de mí a esta amadísima ciudad. Y les digo también que si el buen Dios, por su infinita misericordia, perdona mis pecados y voy a dar al cielo, San Pedro tendrá que atarme con cadenas para que no me regrese acá, a Saltillo.

**Armando Fuentes Aguirre, Catón**

Cronista de Saltillo

Verano de 2018.  
En mi casa de la antigua calle de Santiago,  
esquina con el callejón del Caracol



*Armando Fuentes Aguirre, Catón, en su casa de General Cepeda, esquina con el callejón del Caracol*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018



## UN SALTILLENSE PARADIGMÁTICO

*Yo no quiero ir al cielo, yo vivo en Saltillo.*

AFA

Dentro de los cronistas urbanos, Armando Fuentes Aguirre, *Catón* (Saltillo, 1938), es una excepción que debería ser la regla. Además de ser un escritor que entrega un espejo en el que cotidianamente se ven sus conciudadanos, es una especie de paradigma de lo que debiera ser el saltillense ideal. Catón podría verse como la personificación de aquellos rasgos y conductas que definiríamos como idiosincrásicamente saltillenses.

Esto nos lleva a preguntarnos si los cronistas de otras ciudades del país tienen una relación tan estrecha, un vínculo tan consustancial con sus respectivas ciudades. Tal vez sólo la Ciudad de México haya tenido varios de estos cronistas, quienes crean una especie de extraña dinastía, al mismo tiempo singular y emblemática. La línea va de Artemio de Valle-Arizpe (saltillense, para más señas) pasando por Salvador Novo (coahuilense de formación) y termina —por el momento— con Carlos Monsiváis.

Cada uno de estos exponentes se define por una actitud ante la historia y la cultura que, al mismo tiempo que los ubica, reinventa su tema: la ciudad.

Armando Fuentes Aguirre ha escrito variadas crónicas de la cotidianidad local. Su permanencia en su desempeño es un hecho insólito en Saltillo, cuya larga historia de cerca de 450 años sólo ha registrado la existencia de tres cronistas que han alcanzado, aparte del reconocimiento público, el nombramiento oficial: José García Rodríguez, Sergio Recio Flores y Catón.

En las columnas de Catón encontramos sucesos de nuestra historia, pero también anécdotas, relatos curiosos y descripciones de personajes atípicos de las regiones y ciudades mexicanas a donde lo lleva, día tras día, su actividad de conferencista. En el libro *Los caminos del juglar*.

*Un paseo por la vida de Armando Fuentes Aguirre, Catón* (2009), el cronista de la ciudad de Saltillo afirma que, aunque sabe que es el editorialista más leído del país, él preferiría ser ponderado como “el más querido” (p. 21).

He llegado a pensar que la razón por la que los saltillenses leemos a Catón es por el temor de que, si alguna vez faltamos a esa costumbre, algo terrible podría pasarle a nuestra amada Atenas del Noreste, y eso en verdad es un tema de reflexión. Catón, en su inconmensurable amor por esta ciudad, nos preserva de desaparecer, igual que los habitantes de Macondo en *Cien años de soledad*.

¿Qué mejor reconocimiento para un cronista que ofrecer un libro que reúna una selección de sus obras y de las opiniones que las mismas han suscitado? ¿Qué institución más idónea que el Ayuntamiento de su ciudad natal para realizar este merecido homenaje?

En este libro, Armando Fuentes Aguirre es reconocido y ponderado por personas afines a su ocupación, pero también por aquellos que no sólo ejercen tan digno y noble oficio. Catón tiene seguidores dentro de la farándula, la televisión, las bellas artes. Tiene colegas de otras partes que opinan sobre él y lo elogian, así como amigos cercanos, que desde la aparente cotidianidad de sus relaciones afectivas, nos dicen cosas reveladoras sobre el personaje.

Este mosaico tan diverso, también contiene imágenes de valor incalculable, que pertenecen a la colección particular de Luz María Fuentes de la Peña, hija de nuestro cronista. El resto de las fotografías fueron tomadas por Víctor Mendoza, fotógrafo del Instituto Municipal de Cultura, durante el proceso de edición de este libro que, desde diferentes ángulos, retrata a Armando Fuentes Aguirre: el amigo, el maestro, el colega, el periodista, el humorista y, por supuesto, el ser humano.

Catón es esto y mucho más. Cualquier administración alcanza con este gesto uno de los logros más significativos.

Honor a quien honor merece.

**Jesús de León Montalvo**

Compilador



*Armando Fuentes Aguirre con Ronald Reagan, cuando fue gobernador de California*  
Colección: Luz María Fuentes  
Circa: 1967

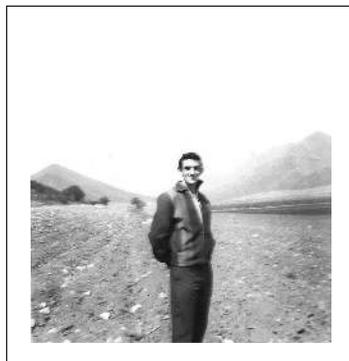


*Armando Fuentes Aguirre con John Volpe, gobernador de Massachusetts*  
Colección: Luz María Fuentes  
Circa: 1960



*Armando Fuentes Aguirre con Carlos Fuentes*  
Colección: Luz María Fuentes  
Fecha: s/f

**ARMANDO FUENTES AGUIRRE, CATÓN**  
UNA VIDA CON BUEN HUMOR, UNA VIDA DE BUEN HUMOR  
POR JOSÉ LUIS ESQUIVEL



**LA INFANCIA EN SALTILLO**

Mientras en el otoño de 1937 Francisco Franco llevaba en España un año de hostilidades contra los republicanos y Adolfo Hitler, el Führer del Estado alemán, soñaba con su política expansionista, aquí muy cerca, en Saltillo, Coahuila, un enamorado matrimonio hacía planes para traer a este mundo a su segundo hijo.

Don Mariano Fuentes Flores y doña Carmen Aguirre de Fuentes —casados el 25 de abril de 1936— veían discurrir sus días en la apacible ciudad, entregados a su vocación de esposos en la calle de General Cepeda sur Núm. 443, casi esquina con Caracol, a dos cuadras de la plaza San Francisco.

Ella, a sus 34 años de edad, dedicaba su tiempo a la lectura diaria, a la poesía y al teatro en aquella época de los Contemporáneos de Salvador Novo y Xavier Villaurrutia, en que la mayoría de las mujeres no tenían otra opción más que ser buenas amas de casa “cargadas y en el rincón”, se decía, “como las escopetas”, a pesar del estirón o sacudida que había dado a las aspiraciones femeninas una mecenas cultural llamada Antonieta Rivas Mercado, fallecida unos años antes —en febrero de 1931— de forma trágica.

Él, tenedor de libros, luchaba a brazo partido por el sustento diario, pues el primogénito, Jorge, ya exigía todo lo que un niño necesitaba desde temprana edad. Por otra parte, debía don Mariano tener siempre un “guardadito” para cumplir con la afición de su mujer al cine, no obstante que el buen hombre gustaba más acompañarla reli-

*Armando Fuentes Aguirre en el rancho San Francisco en la Sierra de Arteaga, Coahuila*  
Colección: Luz María Fuentes  
Circa: 1960



*Armando Fuentes Aguirre aprendiendo a caminar de la mano de su mamá en la casa de Radio Concierto*  
Colección: Luz María Fuentes  
Circa: 1939

giosamente a misa y al rancho, que ver las películas en blanco y negro, lo cual delegó después a sus hijos cuando éstos crecieron.

“Por primera vez nos enlazamos, de diez a once de la noche, para transmitir La Hora Nacional”, decía el locutor el domingo 25 de julio de 1937, a las 22:00 horas, con tal entusiasmo como queriendo ser escuchado a lo largo y ancho del país por un gran auditorio, a través de todas las estaciones de radio donde ya eran populares, desde 1934, las nuevas canciones de Cri-Crí, El Grillito Cantor, estrenadas en la XEW.

“Hemos de expropiar el petróleo si las cosas no mejoran”, se oía exclamar en el Palacio Nacional al presidente Lázaro Cárdenas, cuyo gobierno a partir del 1 de diciembre de 1934 y tras la expulsión de Plutarco Elías Calles en 1936, había puesto en alerta a muchos por sus afanes de una educación socialista y el reparto agrario. “Sí, sí”, se oían al eco los colaboradores, al instante en que aplaudían en su última gira por Yucatán y le presentaban un ejemplar del periódico *El Nacional*, fechado el 4 de agosto de 1937, cuyo encabezado destacaba en mayúsculas y a dos pisos: “La revolución hará el reparto de las haciendas henequeneras”.

Se hablaba en el periódico de la grandiosa manifestación al presidente y del renovado entusiasmo del pueblo yucateco durante el discurso. “Con los henequenales, reciben los campesinos mínima compensación por la sangre derramada en sus luchas por la tierra”, subraya un breve epígrafe.

Y meses después, en pleno ajetreo internacional, mientras Alemania anunciaba el nacimiento de un nuevo orden, aquí muy cerca, en la entonces silenciosa ciudad del aire acondicionado, doña Carmelita anunciaba el nacimiento de un nuevo varón. Era el 8 de julio de 1938, un día de poco frescor en el ambiente y de mucha calidez también en la familia Fuentes Aguirre.

“Qué hermoso bebé”, exclamaba la nana Lucía, meciendo amorosamente al recién nacido, mientras se escuchaban comentarios a granel sobre el polémico libro del famoso coahuilense Vito Alessio Robles, *Mis andanzas con nuestro Ulises*, recién salido en 1938 de las prensas de Ediciones Botas y que era una semblanza en contra de José Vasconcelos, uno de los personajes culturales y políticos más populares y controvertidos de la época.

Don Vito Alessio Robles acababa de ser muy cuestionado, como representante de los profesores del Ateneo Fuente de Saltillo, por una entrevista con el presidente Lázaro Cárdenas, en unión de varios jóvenes estudiantes que representaban a los alumnos, para arreglar un conflicto surgido en aquel glorioso instituto.

Lucía, la nana del recién nacido, entendía poco de esas cosas de libros y de historiadores, pero sí de ternura y atenciones con la criatura de los Fuentes Aguirre. “Déjame a

mí también verlo y cargarlo en mis brazos”, replicaba con voz de viejo querendón don Mariano Fuentes Narro. Y le hacían segunda el consuegro de éste, José María Aguirre Narro, papá Chema, y doña Liberata Flores de Aguirre, mamá Lara, mujer dedicada a sus hijos y a los rezos a San Francisco, santo varón de su dilatada devoción.

El abuelo Mariano Fuentes Narro, perteneciente a muy antiguas familias de gran tradición saltillense, no cabía de gusto ante el anuncio de una nueva rama de su árbol genealógico, y cómo anhelaba que su difunta esposa, doña Felipa Flores de Fuentes, hubiera contemplado aquella criatura a la que él veía con singular ternura, como se ve la prolongación de la vida en los seres que son regalo y compromiso en el seno de un hogar: el de los Fuentes.

Armando Sergio, como fue bautizado de inmediato, llegó entre dolores de parto de una nueva sociedad mexicana sacudida por los efectos del decreto de la expropiación petrolera en marzo de 1938, así como por la Guerra Civil española y la inminencia de la Segunda Guerra mundial, pues cuando el pequeñín apenas abrió los ojos, el periódico *El Norte* de Monterrey, que empezó a circular su primer número el jueves 15 de septiembre, dio a conocer la conferencia entre Chamberlain y Hitler en un intento desesperado de Londres por dar el último paso contra la conflagración que tenía en vilo a los habitantes de Berlín.

Alemania celebraba el pacto de Múnich del 28 de septiembre de 1938, merced al cual obtuvo los territorios que reclamaba de Checoslovaquia. Y un año después, el 1° de septiembre de 1939, tras la invasión de Polonia, la estrujante realidad abrasó a los primeros dos países: Francia e Inglaterra, terminando por incendiar a muchos más, incluyendo a México, a donde empezaron a llegar ese año los republicanos españoles asilados por el presidente Cárdenas.

Tata Lázaro terminaría su periodo gubernamental en 1940 y desde 1938 habían empezado las movilizaciones políticas, lo que llevó a los empresarios de Monterrey, además de fundar el periódico *El Norte*, a promover otras iniciativas, pues ya había arrancado la organización de la oposición a nivel nacional hasta culminar con la creación de nuevas siglas: Partido Acción Nacional (PAN), ya que don Manuel Gómez Morín insistía en que “la política es el camino más ancho para la caridad”.

¿Y si la situación se complicaba a la hora de la hora? ¿Y si Estados Unidos era arrastrado a la Guerra? ¿Y si Hitler era en verdad un loco o un guía iluminado? ¿Y si...? Tantas dudas se arremolinaban en el ánimo, porque las cosas estaban para pensarse en lo nacional y en lo global.

Imposible que no se alterara la tranquilidad del pequeño industrial que era don Mariano Fuentes Narro quien, dedicado a ganarse la vida con el trabajo de sus manos

en la fabricación de pastas para sopas, no sabía lo que podría ocurrir con su futuro y el de sus seis hijos en caso de avanzar la susodicha guerra mundial, tan difundida por la radio y la prensa. Él había conformado una familia no de ricos ni de potentados sino de gente laboriosa, y la sombra de la incertidumbre pesaba en el ambiente.

En cambio, don Mariano Fuentes Flores no se “arrugaba” —como se dice ahora— pues como nuevo padre de familia sabía que tendría que contar con una reserva moral para seguir adelante y garantizar un porvenir promisorio a los suyos. Sus estudios en el antiguo colegio de San Juan Nepomuceno, a cargo de los jesuitas, lo habían nutrido de algo más que del título de tenedor de libros y contaba con una seguridad en sí mismo que envidiaban quienes lo conocían.

Doña Carmen Aguirre de Fuentes, cuyos orígenes familiares se remontan a Artega, Coahuila, contaba que sus padres, José María Aguirre Narro y Liberata Flores de Aguirre, habían emigrado a General Cepeda, por el rumbo de Torreón, donde ella consolidó un férreo carácter a prueba de retos en sus primeros años de vida, cuando ya alboreaban en el horizonte los primeros destellos de la Revolución mexicana. Niña aún, nacida en 1903, había llegado alrededor de 1909 a Saltillo, que le abrió las puertas de una escuela primaria para dar pie a sus inquietudes de precoz declamadora, poeta, escritora, directora de teatro y fundadora del círculo literario María Enriqueta.

Y fue dicha ciudad también la cuna de otro descubrimiento afortunado en su vida, cuando conoció a quien sería su amoroso cónyuge durante décadas, y con quien procrearía, además de Jorge y Armando, a Odila y a Carlos.

Cómo evoca don Mariano Fuentes Flores aquellos días en el antiguo colegio de San Juan Nepomuceno, donde había estudiado también don Isaac Garza y su hijo don Eugenio Garza Sada, los pilares de la Cervecería Cuauhtémoc de Monterrey desde 1890. También se encontraron ahí, como compañeros de primeras letras, a don Vito Alessio Robles y Emilio, el hermano de don Francisco I. Madero.

Su edificio —convertido hoy en Museo de las Aves— y sus viejas instalaciones son un rumor de voces perdidas en el tiempo, como perdidas en el tiempo están quedando las antiguas tradiciones de los bailes de disfraces, desfiles de carros alegóricos, combates de flores y cascarones llenos de confeti, al poner fin con júbilo al carnaval, a la alegría profana que quedaba atrás en la Cuaresma y en la Semana Santa, a las que con tanto respeto se apegaban don Mariano y los suyos, cubriendo los grandes espejos de sus casas con severos lienzos negros e imponiéndose sacrificios y mortificaciones por la significación de las fechas.

Doña Carmen Aguirre de Fuentes, a su vez, no cesaba de enseñar a su hijo mayor a declamar el prolongado monólogo *El Cascanueces*, y promovía con fervor el teatro en

Saltillo, para ganarse con todas las de la ley el título de audaz precursora del feminismo —aunque ella misma nunca se asumiera como feminista—, pues le apuraba mucho ser plenamente mujer cuando era difícil serlo, y con sus obras luchaba por la defensa de los derechos de la mujer y lo decía a voz en cuello. Escribir poesía le gratificaba plenamente, pero leer todavía le era más placentero, así que en aquella vieja casona de General Cepeda sur Núm. 443, esquina con Caracol, no faltaban las amenas tertulias y veladas literario-musicales, con un hermoso piano al centro.

Mi madre fue pionera del feminismo en Saltillo, aunque no se nombraba feminista. A finales de los cuarenta un periódico local, *El Diario*, publicó una especie de sátira en verso hablando de que la mujer debería estarse en casa, no participando en las actividades de orden intelectual, ni artístico. Es decir, la mujer para la cocina, la mujer para el esposo, la mujer para los hijos: el rol tradicional. Mi madre contestó en verso a quien firmaba como El Charro Negro, creando una polémica que llamó poderosamente la atención de la ciudad. La gente seguía la réplica de cada uno. Ella mandaba sus respuestas por correo bajo el seudónimo de La China Poblana; nadie sabía quién era. El Charro Negro contestaba al día siguiente hasta que finalmente reconoció su derrota caballerosamente.

Era una apasionada del cine. Mi padre, en cambio, solía decir que dormía mejor en su casa, sin embargo apoyaba sus aficiones. No le ponía obstáculos en un tiempo en el que el marido consideraba que su esposa era propiedad suya. A ella no le importaba el “qué dirán”. Cada año viajaba a la Ciudad de México a estudiar teatro. Tomó clases con Andrés y Fernando Soler, Salvador Novo y Julio Prieto. También escribía poesía y tenía un programa radiofónico donde leía poemas con el nombre de María del Carmen.

A principio de los años cincuenta, el arquitecto Alfonso Gómez Lara, gran persona y amigo queridísimo, hizo una observación que probablemente ningún saltillense había notado: toda actividad cultural de Saltillo era realizada por



*Pintura de Carmen Aguirre de Fuentes en el papel de Bernarda Alba*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018

mujeres. Además, las principales cuatro promotoras del arte llevaban el mismo nombre: Carmen. En el ballet, Carmen Guerra de Weber; en la pintura y la música, Carmen Harlan Laroche; en la danza folklórica, Carmela Valdés; en la poesía y el teatro, Carmen Aguirre de Fuentes.

*Armando Fuentes Aguirre, Catón, en conversación durante el proceso editorial de este libro.*

En 1945 el pequeño Armando, escolapio lasallista, recitó en la fiesta de Navidad del colegio unos versos sobre la triste suerte de Checoslovaquia. Y lo hizo con tanta seguridad, que quienes conocían el medio ambiente que le rodeaba no dudaron en revirar hacia esas reuniones familiares. No importaban los estruendos de la Segunda Guerra mundial. El arpegio de aquellos corazones y del lustroso instrumento de teclado y percusión apagaba los efectos de las bombas en el seno de la familia Fuentes Aguirre.

La tradición así lo imponía, pues don Mariano Fuentes Narro fue tan cuidadoso de su pasado, que conservó con mucho cariño los muebles del siglo XIX de sus padres y rescató la devoción de antes hacia las charlas con los seres queridos y los amigos, así como las reuniones para cantar, declamar y jugar.

Hablan los muebles de la casa. Sus voces no se escuchan por el día, pero en las noches se oyen claras. Ayer, en la duermevela de la madrugada, sentí como un quejido. Prendí la luz y vi abierta la puerta del ropero que perteneció al abuelo, primer dueño de estas tierras. Me puse a hurgar en los cajones, para pasar el tiempo, y hallé un papel que pondría fin a las diferencias por cuestión de límites con el vecino.

Yo no digo que aquí haya un misterio. Lo que digo es que en todo hay un misterio. Queda en las cosas algo de sus dueños, una especie de aroma desvaído de lo que fue y ya no es. En esta casa del Potrero, de vastos aposentos y largos corredores, se oyen aún antepasados ecos. Rieron las señoritas en la sala; hablaron de dinero en el despacho lo señores; lloraron su pena en la capilla las madres de los niños muertos. Ahora los muebles dejan salir esas antiguas voces.

Yo las oigo en el silencio de la duermevela y me parece que muerte y vida son lo mismo, que decir “hoy” y decir “ayer” es la misma cosa. (Columna *Mirador* de Grupo Reforma).

Conchita Fuentes Flores, la tía de los pequeños Jorge, Armando, Odila y Carlos, no cesaba en su afán por compartir el tiempo con los niños y contribuir en su educación, con un método que tenía como centro el amor, la paciencia, la comprensión. Igual lo hacían Beatriz, Amelia y Adela, las hermanas de doña Carmen.

Cuánto calor humano había alrededor de aquellas figuras hieráticas de los Fuentes Aguirre, como las dos hijas profesoras de la abuela de Jorge, Armando, Odila y Carlos; profesoras que un día se quedaron sin sueldo a causa de una huelga y la anciana mujer, ocupado su pensamiento en el conflicto, una noche que recitaba la letanía del rosario, en lugar de decir “Reina de los confesores”, dijo “Reina de los profesores”, causando la hilaridad de los chiquillos durante una de las posadas religiosas de aquellos años en que la Navidad tenía un hondo sentido espiritual.

Oh, la Navidad. Cuánta nostalgia revive aún en la memoria de quienes vivieron esta fiesta —la más bella del año— durante la década de 1940 en la silenciosa ciudad de Saltillo en aquel tiempo que parecía inmóvil. El nacimiento, por ejemplo, tenía figuras de barro: un gallito, un ángel tornasolado y un burrito que fueron propiedad de los abuelos, de principios de ese siglo.

“¡Cuánta vida en verdad hay en las cosas!” publicó un día el ahora culto e ilustre periodista. Los antiguos creían que lloraban. *Sunt lacrimae rerum*, escribió Virgilio en el libro primero de *La Eneida*. Yo digo que las cosas también sonríen. Saben que el recuerdo pone una leve tristeza en las pasadas dichas, y un tenue velo de alegría en las penas de ayer.

Este tren sube y baja por los montes; pasa por un airoso puente sobre el lago en que nadan dos cisnes impertérritos; entra en un túnel, y cuando sale lanza el viento, como aliviado, el jubiloso clamor de su silbido. Este pequeño tren pone en el aire una espiral de humo. Por ella sube el son de la campana hasta llegar al ángel.

Este tren de juguete da vueltas y vueltas en torno al árbol de la Navidad, y no se cansa nunca. Lo ven mis nietos, sentados en semicírculo junto a la vía, y yo los veo a ellos, y en ellos me veo yo. Nunca se ha ido el niño que en mí vive. Eso me ayuda a ver las cosas de hoy con mi mismo asombro y la misma alegría con que las vi cuando era pequeño.

Aún lo soy, loado sea el Señor. Vivo en perpetuo gozo de la vida. Tengo infantil el corazón. Cuando se me haga viejo yo seré viejo también. Pero todavía no. (Columna *Mirador* de Grupo Reforma).

El pequeño Armando, en Nochebuena, colocaba en el comedor de la casa un vaso con leche para Santa Claus, con ricos buñuelos recién horneados, para que disfrutara

de un leve refrigerio. Y cuánta ilusión despertaba en el pequeñín no encontrar a la mañana siguiente ni los buñuelos ni la leche.

Uno de esos fríos días, camino al rancho, el padre de Armando le mostraba la lejana silueta de los pinos sobre los riscos de la sierra y le decía: “Es el cortejo de los Reyes Magos.” Él, niño de pocos años, miraba los árboles diminutos en la distancia, y descubría en ellos la forma de un caballo, de un elefante, de un camello, y hombres con turbante que cargaban baúles con regalos. Volvía a ver la altura al día siguiente y le parecía que el cortejo había avanzado, y que empezaba a descender por la falda de la sierra para llegar hasta su casa.

“Ha pasado ya más de medio siglo —cuenta ahora el escritor—, y cada vez que por estos días veo el perfil de la montaña vuelvo a oír las palabras de mi padre. Hace 25 años las dije yo a mis hijos, y ayer las dije a mis pequeños nietos. Si Dios quiere ellos dirán también esas palabras a sus hijos, y a los hijos de ellos. Éste es otro cortejo. Vamos en él mi padre y yo, mis hijos y mis nietos, y mil queridas sombras que antes fueron y que aún no son. Es el cortejo de la vida, con su baúl cargado de regalos”.

Yo amo la Navidad y la celebro.

Sucede que soy abuelo: en mis nietos otra vez mi infancia se inaugura, y soy niño con ellos. Alguien que me diga, entonces, si quedará algún lugar en mí para la fatigosa tarea, estudiada indiferencia, o para la pesada liviandad. Yo no he desprendido aún el infantil arte de entregarme, y me doy a la fiesta con ánimo festivo. Gozo los días navideños. Lleno mi casa, y yo mismo me lleno de foquitos. Resplandor hacia fuera y luz del alma hacia adentro. En la mesa soy hombre de dos mundos que disfruta lo mismo el lujo del pavo que pintó Norman Rockwell, que el lujo mayor —lujo de pueblo— del champurrado y los tamales.

Recorro la filmografía de la Navidad, desde Frank Capra a Chevy Chase. Releo la *Navidad en las montañas* de don Ignacio Manuel Altamirano, y el cuento de la eterna mezquindad y la bondad eterna que Dickens escribió. (Columna *Mirador* de Grupo Reforma).

En la niñez de Catón, como él lo recuerda, había ritos y tradiciones de la época que se cumplían —y se siguen cumpliendo en algunos casos— puntualmente. Leer una novela de Dickens, buscar una nueva receta de ponche, comprar otras figuras para el nacimiento y añadirlas a la colección de por sí grande, y regalar lo más significativo en esta fecha; pero sobre todo vivir la emoción de la convivencia, promover los valores del espíritu y someterse a los dictados del amor.

Los espacios de la casona eran propicios para ello, y no se desperdiciaba un día en nada que no tuviera que ver con la cultura y la fraternidad. Ahí, cabalmente ahí, el pequeño Armando empezó a asimilar la fruición de la inspiración poética y a roturar el sendero de la literatura y música, entre ruidos de máquinas de la fábrica de su abuelo y el cintilar de los rayos artísticos de los grupos de adultos que inundaban los salones.

El abuelo era paciente con los niños y llenaba su soledad de viudo con las risas cantarinas de los amiguitos de ellos que iban a jugar a “ladrones y policías”, por ejemplo, o a otras ocurrencias espontáneas, pletóricas de imaginación e ingenio, pues los infantes tenían poca noción de los desastres que alrededor del mundo dejó el encontronazo de los aliados contra Alemania, Japón e Italia, hasta septiembre de 1945.

A los cinco años de edad, Armando y sus compañeros de colegio hicieron la primera comunión, y el buen padre Secondo pidió a todos que antes de recibir a Jesús Sacramentado fueran con sus padres y les pidieran perdón por sus faltas de niños. Los chiquillos buscaron, cada quien, a sus papás y ahí en la banca les pidieron perdón.

La escena permanecerá imborrable en la mente de muchos de ellos cuando ya grandes, como Armando, evocarían: “No entendimos aquello; a los cinco años no es necesario entender nada. Pero ahora creo saber lo que aquel santo padre nos quería enseñar. Primero, que no estábamos pidiendo perdón a nuestros padres por las faltas que habíamos cometido —¿qué faltas podían ser aquellas?— sino por las que íbamos a cometer. Ellos, al fin papás, las perdonaban todas por adelantado. Y otra: el perdón de Dios sólo se puede hallar íntegro y pleno en el perdón de aquellos a quienes ofendimos”.

Después de la misa, hubo pan y chocolate en el domicilio de los Fuentes Aguirre. Y los días siguientes volvió a ser escenario de juegos y “escondidas” de los niños. Miguel Ángel Arizpe, uno de los chiquillos que frecuentaba a Armando en esos rincones de la casa de General Cepeda y Caracol, provocaba en los mayores la hilaridad por el atrevimiento de convertir a sus compañeros en animados locutores de una estación de radio, pues le bajaban el volumen al aparato justamente mientras duraban los comerciales, y ellos se entrenaban como anunciantes a la espera de una nueva melodía por la frecuencia preferida.

La radio tenía un embrujo especial para aquellos niños, como lo tiene la televisión para las criaturas de hoy, pues Adolfo Hitler, en Alemania, y Franklin Delano Roosevelt, en Estados Unidos, hicieron el primero de estos medios de comunicación casera un recurso muy útil para sus intereses políticos y le acarrearón gran fama.

Además, estaban de moda las radionovelas y las series dedicadas a personajes famosos. Y fue en una de estas series —donde doña Carmen Aguirre de Fuentes personificaba a Juana de Arco— que el pequeño Armando tuvo su primer “papel” teatral: el

director le entregó un papel de celofán para arrugarlo ante el micrófono y hacer así el sonido del fuego que consumía a Juana.

Pero además de la radio, la escuela primaria del colegio Ignacio Zaragoza, de los lasallistas, entretenía sobremanera y dejaba tiempo, después de las tareas, para que el pequeño Armando desahogara sus inquietudes y travesuras, así como para dar curso a su incipiente afición por los libros. Y ni el cambio a una escuela Anexa a la Normal, en sexto año de primaria, descarriló el entusiasmo de aquel niño que despertaba a la pubertad entre volúmenes de diversos autores, y escritos de su madre, sin faltar los textos de los deberes escolares y la asistencia a los oficios religiosos.

Sin embargo, en un pasaje autobiográfico, Armando, personificado por Jean Cusset, reniega de aquellos que en esos días “en nombre de Dios, pusieron el miedo en los humanos y nos quitaron el gozo de vivir haciéndonos creer que todo es pecado. Maldigo a quienes nos dijeron que el cuerpo es algo sucio, y que así nos ensuciaron el alma. Maldigo a quienes nos hicieron sentir, aun siendo niños, el peso de la culpa. Por ellos —en palabras de Jean Cusset— soñé pesadillas de infiernos y demonios. Por ellos tuve una idea torcida de Dios. Ellos me llevaron a oscuros pensamientos que de milagro no me volvieron carne de psiquiatra. Corrompidos, todo lo que tocaba con su desviada forma de creer lo corrompían. Mi vida en cierta forma ha sido un esfuerzo cotidiano para liberarme de las mentiras que ellos me enseñaron, para recuperar la belleza, la verdad y el bien que me quisieron arrebatarse”.

De todo tiene que haber en el trajín diario de una vida llamada a involucrarse en las profundas interrogantes sobre la trascendencia del ser humano. Y de todo hubo en esa infancia inquisitiva del futuro escritor saltillense que hoy evoca cómo gozaba bucólicamente las vacaciones con sus padres y hermanos en el rancho El Refugio, recorriendo sus inmensas praderas.

Las luciérnagas fueron, hace mucho tiempo, el misterio y ornato de mis noches de niño. Caía la noche sobre el campo y se encendían y apagaban los cocuyos, como si la oscuridad abriese y cerrase sus mil párpados.

Ayer fui al campo y lo vi lleno de luciérnagas. Las hojas de los árboles dejaban resbalar gotas de lluvia, y las briznas de hierba, humedecidas, tenían el resplandor de un brillo nuevo. Las luciérnagas eran como un silencioso estallido de fuegos artificiales.

Recordé cómo las aprisionábamos en frascos de cristal para luego, ya en la cama, ver que el cuarto se iluminaba con esplendores mágicos. Y pensé que eran mejores aquellos días, cuando uno tenía tiempo para buscar la luz aunque fuese en una luciérnaga.

En fin, quizá después vendrán tiempos mejores, y podremos detenernos a pensar si las estrellas son luciérnagas enormes, o si son las luciérnagas estrellas pequeñas. (Columna *Mirador* de Grupo Reforma).

Su tío Federico Sánchez le dio, además, unas vivencias exclusivas a esa edad, pues como ingeniero agrónomo, amó el campo y lo hizo producir e inclusive le tocó traer a México ganado vacuno de alto registro; de modo que el pequeño Armando se sobreco-gía al lado de aquellos enormes toros de altisonantes nombres: *Corsario Negro*, *Mariscal de Campo* y de aquellas majestuosas vacas —*La Palma*, *La Chavira*— que daban leche en abundancia y que la querida tía Beatriz repartía entre los suyos.

En esas mismas tierras de un verde purísimo se contempla él mismo contagiándose con los afanes literarios y teatrales de su señora madre, con sombrero de paja, componiendo versos debajo de un árbol, que ya nada más en sus versos es un árbol. De todo ese manojito de influencias y de todas esas visiones, en cierta forma, Armando Fuentes Aguirre comenzará a escribir desde los diez años de edad.

Muy escondido, pero bien identificado en parte de su biblioteca, Fuentes Aguirre conserva un pequeño diario de apuntes donde están sus primeros ensayos cortos sobre mitología griega e historia sagrada, además de otros temas que superaban los alcances de los niños de esa edad. No lo muestra a cualquiera —“por pudor”, dice—, pero se recrea a veces rele-yéndolo y lamentando que esté algo maltratado por el tiempo.

Cuando yo era niño, en mi casa no faltaba nada. Tampoco sobraba nada, sin embargo. Modesto empleado de oficina era mi padre, así que el dinero se destinaba a lo más indispensable: una buena alimentación y un buen colegio.

No obstante, nos dábamos grandes lujos. Los cumpleaños se festejaban con una visita a la nevería. Un *sundae*, lo más barato del menú, era delicia celestial. Los domingos acompañábamos la comida con refrescos. Si había una película de Disney, íbamos todos en caravana a verla.

Mi padre tenía su propio gran lujo: *Selecciones* del Reader's Digest. Mes tras mes lo compraba con devoción puntual. Lo paladeaba despacito, como nosotros nuestro *sundae*. Leía un artículo cada día nada más. Luego lo comentaba con nosotros o daba autoridad a su conversación con los antiguos trayendo a cuento datos sacados de la revista.

Cuando llegaba el nuevo ejemplar, el anterior pasaba a nuestra pequeña biblioteca en calidad de libro. Entonces lo leíamos nosotros. Lo que más me gustaba y leía era “La risa, remedio infalible”. Consultaba en el diccionario las palabras que no entendía; me aprendía



*Armando Fuentes Aguirre en unas vacaciones en el campo*  
Colección: Luz María Fuentes  
Circa: 1943

los chistes casi de memoria y luego se los contaba a mis amigos con enorme éxito. Quizá ahí se encuentre la semilla de mi afición al humorismo y de mi gusto por la palabra escrita.

Con su revista, *Reader's Digest* nos brinda amable compañía, enriquece nuestra conversación, nos muestra las mil y mil bondades de la vida y pone en nuestras manos la risa, seguro medicamento contra los males del cuerpo y del espíritu.

Ayer fue *Selecciones* la revista de mi padre. Hoy la recibo yo todos los meses: cada año, mis hijos, que también la leen, me regalan una suscripción. Con esas palabras agradezco de corazón a *Reader's Digest* todas las cosas buenas que ha puesto en nuestras vidas. (Columna *Mirador* de Grupo Reforma).

No era sólo el beisbol el que atrapaba sus inquietudes infantiles, aunque sí era el deporte que le ponía a prueba sus piernas de gacela y ligereza física para “robar” las bases; ni eran las complicadas maniobras que hacía para “apantallar” a sus amiguitos con el balero y el trompo de madera; ni las delicias de los famosos “garapiñados” lo que más recuerda Catón de aquella década. De todo hubo en su formación integral que, andando el tiempo, lo llevaría a ser eximio representante del oficio de juglar y cómico de la lengua.

“Vamos, por aquí... Tenga cuidado”, era la advertencia de quienes conducían al grupo de aquellos pequeños rumbo a la Catedral. No era un paseo frecuente, porque los chiquillos iban por lo común a la iglesia de San Juan, de modo que ir a Catedral se convertía en un paseo especial, ya que al contemplar de frente o de lado la monumental obra arquitectónica, antes y después de los rezos, la tentación de subir al campanario y mirar la ciudad desde lo alto, no dejaba otra salida más que el arrojito.

Cómo les atraía a esas generaciones el ir y venir de feligreses cada 6 de agosto, durante las fiestas del Señor de la Capilla, con todo el folklor propio de la fecha y las fervorosas celebraciones dentro de aquella iglesia, alma y corazón de Saltillo desde tiempos inmemoriales.

Pero un día murió el abuelo. Fue el año de 1949, y a los once años toda ausencia deja un vacío insondable. Se fue sin muchos aspavientos, pues todavía su rostro dibujó una sonrisa delicada a la hora del adiós definitivo. Armando lo vio y lo vivió con entereza. Y se solidarizó con su padre en aquel trance de dolor, aunque su edad apenas diera para comprender semejante prueba.

La casona —sus enormes espacios, su embrujo familiar— pasó de inmediato a manos de don Mariano Fuentes Flores y significó todavía más el área vital de Jorge, Armando, Odila y Carlos, pues debieron anudar esfuerzos y compartir vivencias en el difícil arte de aprender a volar con las propias alas.

“Dámelo, dámelo, es mío”, chillaba Armando en la pelea por la posesión de un juguete con Jorge. “Mira, entonces si yo te doy ese carrito a ti, tú no le muevas a Odila su muñeca de la camita”, condicionaba el hermano mayor, en tanto la chiquilla se refugiaba, como cotidianamente, todas las tardes, en el regazo de mamá Carmen. “Carlitos apenas camina pero ya va a venir a jugar con nosotros, amiguitos, y nosotros lo vamos a cuidar”, se sinceraban Jorge y Armando.

La animación no cesaba en aquel solar de recia construcción ni se rompía la unidad con nada dentro de aquella familia de rica tradición saltillense.

Cómo gozó Armando el día en que empezó a cursar la educación secundaria en la escuela Anexa a la Normal. Parecía descubrir en su nuevo grado todo un caudal de sorpresas como las que encontraba en cada página de un libro o en la charla amena con los otros estudiantes de la misma edad. Por otra parte, muy adentro de aquel chamaco se avivaba la emoción por la pronta elección de carrera, donde las letras jugaran un papel muy importante, si bien es cierto a los doce años ya soñaba con la música y las ansias de dirigir una orquesta le salían a borbotones por todos los poros. A los catorce obtuvo su credencial de locutor y en una estación de radio participó en un programa al que él mismo bautizó como Concierto, y que pasaba todos los días a las dos de la tarde.

El hoy polifacético coahuilense ha tejido este poema en prosa al conjuro evocador de aquellos días:

En la penumbra de la duermevela oigo la voz de un pájaro hecho música. ¿Qué insólita ave es esa que canta entre las brumas del otoño? Voy a la ventana y busco en el árbol al anacrónico rapsoda. No lo hallo; las ramas están desnudas de fronda y de canción.

Y sin embargo escuché trinar el ave. ¿Acaso el viento removió las arias de la primavera, aquellos cantos que se quedaron enredados en la ramazón, y los hace sonar otra vez, espectros de romanzas idas? En la casa de mi niñez se oían voces de repente, y nos decía la abuela que eran pláticas de antepasados cuyos ecos habían quedado en un rincón, y de ahí las sacaba un golpe de aire.

¿Será también, el canto que escuché, un eco revivido? Quién sabe. En todo caso sé que el viento invernal removerá algún día las ramas del corazón aridecido, y de éste saldrán recuerdos, como canciones de ave que se fue. (Columna *Mirador* de Grupo Reforma).

Hay tantas estampas polvorientas prendidas como imágenes venerables en las paredes de la memoria de Armando, que basta un clic de computadora para que los relatos fluyan uno a uno en cascada armoniosa, sobre la pantalla o el papel. Y es que los

sueños de aquellos días no han sido sepultados por el éxito de ahora, sino que podrían considerarse el punto de partida para nutrir las realizaciones de hoy. Porque aquel menudito estudiante, con un parecido físico a doña Carmela, cada vez mayor a medida que pasa el tiempo, no ha cejado en su empeño de vivir a plenitud su destino.

Manuel Machado, alto poeta, habría querido ser un buen banderillero. A mí me habría gustado ser un buen actor. Lo fui, medianejo, en mi temprana juventud. Muchas veces subí al palco escénico —así se decía— en obras de mucho impacto entonces, olvidadas hoy: *El niño y la niebla*, de Usigli; *El pobre Barba Azul*, de Villaurrutia.

Conocí entonces el misterio de ese magnífico rito religioso que es el teatro. Todavía, cuando estoy entre el público de una función teatral, siento mariposeo en el estómago al oír la frase sacramental que precede al levantamiento del telón: “Tercera llamada, tercera. Comenzamos”.

De aquellos tiempos tengo una memoria. Habíamos ensayado la última pieza de un dramaturgo oaxaqueño, Rodolfo Álvarez. Se llamaba *Martina* y trataba de amores ilícitos, tema sobre el cual hay siempre abundante material. Aquel tremendo drama concluía con el suicidio del hijo adolescente de la protagonista. Ese hijo era yo.

Sucede que el primer actor de la compañía, un apuesto galán de nombre Xavier Zetina —hermano de Guillermo, actor de cine—, consiguió que el Club Rotario de Parral, Chihuahua, nos comprara la función. Allí fuimos, en un viejo autobús que se descomponía con gran puntualidad cada treinta kilómetros. Cuando por fin llegamos al mineral encontramos a nuestros patrocinadores desolados y llenos de consternación. El cura párroco del pueblo, que tenía gran ascendiente moral sobre la población, había pedido ver el libreto de la obra. Lo leyó y quedó escandalizado. ¡Aquellos amores pecaminosos, aquel suicidio, aquellas encendidas escenas donde hasta un beso se veía lleno de pasión carnal!

Exigió a los patrocinadores que cancelaran la función. Ellos le hicieron ver que nosotros ya íbamos en camino, y que la obra se había anunciado ya. El inflexible Savonarola no cedió. Amenazó con tomar medidas tendientes a boicotear la representación. Fue entonces cuando llegamos. Rotarios al borde de un ataque de nervios. Zetina ideó un recurso: los integrantes del grupo iríamos a hablar con el padre a fin de rogar su comprensión. Todos los fondos que se recabaran se destinarían a una obra benéfica.

El sacerdote nos recibió hosco y ceñudo. Nada lo hizo cambiar de posición. La obra, dijo, era contraria a la moral, contravenía las enseñanzas de la Iglesia. Quien la viera se ponía a riesgo inminente de condenación. A él le correspondía la salvación de las almas. Si no renunciábamos a poner en escena esa inmoralidad, dedicaría los tres días que faltaban para la función a hacer una campaña a fin de alejar al público del teatro.

Como dijo, hizo. En todas las misas predicaba contra los fuereños que llegaban a romper a la ciudad con su espectáculo. Hablaba de lo que verían los que asistieran a esa vitanda representación: adulterio, fornicación, lujuria. Estuvimos a punto de cancelar la función: seguramente sería un fracaso. Pero ya estábamos ahí. El día fijado llegamos al teatro como quien va al patíbulo. Nos vestimos y nos maquillamos en silencio. Seguramente actuaríamos ante una sala vacía. Sorpresa: el teatro se llenó a reventar. Aquello fue un exitazo. Tuvimos que dar otra función al día siguiente, pues así nos lo pidieron nuestros jubilosos patrocinadores. Yo propuse ir a la parroquia a dar las gracias al señor cura por la publicidad tan efectiva —y tan barata— que nos hizo, pero no fue aceptada mi proposición. La buena fe rara vez encuentra eco. (Columna *Mirador* de Grupo Reforma).

Saltillo era una ciudad pequeña, con apenas cien mil habitantes, y las opciones no eran muchas como para fincar en ella la esperanza de obtener un título universitario de relieve. Por lo pronto, había que dar el estirón en esta etapa en la que los sentimientos se agitan con más fuerza a la vista de un titilante primer amor, en vísperas del ingreso al bachillerato.

¡Oh, el Ateneo Fuente de Saltillo! ¡Cuánta atracción irresistible sienten aquellos que sueñan con cursar el bachillerato ahí como paso *sine qua non* para entrar a la universidad! Ahí llegó nuestro admirado Armando, ya con la voz más grave y la agudeza mental más afilada, como su nariz y sus vivaces ojos, a seguir acumulando conocimientos y descifrando signos de todo orden, pues el latín era una asignatura que daba pie a la conformación de vocablos “domingueros” y al descubrimiento de significados de términos poco comunes.

Armando se embebió en esta lengua “muerta”, casi como graciosa huida hacia lo desconocido y como necesidad de reafirmar la expresión de un acervo inmenso de apogemas jurídicos, pues su mira apuntaba hacia la abogacía.

*Quae non est plena veritas, est plena falsitas; non semiveritas*, asentaba uno de ellos, y había que encontrarle la cuadratura al círculo para dar con su traducción: ‘Lo que no es plena verdad, es plena mentira, no verdad a medias’.

*Nullum delictum sine poena, et nulla poena sine lege*, sentenciaba otro que se clavaba en la mente de quienes entendían que ‘no debe haber delito sin castigo, ni castigo sin ley’, porque se veían ya litigando y de juzgado en juzgado o en bulliciosas agencias del Ministerio Público.

*Pessima tempora plurimae leges*: ‘Cuando los tiempos son pésimos hay abundancia de leyes’.

“Recuerden, en latín las palabras no se acentúan —advertía el profesor—, y la pronunciación de los diptongos *oe* y *ae* equivale a nuestra *e*, mientras que *ce* y la *ci* se remarcan castizamente como *che*. *Circiter, caecus, principium*, etcétera. Ah, y algo muy

importante para no errar en la dicción: las palabras que se pronuncian con nuestra *ci* castellana, en latín son aquellas que se conforman con la *ti*, seguida de una vocal, como *etiam* ('también'), *vocatio* ('vocación'), *laetitia* ('alegría'), etcétera.”

Muy pocos preparatorianos de aquellos años se sustraían al encanto de los latinajos (*Hodie tibi, cras mihi*: 'hoy por ti, mañana por mí') y a la composición arbitraria de palabras elegantemente pronunciadas con todas las reglas de rigor; como que era un sello distintivo de una alta educación, sólo superada por los sacerdotes de entonces, quienes desde su formación en el seminario, a partir de los doce años de edad, penetraban en el rico mundo de este idioma que es el puntual de las lenguas romances.

Además, las misas eran obligatoriamente en latín y muchas preces y cantos sagrados en los oratorios no tenían ni traducción, puesto que se daban por entendidos de tanto repetirlos; ni qué decir de las composiciones literarias del poeta de la antigüedad, Ovidio; el gran orador, político y pensador romano, Marco Tulio Cicerón; o del político e historiador Catón de Censor; de Tácito, de Terencio y de otros muchos.

No había llegado aún el aire modernizador del Concilio Vaticano II (1965-1965), que volcara en lengua vernácula los ritos de la iglesia católica, de modo que era común la lectura de los Evangelios en latín, y en latín gustaban de expresarse los alumnos bachilleres del Ateneo Fuente de Saltillo, donde los maestros saboreaban la materia sobre todo entre los amantes de las bellas artes.

Concluido este ciclo, la universidad acentuaba el estudio del latín, especialmente en aquellas carreras donde su conocimiento era ineludible; la abogacía era una de ellas, de modo que cuando Armando Fuentes Aguirre enfiló hacia la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), iba ya bien pertrechado de lo necesario para salir adelante, en tanto su hermano Jorge se decidió por la medicina: uno quería encerrar sus errores; el otro, enterrarlos.

“Creo que la disciplina de escribir —enfatisa—, esa perseverancia, la adquirí en la Escuela Normal, pero el Ateneo Fuente me dio un gran sentido de la libertad y de la búsqueda de la verdad”.

Obviamente ahí abrevó en la cultura de los grandes clásicos para poder pergeñar después estas líneas: “No sé si los griegos eran muy sabios por ser paganos o eran paganos por ser muy sabios. En todo caso su sabiduría está fuera de duda. Lo prueban esas dos cumbres del saber humano que son los *Diálogos* de Platón y el borrego a la griega. Los atenienses inventaron una institución política y social que desgraciadamente ha caído en desuso. Se llamaba ostracismo; era un exilio impuesto por la comunidad a quien podía hacerle daño. Votaban los ciudadanos sobre esa forma de destierro inscribiendo en una concha de ostra —de ahí la denominación— el nombre de aquellos a quienes querían desterrar. El exi-

lio se imponía por diez años al que era considerado una amenaza para la paz y la tranquilidad de Atenas. Era una medida de precaución, no de castigo, por eso el ostracismo se imponía sin necesidad de acusación. Sin formación de causa y sin derecho a defensa por aquél contra el cual la comunidad se quería proteger. Lástima que ya no exista dicha sapiencia práctica. Si existiera, el candidato perfecto para el ostracismo sería Carlos Salinas de Gortari...”

En el Ateneo, Armando Fuentes Aguirre era de los mejores estudiantes. Pero había que ir en busca de nuevos restos. Y así lo hizo. Era el año de 1956 y la ciudad de México aún no tenía el bullicio de hoy, porque los indicadores de la explosión demográfica apenas señalaban cualquier riesgo mínimo; además el peso acababa de adquirir una paridad de \$12.50 por dólar y la estabilidad política y económica no mostraban visos de alarma, de modo que los campesinos e indígenas, en su mayoría, estaban bien asentados en su terruño sin la tentación o necesidad de emigrar a la gran urbe.

“¿En qué sueña un joven que se desprende de su familia, de sus amigos, de su entorno citadino para retar un medio desconocido y a veces hostil?”, pregunto a Armando Fuentes Aguirre. “En lo que sueña todo joven que desea trascender en la vida —responde—. Y en lo que sueña todo aquel que tiene bien definido qué es lo que quiere ser, en lo que quiere ser y hacer, no importan los obstáculos y las dificultades”.

Su madre, doña Carmen, ya le había puesto el ejemplo al viajar también a la Ciudad de México a estudiar actuación teatral en el Instituto Nacional de Bellas Artes con los grandes directores, actores y dramaturgos de aquellos años cincuenta: Gorostiza, Novo, Magaña.



*Armando Fuentes Aguirre en la redacción del periódico The New York Times*  
Colección: Luz María Fuentes  
Fecha: s/f

De ahí que su inscripción en la Universidad Nacional Autónoma de México fuera ya en sí una meta para Armando, promisoría de muchas metas más, pues sus padres deseaban que esa independencia del hogar, a los 18 años de edad, sirviera para algo más que el estudio: para sobrevivir lejos de los afectos más entrañables y para relacionarse con otras personas de visión menos provinciana, pero sosteniendo sus principios del hogar paterno, con miras a motivarse a seguir aprendiendo de la vida y los estudios.

“Estudí en la Ciudad de México cuando ésta aún era encantadora, muy habitable, muy generosa. Sin embargo, la capital para mí era una especie de purgatorio. Saltillo siempre ha sido para mí el paraíso...”, sostiene el autor de la columna *Mirador*.

Tarde de lluvia en mi ciudad, Saltillo.

La miro caer, mansa en el jardín de la casa de mi madre. Llueve sobre los alcatraces y la higuera; llueve sobre el galán de noche; llueve sobre los centenarios ladrillos de barro saltillense.

Alzo la vista y veo el campanario de la catedral. Parece una muchacha esbelta y alta bajo la regadera. Las montañas se estiran a lo lejos como una gran pantera que goza panza arriba la lluvia del verano.

He visto llover en muchas partes. Mil veces ha mojado la lluvia el barro de mi corazón. Pero la lluvia es más lluvia aquí en Saltillo. Es lluvia lustral que lava todos los pecados y nos deja como era el mundo antes del pecado original: limpios y puros igual que un niño al que su madre ha bañado antes de ponerlo en la cuna.

Gracias a Dios por esta lluvia, que es Dios mismo vuelto agua para bautizarme otra vez en la preciosa pila bautismal de mi ciudad. (Columna *Mirador* de Grupo Reforma).

Y añora las tradiciones ya idas de esa silenciosa ciudad en Semana Santa, como la ceremonia del pésame a la Virgen y las visitas a los siete templos, los cuales, después del miércoles de ceniza, lucían las imágenes cubiertas con lienzos morados, mientras que en las casas, los grandes espejos de ornamentados marcos dorados o con forma de dragones, se tapaban también con grandes, severos lienzos negros. Y el Viernes Santo se escuchaban las Siete Palabras, porque a las tres de la tarde quedaba todo quieto, inmóvil, en silencio, y el Sábado Santo, la quema de Judas. En las casas se degustaban las delicias culinarias de la temporada cuaresmal, desde el caldo de habas o de lentejas hasta los postres de torrijas y capirotada, pasando por las tortas de papa y camarón, los vernáculos nopalitos, chicales o flor de palma y todo aquello que era gala y ornato de cocinas de las madres y abuelas saltillenses de aquellos años, cuando horneaban el

pan para toda la semana a fin de no profanar el recogimiento de los “días santos” con el trabajo mujeril.

Ayer llegó a mi ciudad la primera golondrina.

Llegó con anticipación, como vanguardista de la bandada gárrula que luego se adueñara de la Plaza de Armas, su patio de recreo, y de su nido de columnas griegas, el alto campanario de la catedral.

Yo vi esa golondrina haciendo volantines en el hilo del aire transparente, bajo el circo azul del cielo. No vino con las alas vacías la golondrina aquella. Declaró en mi aduana toda la leve carga que traía: el recuerdo obligado de la rima de Gustavo Adolfo Bécquer; del cuento del feliz príncipe de Oscar Wilde; del viejo poema que recité en mi niñez a los presos de la Penitenciaría:

La pólvora estalló, silbó la bala,  
la golondrina con el pecho herido,  
rota, caída, desplumada el ala,  
cayó desde lo alto de su nido.

Y luego me recordó a todas las golondrinas cancioneras: las de la trova yucateca, que vinieron en tardes serenas de estío; las de Pat Boone en mi adolescencia, que comparecían en Capistrano con puntualidad de agencia de viajes; la de Agustín Lara, que llegó en el momento en que él componía uno de tantos salmos de su melancolía.

Yo saludé en silencio a aquella golondrina benemérita que llegó a mi ciudad en abierta complicidad con la primavera. (Columna *Mirador* de Grupo Reforma).

De esa ciudad muy suya, aprisionada en el arcón de los recuerdos, evoca a personajes pintorescos, como a uno que le decían Oxaquita, músico que tocaba Las Mañanitas en la puerta de las casas. La gente lo quería, y lo invitaba a pasar y a comer algo. Le preguntaban:

—¿Le servimos almuerzo o desayuno, Oxaquita?

Y respondía él con mansa sonrisa franciscana:

—Las dos cositas...



*Armando Fuentes Aguirre dirigiendo la Orquesta Filarmónica del Desierto durante su homenaje en la FILA*  
Colección: Luz María Fuentes  
2016



*Antigua casa de Armando Fuentes Aguirre, Catón, en General Cepeda y Caracol; actualmente Radio Concierto*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018

## SÍMBOLO DE SALTILLO

Martes 29 de septiembre del año 2000. Repaso el texto de Jesús de León, *Diálogos con nos/otros*, publicado por el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Coahuila (1996) y que va de la página 11 a la 17. Me lo ha enviado con toda puntualidad Ramón Palacios desde Aguascalientes porque también él está impresionado por el *lead*: “Nueva York es gris y tiene la Estatua de la Libertad; París es amarillo y tiene la Torre Eiffel; Río de Janeiro es verde y tiene el Pan de Azúcar; la ciudad de México era transparente y tiene todavía el Ángel de la Independencia; Saltillo es azul y tiene a Armando Fuentes Aguirre, alias Catón”.

La comparación con un monumento histórico, superior por lo que se ve, a la Catedral de la capital coahuilense o a su famosa Alameda, parece exagerada pero de ese tamaño es la fama del escritor, a quien vamos a visitar este día.

La cita con Armando Fuentes Aguirre en Saltillo estaba concertada para las 13:00 horas, en la casa que fue de sus abuelos y de sus padres y que ahora le pertenece a él, sita en General Cepeda sur Núm. 443, esquina con Caracol.

Dos entrevistas previas *ex profeso*, en un restaurante de Monterrey, habían preparado el camino para este encuentro en el lugar preciso

donde hoy funciona Radio Concierto, la estación dedicada exclusivamente a la música clásica, en la planta alta de la que antes funcionó como fábrica del abuelo de Catón y que fue acondicionada para dar vida a un apreciado centro cultural con una sala de conciertos a la que asisten gratuitamente a diario aquellas personas que son amantes del *bel canto*, del cine y de las amenas tertulias.

El coche serpentea entre curvas bien trazadas desde 1965, año en que empezó a construirse la moderna autopista que conecta a Monterrey con Saltillo y que dejó de lado la peligrosa carretera con su famosa “Cuesta de los muertos”, tan estrecha y abismal que con sólo verla tiembla uno de pavor.

A casi una hora de distancia, los 80 kilómetros son una invitación para recordar el recorrido de aquellas doce familias que llegaron desde Saltillo a los Ojos de Agua de Santa Lucía el 20 de septiembre de 1596 para fundar Monterrey, y provocan, igualmente recrear la pupila con la majestuosidad de las montañas que apuntan hacia las alturas como atalayas milenarias, y para salpicar de reflexiones la plática con Herminio Gómez Rangel, quien conduce su automóvil con la serenidad que da una motivación *ad hoc* y un encuentro prometido y reiterado con alguien que sabe dar la mano con sinceridad.

“Mira, José Luis, lee esto.” Y me extiende la página 9 de libro *Del amor, la familia y otros pensamientos*, de Armando Fuentes Aguirre, editado en marzo de 1993 por José Hugo Arredondo Estrada, como homenaje a sus abuelitos, al cumplir sus bodas de oro matrimoniales.

Tienen treinta años de casados. O cuarenta. O cincuenta.

Y todavía se toman de la mano cuando caminan por el parque o van al cine. Empezaron a platicar de novios, y es fecha que no acaban.

Hablan de los hijos y de los nietos, pero hablan también de sus recuerdos: el día en que se conocieron, de sus primeros tiempos de casados, de los sueños que no realizaron y de las realidades que fueron como un sueño. Con la misma serenidad evocan felicidad y sufrimiento, pues aprendieron que de las dos materias se hace la existencia.

Los poetas han sublimado el amor a primera vista, pero nadie se ocupa del amor que vive hasta la última mirada después de muchos años de verse cada día. Y merece un poema ese amor suave que ni siquiera necesita ya de palabras para manifestarse. Hay mucha poesía en el amor que venció al tiempo y quedó firme, humildemente victorioso, tras todas las tormentas de la vida.

Armando Fuentes Aguirre está pleno en esta pequeña obra de 126 páginas que Herminio conserva como un tesoro, pues el doctor José Hugo Arredondo Estrada tuvo

el acierto de compilar los mejores Miradores hasta esa fecha. Y él, Herminio, ha tenido la paciencia de leerlos y releerlos no una sino muchas veces, para marcar con un plumón las páginas de los que más le gustan y regalarlos en fotocopias al por mayor.

Conmueven hasta el fondo del alma, como este otro, muy parecido al anterior:

¿Cuántos años tienen de casados? Seguramente más de medio siglo. Los miro pasar por la ventana de mi casa: van al cercano parque. Igual que cada día al declinar la tarde. Caminan despacito. Así, despacito, darán dos vueltas en torno al pequeño jardín. Van siempre de la mano, como cuando eran novios hace mucho tiempo; pero ahora van así para cuidarse el uno al otro, para sentir si el compañero va a caer y darle apoyo.

Muchos hablan de amor joven, del que es todo ilusión y todo fuego. Yo digo del amor que se torna más amoroso con los años; del que convierte a dos en uno solo y los funde en pensamientos y palabras.

Los miro ahora. Ya vienen de regreso. De muchas partes vuelven: de la alegría y la pena; de la esperanza y la resignación; de las victorias pequeñitas y de los sueños que nunca se cumplieron. Regresan los dos juntos. Llegará el día en que uno de los dos se irá. Pero ni aún esa separación podrá apartarlos: en el recuerdo y el amor seguirán juntos hasta el día de la alegría y la esperanza, de la gran victoria final sobre la muerte.

La admiración de Herminio por Fuentes Aguirre no tiene límites. Se sabe de memoria muchos de sus textos y no hay personaje de estos que no conozca: San Virila, Hu-Ssong, Jean Cusset, el padre Soárez y uno que otro real de los que cuidan su rancho en Arteaga, como don Abundio. Y se solaza nada más de ponderar el ingenio del autor para valerse de argucias en los relatos de la creación del mundo, de los problemas del señor Pérez con la burocracia, de las leyendas en las tumbas del cementerio de Ábrego y de su consabido estribillo: “Me hubiera gustado conocer a...”.

“¿De dónde sacará este hombre tantas historias para todos los días?” y Herminio no da tiempo a la respuesta porque él solo se contesta: “Bueno, es que su inspiración no se agota nunca y le sobran formas y recursos para envolver al lector.” “También debes tomar en cuenta que su agilidad mental es correlativa a su enorme experiencia de casi cuarenta años en el oficio”, le hago saber. De cualquier observación o vivencia saca abundante materia prima para sus reflexiones y humoradas.

En seguida encuentra en la página 35 del libro, una de las mejores y más sacudidoras llamadas de atención a quienes fallan a uno de los más elementales deberes familiares:

“Hablar con el muchacho.” Así escribió en su agenda. Se lo había pedido su esposa, preocupada. Los maestros se quejaban de su hijo: faltaba a clases, fracasaba una y otra vez en los exámenes, se mostraba irrespetuoso. Además gastaba más dinero del que convenía a un chico de su edad. Y aquellas compañías...

Por cosas del trabajo, la necesidad de triunfar en la vida, de no quedarse atrás. Se fue pasando el tiempo y nunca hablo con él. Y un día, el tiempo se vino encima todo de repente.

Cuando volvió a su casa, con la espalda encorvada por el peso del sufrimiento y la vergüenza, entró en su cuarto y vio sus cosas. Extrañas cosas todas, como extraño había sido siempre su hijo para él. Quizá pudo decir alguna vez que tenía un hijo, pero ciertamente su hijo no pudo decir jamás que tenía un padre.

Y ahora la cárcel, la acusación —probada— de andar en cosas de drogas y de automóviles robados, y las fotografías en los periódicos, y las conversaciones que cesaban bruscamente cuando llegaba él.

Sintió de pronto la ausencia de aquel hijo. Que ahora llevaba como una herida en la mitad del pecho. Se puso a revolver papeles viejos en busca de una fotografía que le diera la imagen de al menos un día pasado en familia, felizmente. No encontró nada. Sólo la hoja rota de una olvidada agenda, y en ella una inscripción borrosa por el paso de los años idos. “Hablar con el muchacho”.

Herminio está al borde del llano, porque recuerda que no pocos conocidos suyos se han visto retratados en esta escena.

“Vieras qué franqueza la de un cliente en la compañía de seguros que represento al decirme, en broma, que Catón escribió esto cuando se dio cuenta de la situación por la que él estaba pasando.” Y extiende un texto más del mismo tono:

Relataba aquel hombre, todavía joven:

—Quise darles a mis hijos lo que yo nunca tuve. Entonces comencé catorce horas diarias. No había para mí sábados ni domingos; consideraba que tomar vacaciones era locura o sacrilegio. Trabajaba día y noche. Mi único fin era el dinero, y no me paraba en nada para conseguirlo. Quería darles a mis hijos lo que yo nunca tuve.

Lo interrumpió alguien:

—¿Y lograste lo que te propusiste?

—Claro que sí —contestó el hombre—. Yo nunca tuve un padre tan agobiado, hosco, siempre de mal humor, preocupado, lleno de angustias y ansiedades, sin tiempo para jugar conmigo ni entenderme.

Ése es el padre que yo les di a mis hijos.  
Ahora tienen lo que yo nunca tuve.

De los muchos testimonios de Armando Fuentes Aguirre sobre el tema, rescatamos estos otros dos del citado libro:

Preguntó un discípulo a Hu-Ssong:

—Maestro, tengo un hijo. ¿Le debo dar todo lo que pida?

—Ciertamente no —le respondió Hu-Ssong—. Te amaré de momento; te odiará cuando no puedas darle más.

—¿Entonces le debo negar todo?

—Tampoco. Eres fuente de vida para tu hijo, esa fuente nunca debe estar seca para él.

—¿Qué debo hacer, entonces?

Quedó desconcertado el hombre.

—Niega a tu hijo lo que cause daño; dale lo que le haga bien —aconsejó Hu-Ssong.

—¿Y cómo podré distinguir una cosa de la otra? —se preocupó el discípulo.

—¿Amas a tu hijo? —le preguntó Hu-Ssong.

—Naturalmente —dijo el hombre.

—Entonces no te apures —concluyó Hu-Ssong—. El amor te lo dirá.

He aquí uno más sumamente aleccionador:

Dijo una vez John Wimot:

—Antes de casarme tenía tres teorías acerca de la educación de los hijos. Ahora tengo tres hijos y ninguna teoría.

Su afirmación es cierta. ¡Es tan fácil ser padre! Ser padre ¡es tan difícil! Quiero decir que engendrar un hijo es tarea sencilla y deleitosa, pero ser un buen padre no es algo que se estudie, sino algo que se aprende a veces a costa de quebrantos y aflicciones.

Yo, que tengo cuatro hijos, no tuve tres teorías para educarlos, sino nada más una, mi teoría se llama amor. Creo que si amas a tus hijos, les demuestras tu amor y si con amor los guías, el resultado, tarde o temprano, será bueno.

También, claro, hay que darles buen ejemplo. Pero eso tiene el problema de que te hace la vida muy aburrida.

El automóvil que conduce Herminio devora kilómetros de ardiente asfalto, en pleno mediodía cuando ni las lagartijas se atreven a asomar la cabeza. Pasamos raudos a un lado



*Vitral de la Catedral de Saltillo en  
Radio Concierto*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018

del pequeño aeropuerto de Ramos Arizpe y el aroma del pan de pulque se mete, intruso, por las fosas nasales bien abiertas y despierta las papilas gustativas. A lo lejos se divisan los contornos de la hermosa ciudad de Saltillo con sus símbolos culturales y comerciales en primer plano.

“¡Qué puntuales! Pasen, pasen.” Se oye la voz de Catón, perdido él en un laberinto de cuartos, y entre el verdor de las plantas que ornamentan el centro de aquel espacio añoso, pero lleno de vitalidad y de frescura.

De pronto se deja ver él todo entero, acompañado de Salvador Yzaguirre Castañeda, su paisano y periodista que fue de *El Sol del Norte* y ahora se dedica a los bienes raíces.

“¡Hola, Esquivel!”, se sorprende Yzaguirre Castañeda al esperar que se tratara de cualquier otro amigo de Catón, menos de quien esto escribe. “¡Qué tal, Chavita!”, le respondo con un reflejo condicionado que me llevó a recordar al hijo de uno de los fundadores del PAN en Saltillo; un joven entusiasta durante sus incursiones en los estudios de fútbol soccer de los Rayados de Monterrey y de los Tigres, cuando asistía, sábado a sábado, cámara en mano, a cubrir los partidos religiosamente.

“¿Se conocen? ¿Dónde?”, pregunta Catón con discreción. Y después de las consabidas anécdotas de uno y otro, el escritor condesciende: “Hombre, qué bueno que haya sido yo quien los ha hecho que se vuelvan a ver. Entonces si son amigos, quédate, Chavita. Es un placer que estés entre nosotros, ¿verdad, José Luis? Así somos dos contra dos”.

Herminio Gómez Rangel apenas si sale de su asombro al ver un vitral multicolor de una torre de la Catedral que ornamenta el recibidor de la casona, que antes era el despacho del abuelo. Herminio se ha quedado absorto con las máquinas de escribir antiguas que adornan la sala, pero enseguida saluda, sonrío, estrecha las manos de todos. Y para él, Catón también tiene palabras de elogio, por ser un limpio luchador por la democracia y un hombre que se ha expuesto a los poderosos en distintas épocas desde 1976.

Nuestro anfitrión viste una guayabera celeste y pantalón gris. Luce una contagiosa sonrisa y un ánimo esplendoroso, a tono con el ambiente que reina en la capital de Coahuila. Está limpio de impurezas el cielo de Saltillo: azul, azul, azul, cual marco ideal para las fotos de los paisajes, de los edificios, de las personas y de una pequeña bandera de México que ondea en lo más alto de la casa. Están reverdecidos el césped, el jardín, el conjunto de plantas que adornan el acceso a las distintas entradas del centro cultural. Está brillante el día, radiante la tarde que empieza, candente el Sol de un verano colmado de sequías.



*Antiguas máquinas de escribir pertenecientes a Armando Fuentes Aguirre*  
Fotografía: Víctor Mendoza 2018



*Jardín de Radio Concierto*  
Fotografía: Víctor Mendoza 2018



*Sala del siglo XIX en la casa de General Cepeda y Caracol; al fondo una escultura de Santiago Apóstol*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018



*Pieza traída de Francia. Representación del cuento la Cenicienta, perteneciente a los tíos de Armando Fuentes Aguirre*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018

Catón está feliz, no faltaba más, y estamos todos listos para el *tour* obligado por este sitio centenario.

“Aquí están los muebles originales del siglo XIX que pertenecieron a mi abuelo: el juego de sala que era de aquellos que se llamaban de Viena o austriacos, que no podían faltar en las casas saltillenses donde hacían las famosas tertulias en las épocas anteriores a la radio y a la televisión, obviamente, en que la gente se reunía simplemente a conversar, a cantar, a declamar o a jugar juegos de prendas”.

Catón ya ha sido tocado por la nostalgia. Se nota en su rostro y en la descripción de lo que sus ojos ven y repasa a cada rato y que ahora cobra un significado especial ante sus invitados, que muestran ignorancia supina por la decoración del que fue hogar de sus antepasados.

“Éste era lo que se llamaba el estrado, con su piano que no podía faltar y una gran cantidad de sillas, porque venían vecinos, amigos y familiares a hacer prácticamente veladas literarias y musicales donde cada quien mostraba una aptitud”.

Catón mueve el llavero de un lado a otro y hace figuras imaginarias con sus manos, al momento que pasa al siguiente aposento.



*Sala del siglo XIX*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018



*Alcoba de la abuela de Armando Fuentes Aguirre*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018



*Antigua máquina de coser perteneciente a la abuela de Armando Fuentes Aguirre, Catón*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018

“Ésta era la alcoba de mi abuela con su silla para tejer. Si se fijan, los brazos están dispuestos de modo de no estorbar el movimiento de los brazos de la tejedora. El reclinatorio para orar, la máquina de coser, que era manual y está en perfecto estado de funcionamiento todavía”.

Catón demuestra lo que dice accionando la máquina de coser y argumentando el porqué de conservar tan bien estos enseres. “Sentimos amor por nuestro pasado, por nuestras raíces. El valor de estas cosas obviamente no es material, porque como se ve, estos muebles no eran lujosos, sino de una familia que tenía un digno pasar pero que de ninguna manera era de potentados”.

Después de decirnos que “no hay ladrillo que no me traiga un recuerdo” y presumir los pisos originales, porque no han sido jamás cambiados, llegamos a otra recámara, adaptada ahora para recibir visitas con una vistosa biblioteca, así como al cuarto de estudios para los niños, donde se hacían tareas escolares, con los escritorios muy bien cuidados, como el del papá de Catón.

“Si mi abuelo y mi abuela por un milagro maravilloso de Dios llegaran de pronto a verse aquí, encontrarían sus cosas en el mismo sitio prácticamente donde ellos las tenían. Vean ustedes esta palangana para hacer lo que entonces se llamaban abluciones. Y el comedor, en el que caben veinte personas.”

Pero lo que sí está reformado —y Catón fue el artífice de las ideas en el diseño— es el espacio de lo que era la antigua cocina, “que estaba un poquito maltratada y tuvimos que meter acabados relativamente nuevos”, como un pretexto para poner en los mosaicos los nombres de las antiguas criadas de la casa: Lucía y Chilita. Chilita se llamaba



*Homenaje a las antiguas criadas en la cocina de la Casa de General Cepeda y Caracol*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018

*Cocina de la casa de General Cepeda y Caracol*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018

Blasa; Chirola se llamaba Isidora; Goya se llamaba Gregoria; Adelina, María Luisa, Lucía, etcétera. Se llamaban criadas a mucha honra —aunque el nombre ahora se considera despectivo—, porque se criaban en la casa. Por ejemplo Goya, que ocupa más o menos el lugar de honor en los mosaicos de esta cocina, vino a la casa cuando tenía 13 años y salió de ella cuando tenía 83.

El “iahhhh!” de sorpresa de quienes escuchamos la anécdota da pie a que Catón reitera su concepto de criada: “Eran parte de la familia. Por eso yo quise, como un detalle de gratitud para ellas, para esas beneméritas mujeres, perpetuar sus nombres de generación en generación.” “¿Y usted las volvió a ver después o ha seguido tratando a sus descendientes?” “Claro, claro. Por ejemplo a Lucía la fui a ver un mes antes de morir: se había ido a vivir a Monterrey y la visité para darle ánimos en su estado de salud, pues tenía ya 102 años de edad.” “¿Y lo reconoció a usted? ¿Estaba lúcida?” “Perfectamente lúcida. Tan lúcida que cuando me despedí me extendió la mano y me pidió su domingo. Ja, ja, ja. ‘Dame mi domingo, hermanito, dame mi domingo’, me dijo. Ja, ja, ja”.

## **Busca superarse mujer saltillense y estudia la secundaria a sus 77 años; se convierte en un ejemplo en el día del estudiante**

María Angélica Martínez nunca imaginó la importancia de leer y escribir hasta que se enfrentó al mundo. No conocía las letras, no tenía entendimiento de lo que veía, para ella eran sólo “rayas” que comenzaron a desesperarle y a causar una indignación en sí misma. No podía ayudar a sus hijos a prepararse para ir al jardín de niños, o la primaria, pero a diferencia de sus padres, en su mente siempre se mantuvo la idea: “Mis hijos no serán analfabetas como yo”.

Cuando sus pequeños lograron ingresar a la escuela donde iban aprendiendo con el paso de los días, ella intentó aprender junto a sus hijos, pero no fue suficiente. Al paso de los años, la necesidad económica le orilló a buscar un empleo. Al principio batalló, pues al acudir en busca de trabajo tenía que pedir apoyo a la gente para llegar a sus destinos.

Fue entonces cuando, un día arribó a una biblioteca, solicitó empleo y comenzó como una trabajadora doméstica, sin saber que tendría grandes beneficios como aprender a leer y escribir.

Aquel espacio era propiedad de Armando Fuentes Aguirre, a quien ella no conocía, pero le llamaban Catón, el escritor y periodista de quien nunca pensó tener tanto apoyo. Aquel hombre comenzó a auxiliarle en la lectura y la redacción. De manera empírica comenzó sus estudios y logró dárselos a sus hijos. “Él me ayudó mucho económicamente. A comprar los libros de mis hijos. Por él, ellos terminaron la secundaria y la preparatoria. Al paso de los años, yo fui aprendiendo también. Nunca pagaré lo agradecida que estoy con él”, recuerda.

Con lo que aprendió del experto en escritura, quien la ayudó incondicionalmente, supo salir adelante al menos por unos años. Fue hasta décadas después, al llegar a los 76 años cuando se enteró que podía concluir sus estudios, en el Instituto Estatal de Educación para Adultos. “Supe de esta escuela. A lo primero que me metí fue a alfabetización”, dice. Actualmente, María ya cursó su educación primaria y está en el proceso de concluir la secundaria.

Lidiet, Mexicano. (2018). Busca superarse mujer saltillense y estudia la secundaria a sus 77 años; se convierte en un ejemplo en el día del estudiante. *Vanguardia*.

Se abre una puerta y las voces silenciosas de autores en formación de “firmes” parecen chistar a los presentes. “Ah, qué hermosa biblioteca”, exclamamos Herminio y yo.

“Ésta era la fábrica, donde está el único piso que pusimos nuevo porque como había máquinas y no se pudieron rescatar los ladrillos anteriores, lo único que hicimos fue usarlos como base para este mosaico moderno, y ahora es la sala de conciertos y la biblioteca, en la que



*Vista hacia Catedral desde la terraza de Radio Concierto*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018



*Vista hacia el templo San Juan Nepomuceno desde la terraza de Radio Concierto*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018

estamos acomodando muchos libros que están siendo desplazados por los discos en el piso superior del edificio”.

Catón se adelanta para subir las escaleras y en fiel procesión guiar a sus visitantes hasta el techo-terracea, muy bien acondicionado como mirador, desde donde se contemplan las señoriales torres de Catedral, que parecen venirse encima de los curiosos turistas. Pero al simple giro de la vista, lo que aparece en toda su dimensión es la tarjeta postal de una bien delineada sierra con los cúmulos apenas perceptibles de nubes delicadísimas como corona triunfal. Se adivinan a lo lejos Arteaga y Las Cabritas, La Carbonera, Los Lirios, etcétera.

Catón nos saca de nuestras cavilaciones al mostrarnos una hermosa enredadera conocida como Juan Mecate o don Diego que ha echado raíces en la pared de su casa. Las hermosas flores con su color solferino y el enjambre de abejas que vienen a posarse en ellas, son dignas de ser atrapadas en una fotografía. La estampa no tiene desperdicio y el verde chillante como que se quiere fugar de los bordes, igual que las guías de la enredadera se han trepado por todos lados.

“La gente viene y dice: ‘¡Mira, qué hermoso el Juan Mecate!’ Y otra más dice: ‘¡Mira, qué lindo el don Diego!’, o sea que esos dos nombres ya están patentados, pero la verdad no me imagino por qué se llama así”, explica Catón y de inmediato nos lleva hacia adentro.



Ya estamos en la estación radiofónica que echó a andar “con los ahorros de su vida”, que es la primera estación cultural que pertenece a un particular en México y no al estado, y que funciona como un dinámico centro artístico, porque igual el público disfruta ahí la ópera, que el cine, el teatro y conferencias... gratuitamente. Funciona con la siglas XHALA, 97.7 FM.

El hombre saborea cada palabra que pronuncia. Su guayabera color celeste se ha empapado de sudor y sus zapatos han perdido lustre de tanto roce con los escalones y la paredes. Pero la que sigue viva es su chispa para mantener el entusiasmo de sus interlocutores. Se toca su plateada cabellera, se acomoda la armazón de sus anteojos, enseguida junta las manos a la altura del pecho como si fuera a decir una plegaria, pero no, simplemente va a hablar —con toda devoción— de Radio Concierto y del esfuerzo que significa mantenerla al aire.

“Mienten los que dicen que a las mayorías no les gusta la música clásica o que es muy difícil educar el oído con composiciones de Bach o Beethoven. Basta con palpar la respuesta del público de Saltillo y darse cuenta cuántos niños asisten a los conciertos en vivo aquí. Lo que pasa es que se requiere pensar más en el bien social que en el bien comercial para emprender una iniciativa eminentemente cultural. Y a nosotros nos ha sido posible en retribución por la abundancia de bendiciones que hemos recibido de Dios, porque bien que cuesta. Nada más mire, José Luis,



*Terraza de la Casa de General Cepeda y Caracol*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018

aquí tenemos diez mil discos. No son poca cosa si nos ponemos a sacar un promedio de su costo, a cien o ciento cincuenta pesos cada uno. Pero lo bonito es que tenemos un importante auditorio. Uno llega a la necesidad —reitera enfáticamente ante la estampa de su comedor para niños pobres de Potrero de Ábrego— de devolver algo de lo mucho que ha recibido. Yo de la vida, de Dios. De mi prójimo he recibido incontables bienes, y mal haría en no contribuir siquiera en la mínima manera en que lo hago. Más debería de dar, pero no puedo o mi egoísmo me gana”.

Las consolas de audio y las vitrinas para conservar tanto material dan una idea del orden con que opera Radio Concierto, cuya inauguración en 1997 contó con la presencia del presidente de México, Ernesto Zedillo (1994-2000), con quien después desayunó, lo cual provocó muchas murmuraciones contra Fuentes Aguirre por considerar que era una contradicción con su espíritu de crítica política permanente en sus columnas periodísticas. Pero aguantó el chaparral de pie y a tres años de distancia de aquel acto “oficial” se repuso, y lo mismo que cuando le llovieron oposiciones para llegar a ser rector de la Universidad Autónoma de Coahuila, sacó la casta y sigue en los cuernos de la luna en su profesión.

“El periodismo es mi vocación. Es lo que me ha dado para vivir —dice ufano y convencido—. Pero al mismo tiempo, la generosidad de Dios me ha permitido disfrutar muchas otras cosas, como la música”.

Es evidente que el tema cultura no se agota frente a Catón, y la pregunta obligada la adivina él desde que nos plantamos otra vez en el estante de los libros. “Sí, efectivamente, vivimos entre unos 33 mil libros, más o menos. Son muchos, ¿verdad? ¡Y todos los hemos leído, a veces una o dos veces! Claro que no todos están aquí: hay unos en el rancho y otros en la casa. Por eso mi esposa dice: ‘Nuestra biblioteca tiene además una cocina, una recámara...’”.

La razón es que para escribir naturalmente, hay que leer continuamente, afirma. De ahí que en sus conferencias ante estudiantes se la pasa recomendando libros. “Inclusive me lo ganó una marca de ropa: lee”, expresa con picante humor.

Y también con picante humor platica que su mamá, hasta su fallecimiento en 1993, a los noventa años de edad, por ser una lectora consumada, le revisaba todos los días sus columnas y le ponía “tacha” a las que no le gustaban. “Sacaste tacha”, comenta que le decía como señal de reprobación. “Sacaste ángulo”, cuando estaba de acuerdo con sus trabajos periodísticos. Y guardaba ella todas las de “ángulo”.

Asimismo, confiesa sin ambages su amor a la iglesia católica y su profesión íntima de fe a la Virgen María.



*Catón en su biblioteca de Arteaga*  
Colección: Luz María Fuentes  
Fecha: s/f

Quiero tanto a mi iglesia que me duele. Soy católico. Mal católico: hasta temo estar usurpando el nombre cuando me digo tal. Pero nací en el seno del catolicismo y en él espero terminar mi vida. Nada me haría renunciar a mi fe, agua clara en vaso quebrantado y sucio.

[...] Soy mariano, y mariano me habría gustado ser, como mi padre. Soy mariano porque estoy en amores con María, madre de gracia y madre de misericordia, esclava que nos dio Señor. No soy digno, lo sé, ni de decir su nombre, pero lo digo con el atrevimiento del enamorado [...]. Es para mí la Virgen la dimensión femenina de divinidad. El Dios en que yo creo es amoroso porque es fruto materno de mujer, de una mujer virgen y al mismo tiempo madre.

Pero eso no quita que en sus textos exprese las críticas que le parecen conducentes cuando ocurren desfiguros de los ministros religiosos: “Tengo un gran respeto a mi tradición católica y a la grandeza de la fe de mis mayores y yo mismo trato de heredar esa fe a mis hijos y nietos, pero como católico me siento en libertad de señalar lo que a la vista de todos no está bien dentro de la institución. No pasa nada, porque en la iglesia hay un gran criterio de modernidad y desde el Concilio Vaticano II quedó claro que los laicos también tenemos nuestro sermón, tenemos algo que decir, siempre con un gran respeto, aunque a veces pudieran parecer opiniones muy heterodoxas, como las mías. Por eso yo hablo del triste espectáculo

*Armando Fuentes Aguirre y su esposa, en el rancho San Francisco en la sierra de Arteaga, Coahuila*  
Colección: Luz María Fuentes  
Fecha: s/f



beligerante de las denominaciones religiosas que riñen entre sí, que casi parecieran mercaderes que se están disputando clientes, ¿verdad?, cuando la religión que debe imperar es la que yo llamo ‘Religión del amor’. Mire, usted, para no ir más lejos: la Navidad tiene en el fondo la respuesta para todas las preguntas. La respuesta es el amor. Por él nos salvamos, y nos salvamos con él. Lo que la Navidad nos regala es el amor. Y eso mismo debemos regalar”.

“Esa ‘Religión del amor’ ha hecho que usted lleve a cabo algunas obras de beneficencia, licenciado, como un comedor para niños pobres.” “Ésa es obra de mi mujer. Habría que preguntarle mejor a ella.” A su vez, ella ratifica posteriormente que nadie más que Armando es el motor de esa inspiración familiar —decisión conjunta— de ayudar a cien niños del ejido Potrero de Ábrego, “no porque seamos muy ricos o nos sobre el dinero, no, no; más que nada se trata de repartir bendiciones que recibimos de Dios”, enfatiza la hermosa mujer, recordando cómo esos niños caminan entre cinco y seis kilómetros para ir a la escuela, mal alimentados, desnutridos y con un cuadro triste de infecciones intestinales, de suerte que es muy plausible la labor de amigos médicos que los atienden inclusive de problemas de la vista y el oído.

Catón baja la mirada. Se queda pensativo como queriendo desembarazarse del asunto. Golpea con el tacón de su zapato un pedazo de madera sobre alfombra. Posa su mano derecha en el hombro de quien lo interroga, y con delicadeza y hasta con simpatía, endereza la conversación hacia aquello que, a través de la ventana, se nos mete por las pupilas: “¡Qué hermosas las torres de Catedral! Mire nada más, José Luis, qué altura tan vertiginosa. Por algo la Catedral es el alma y el corazón de Saltillo. Nosotros lo sabíamos desde niños, cuando participábamos en las fiestas tradicionales del 6 de agosto en honor al Señor de la Capilla y cuando subíamos a la altura del campanario. Son recuerdos que se quedan para toda la vida. Porque la presencia de la Catedral en la vida de los saltilloenses es única, igual que la Alameda, que si ésta pudiera hablar... ¡cuántas cosas callaría!”

Y las risas vuelven a inundar el espacio donde Catón es amo y señor de cada rincón, en sentido literal y en sentido figurado. Lo dice Paco Ramírez, un joven que desde 1996 colabora como programador y locutor en Radio Concierto. “Estudié Ciencias de la Comunicación pero aquí es donde he aprendido mucho más de la música clásica a fuerza de leer, de prepararme y estar en contacto con el maestro Fuentes Aguirre, quien, a pesar de ser una persona muy ocupada, nos visita, nos da consejos, nos asesora y nos motiva en nuestro trabajo. Ahora sí que como dice el dicho ‘nunca se tiene el tiempo tan ocupado que no pueda venir a decirte ¡hola!’ y nos resuelve el montón de preguntas que le tenemos preparadas por las dudas que surgen a cada rato”.

Al lado escucha otro joven que tiene muchas ganas de hacer carrera en Radio Concierto y empieza a asistir para entrenarse. Es Silvestre Marco Antonio Farías Ramos. “Me gusta —dice— por la oportunidad de hacer lo mío y aprender con este señor...”.

Catón no escucha los elogios de sus colaboradores porque se adelanta al grupo para esperar el momento certero de invitar a comer, no sin antes dar discretamente unas monedas a una viejecita que lo busca para una ayuda.

Ingenioso como es, la saludó llamándola cariñosamente por su nombre y la invita a pasar a la sala para que admire el piano de su abuelo. “¿Qué le parece, eh?” Sin embargo fue sólo un pretexto para que no presenciáramos que sacó de su bolsillo el dinero que le entregó a la mujer. Pero yo no lo perdí de vista y me consta que así es como Catón practica su “Religión del amor”, tratando de que la mano derecha no se entere del bien que hace la izquierda, según el Evangelio.

“Ya hace hambre”, dice, y pide que lo acompañemos a un restaurante típico en el centro de Saltillo, donde el derrumbe de casas viejas y el retoque de otras le despierta la nostalgia por esos espacios que él conoció desde niño y que ahora la modernidad ha convertido en estacionamientos, negocios o en sitios de diversión. Como en otras tantas de sus entrevistas periodísticas, en especial la de Jesús de León, va al grano del asunto,

pues se trata de oír al cronista desde 1978 de esta ciudad: “No se conoce lo que se tiene demasiado cerca de los ojos y, menos aún, lo que se tiene demasiado cerca del corazón. Yo no conozco Saltillo sólo porque aquí nací y aquí he vivido toda mi vida, sino porque lo amo. Llevo mi ciudad como una calcomanía. Hay quienes dicen que es cerrada, que por otra parte tiene el carácter de una ciudad montañosa, y Saltillo lo es. Pero resulta inexplicable esa dureza de la que otros hablan, esa frialdad. Para mí, Saltillo es como una dulce esposa. Yo vivo dulcemente reclinado en mi ciudad. Encuentro en ella toda suerte de ventura. Hallo las durezas de mi ciudad del mismo modo que se encuentran las durezas de la mujer amada..., que no sólo se perdonan sino incluso se aman. Yo viajo mucho. Me precio de conocer muy bien mi país. Me instalo cómodamente en ciudades a las que amo también y en las que tengo grandes amigos: Monterrey, Guadalajara, Mérida. Pero con todo y reconocer las bellezas y grandes atractivos de otras ciudades, no cambiaría la mía por otras.” Sin embargo, aclara: “Yo le cuestiono a Saltillo su pereza. Aquí parece que no pasa nada. Hay sucesos que acontecen en Monterrey y pasan a Torreón; que suceden en San Luis y pasan a Monclova. En el centro de esta cruz está Saltillo, sin comprometerse con ninguno de los puntos cardinales. Estamos cómodamente instalados en la indiferencia. No sucede nada en el ámbito de lo político ni de lo cultural. No hay desarrollo, después del espectacular *boom* en la época del gobernador Óscar Flores Tapia. Casi podemos hallar los mismos baches, las mismas esquinas desgastadas, los mismos focos fundidos en las mismas farolas. Hay apatía, hay adormecimiento. Yo quisiera que mi ciudad fuera más viva. Que hubiera más a dónde ir por las noches. En todos y con todos los sentidos. En Saltillo —continúa— hay muchos escritores que no escriben. Muchos pintores que no pintan. Muchos actores que sí actúan, pero lo hacen abajo del escenario y no sobre el foro. Yo agregaría que por ahora ese aparador está vacío. No está mostrando nada. Tampoco sentimos amor por el cuerpo de nuestra ciudad. Continuamente estamos destruyendo nuestras viejas casonas. No las amamos a ellas que nos han amado a nosotros. Que nos han brindado abrigo y protección. Casas grandes de patios arábigos. De alcobas tan fastuosas que podrían convertirse perfectamente en un salón de baile. Casas con catorce recámaras. Con un comedor catedralicio. Pero las urgencias económicas hacen que de una casa de Saltillo se saquen tres y el propietario habite una, convertida en cuchitril, y alquile las otras dos, cuchitriles igualmente. Yo me indigno —advierte— y clamo contra los señores del Casino que destruyeron hace tiempo una vieja casona, dejando en su lugar un corralón cubierto por una malla de gallinero. Fue como escupir en la cara de la ciudad, porque aquello queda a dos pasos de la Catedral. Y se hizo impunemente. Con altanera prepotencia. Seis, siete veces, he escrito contra esos señores y ellos ni siquiera se han dignado a llamarme por teléfono”.

Da, a De León otra muestra de su lucha ciudadina: “Sólo mediante un gran esfuerzo, y casi llegando al sacrilegio y la blasfemia, pude evitar que se fundieran las campanas de la Catedral, que la ignorancia ya había condenado. Quiero hablar de estas reliquias con más de trescientos años de antigüedad y que la ignorancia supina de unos prepotentes condenó a la muerte. Me consta que las iban a destruir. Hice investigaciones en SEDUE (Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología). Un empleado del Distrito Federal dictaminó que algunas campanas podrían fundirse porque se desconocía su antigüedad. Impugné rudamente. Ese señor estaba resolviendo no por lo que conocía de las campanas, sino por lo que de ellas ignoraba. Afortunadamente el delegado de la SEDUE hizo una reconsideración. Yo había ido con el cura (reparad que no digo el señor cura sino el cura) para decirle que si quería que la campanas volvieran a sonar, podía hacer campanas de otro metal; hasta ofrecí que yo sería el primero en cooperar económicamente, pero no fui escuchado. Y tuve que recurrir a otras instancias, hasta que se echó abajo el propósito inicial”.

En el restaurante donde Catón degusta bocadillos especiales y nos invita a no perdernos sus delicias, la plática se extiende a la fuente de inspiración de muchas de sus columnas, es decir, su rancho en el municipio de Arteaga y un pequeño solar que tiene en el centro del pueblo, donde los fines de semana se vuelve una romería como si fuera una fiesta alrededor de la plaza.

“Pues resulta que en ese pequeño solar, el muchacho que lo cuida decidió que era tiempo de plantar hortalizas. Y los frutos fueron abundantes. Entonces un domingo que fui a verlo, me dijo: ‘Sería bueno vender la cosecha allá en la plaza, licenciado.’ Pero yo le contesté: ‘Lo que pasa es que vine en coche y no traje la camioneta.’ Entonces él propuso: ‘No importa, nos vamos en el carretón.’ Y nos fuimos en el carretón de mulas allá por la calle de Hidalgo, con nuestra carga de perejil, cilantro, zanahoria. Encontramos un lugar en la plaza, nos acomodamos de reversa, y nos pusimos a vender al lado de un tipo que nos vio con malos ojos, pero no dijo nada porque no éramos competencia. Él vendía granos: frijol, maíz, etcétera, y nosotros en tres horas acabamos con lo que llevábamos. Sin embargo, como al mes, el muchacho que cuida mi solar me dijo que otra vez había que ir al mercado porque la producción estaba buena. Nada más que entonces yo sí llevé mi camioneta flamante, último modelo, verde eléctrico, preciosa. Echamos la carga y nos fuimos, adonde mismo, en el huequito de la plaza, al lado del mismo tipo del frijol y del maíz, que se nos quedó viendo y con un infinito rencor, un rencor infinito que se le notaba en sus ojos, solamente dijo entre dientes: ‘Se ve que les ha ido bien, cabrones”.

Las risotadas no se hacen esperar. Catón extiende sus brazos en señal de exclamación con sólo recordar la escena de ese pintoresco sitio de Arteaga, tradicional paseo dominical de la gente de los alrededores, incluyendo Monterrey. El histrión ha vuelto a hacer

de las suyas con ese sabor picante que adorna su plática frívola, despojada ahora de solemnidad con que habla de Saltillo y sus bellezas. Esa solemnidad que lo obliga a asumir dignamente su papel de cronista a quien inspira cualquier detalle campirano o citadino.

Hay un árbol en el potrero —es uno solo— que en ninguna otra parte he visto nunca. Ni siquiera tiene nombre esa rara criatura vegetal. Todos la llaman con un oscuro mote: “El árbol del ahorcado.” Sus ramas son oscuras también, y de ellas brotan apenas unas cuantas hojas grises. No hacen en él los pájaros sus nidos; ni gentes ni bestias buscan su sombra para descansar. Dicen los lugareños que en ese árbol se ahorcó un hombre. Ahí se quitó la vida, y le quitó también la vida al árbol, que parece un obstinado muerto de pie en la raya azul del horizonte. Jamás los niños pasan cerca de él. Ellos son la presencia de la vida, y el árbol es el recuerdo de la muerte. Yo siento lástima por ese árbol condenado a la soledad perpetua. Lo miro desde lejos y le digo que un día sus ramas volverán a verdecer. Todo el mundo reverdece; al oscuro ramaje del dolor pueden volver los nidos y las canciones de la vida.

De las tumbas en el cementerio de Ábrego rescata lecciones contundentes: “La vida es eterna, pero cada vida es breve. Es breve la vida de la mariposa, y es breve la vida de los hombres. Hoy somos, y mañana ya no. Al fin aprendemos que un año dura un día, y que un día dura un minuto. Debemos entonces hacer que un minuto valga lo que vale un día, y que un día valga lo que vale un año. Así nuestra vida valdrá lo que vale una vida. Hay quienes viven a medias: están por tanto, muertos a medias, y ni siquiera se dan cuenta. La única manera de merecer la vida es vivirla.” Así dice la voz de aquella tumba. Vivir la vida plenamente, ésa es su lección.

No hace falta platicar personalmente con el literato. Basta con escuchar el susurro de su voz en cada uno de sus textos para transportarnos con él a esos deliciosos diálogos permanentes con la naturaleza:

Son largas las noches de invierno, y frías. Esta mañana el paisaje es blanco y silencioso. Cayó en la madrugada eso que en el Potrero llaman “candelilla” —casi nieve, casi hielo— y todo quedó cubierto de un alba soledad.

Yo miro por la ventana el campo, y no lo reconozco. Se me ha extraviado la familiar visión. ¿En dónde está el camino? ¿Dónde quedó el cauce del arroyo? Entre la huerta los árboles parecen extraños arrecifes de coral que se desgranó.

A todos llega el invierno en el Potrero, menos a las cocinas. En cada fogón arde un pequeñito sol. Y me siento en la silla de tule. Junto al fuego, y bebo una taza de recio café que en el rancho se bebe. Por encima de la chimenea el viento serrano ulula como

un coyote hirsuto. Yo no lo escucho: yo oigo el crepitar de la leña y el borbollar del agua en el caldero, monótono ronroneo de gato. Mi corazón no tiene frío. Por fuera de él pasa el invierno con sus fantasmas blancos...

Armando Fuentes Aguirre, como se ve, no es Catón más que en lo que se refiere a la destreza de plasmar musicalmente sus pensamientos como artístico bruñidor de frases, pero el primero supera al otro en la fuerza emotiva de sus conclusiones teniendo como pretexto cualquier vivencia. Oigámoslo platicarnos lo siguiente:

Una capa de hielo cubrió la sierra anoche. El oscuro follaje de los pinos se hizo blanco y los caminos desaparecieron bajo la albura que cayó del cielo. *El Terry*, mi amado cocker, asoma la naricilla por la puerta y se vuelve hacia mí como para preguntarme qué ha pasado. Se le ha ido el paisaje familiar. No van los niños a la escuela, ni cuelgan de los tendederos las banderas multicolores de la ropa cuando se pone a secar. Las ruidosas gallinas han callado, y el enemigo gato no sale de su rincón en la cocina.

¿Quieres saber qué pasa, *Terry*? Pasa la vida, nada más. La vida es también frío, y silencio y soledad. Pero otra cosa has de saber: este hielo que te parece cosa cruel va a derretirse, y aumentará los ríos subterráneos. Subirá el agua por la vena de los árboles, por la raíz ansiosa de las plantas, y será vida en la manzana y el maíz. Tú lo ignoras, pero dentro de algunos meses nos comeremos este hielo en una tortilla calentita, o en el néctar melado de una manzana de oro. Eres tan sólo un perro, *Terry*. Yo soy tan sólo un hombre. Por eso no entendemos muchas cosas. No te preocupes. Mira que no me apuro yo. Alguna vez, te lo prometo, lo entenderemos todo. (Columna *Mirador* del Grupo Reforma).

Este otro texto es aleccionador:

Doña María, vecina de don Abundio en el Potrero, tiene el mejor jardín de todo el rancho. Es de mano caliente —así se dice allá de quienes tienen la virtud de hacer brotar las plantas, o de lograr que prendan los injertos—, y entonces su jardín parece un Edén. Crecen en él los alcatraces, vagamente eróticos; las pomposas dalias, y las violetas, eternamente condenadas a modestia, y la obvia rosa, y los geranios con el olor a clavo, y esa humilde flor campesina que se abre a la caída de la tarde y se cierra con el primer anuncio de la noche, llamada “amor de un rato”.

¡Qué hermoso es el jardín de esta señora! En medio de las opacidades de las tierras de labor, entre lo gris del caserío de adobe, su jardín es un esplendor real, igual que en un arcoíris que se hubiese acostado en la tierra a descansar un poco.





*Potrero de Ábrego: huerta  
y Cerro de las Ánimas*  
Fotografía: Luz María Fuentes  
Fecha: s/f



*Antigua tienda de raya de la  
hacienda Potrero de Ábrego y Capilla  
de la Virgen de la Luz*  
Fotografía: Luz María Fuentes  
Fecha: s/f

Doña María, vecina de don Abundio en el Potrero, tiene el mejor jardín en todo el rancho. Don Abundio, sin embargo, no se lo envidia. Dice: “El jardín es de María; la ventana es mía.” Tiene razón el viejo. Lo que podemos ver, y gozar de verlo, es de nosotros aunque no sea nuestro. (Columna *Mirador* del Grupo Reforma).

Así entiende Armando Fuentes Aguirre su oficio y su condición de cronista. Se lo dijo a Jesús de León cuando lo entrevistó: “El cronista es el narrador de la ciudad. Es el contador de sus cuentos. El que evita que la vida de la ciudad se vaya entre las manos de sus habitantes como agua que no se recupera. No me considero un historiador. El historiador está obligado a la objetividad. Yo procuro ser subjetivo. No soy un simple fotógrafo de la realidad, sino un intérprete. Pongo no sólo mis juicios, sino mis prejuicios. Me he apartado de la ortodoxia de los cronistas que, en la mayoría de los casos, son una especie de funcionarios oficiales y llegan, incluso, a tener oficina en el palacio municipal. No soy cronista de funcionarios; soy cronista de mi ciudad y recojo, a veces, el enconado odio que ésta siente por quienes no la sirven bien. Me dicen, por ejemplo, que por qué no fui al informe del alcalde: es que a esa hora yo estaba en una fiesta de quince años donde iba a encontrar mejor la naturaleza de mi ciudad que en ese acto oficial u oficialoide donde todo puede ser apariencia y nada puede ser la verdad.

Jamás —enfatisa— he pertenecido a la cultura oficial. He rehuido a eso sistemáticamente, empecinadamente, tercamente... Incluso cuando el gobernador del estado me pidió que fuera asesor cultural del Ejecutivo, yo acepté con la condición de serlo en forma honorífica, es decir, sin percibir sueldo por parte del erario. Él pidió mencionar mi nombre en la lista de sus colaboradores y otra vez le pedí que hiciera la mención de que yo no estaba ligado a esa lista por una obligación presupuestal, a determinados compromisos que reduciría mi margen de expresión periodística. Mi única aspiración es que, de aquí a cien años, alguien que por casualidad lea alguna de las páginas que yo escribí, descubra algo de valor que nosotros encontramos en los libros de Morfi, en las crónicas de Alonso de León, del bachiller Fuentes o cualquiera de los antiguos vendedores cronistas de estas tierras”.

Saltillo es una ciudad pródiga de cuentos, según Catón. “No existe un saltillense del que no salga un cuento, una anécdota, una leyenda, un chascarrillo, alguna frase certera. Formas de decir las cosas muy propias de nosotros. Aquí he escuchado que cuando alguien anda desconcertado, dice: ‘Ando como girasol en día nublado, hecho un pendejo.’ Esa frase me parece no sólo de ingeniosa picardía, sino hasta de cierta poesía. Dichos, dicharachos, decires. Cierta vez, al calor de un fogón campesino, escuché esta vigorosa expresión: ‘Más despreciado que la tortilla de arriba.’ En efecto. Habrá notado cualquier observador que,

al meter la mano en la canasta de las tortillas, nadie toma la que está encima del montón, quizá por juzgarla más fría que las otras, y todos buscan una de más abajo. No habrá nadie que no se haya sentido alguna vez ‘más despreciado que la tortilla de arriba.’ Hay una gran sabrosura, una gran riqueza de imaginación, de verbo, de expresión. Aquí podemos escuchar, a propósito de una mujer embarazada, que ‘está enferma de gustos pasados’.

Por eso Catón le saca partido a todo para sus reflexiones, como a ese añejo nogal que plantó en 1980.

Este nogal que tengo en el Potrero es alto y hermoso. Lo planté hace veinte años, y creció al amparo de una pared de adobe que lo protegió de los nortes invernales. Un día cayó aquel viejo muro, cuando las grandes lluvias del 85, pero ya el árbol podía resistir, y fue como un fornido brazo que se alzara para tocar el viento. Yo me gozaba viendo desde la loma su verdor, y en las mañanas de domingo me sentaba a su sombra para ver pasar las nubes, para ver pasar la vida.

Las nueces que da ese árbol son grandes y son suaves, tan suaves que algunas se quiebran al caer. Las buscamos nosotros, y las buscan también los pájaros y las ardillas, y estos otros inquietos pájaros y ardillas que son los niños de la escuela. Para todos da nueces este amable señor del cielo y de la tierra.

Ahora el nogal tiene el color del oro. Al fin de la tarde veo caer sus hojas, y me parece que caen del cielo pequeños pedacitos de crepúsculo.

Tanto quiere a su tierra que hasta en *De política y cosas peores* deja a un lado la crítica acerba y presta el espacio para la promoción turística, con sana intención:

Jesús Garza Arocha, también llamado El Charro es un ser humano excepcional, uno de los mejores coahuilenses que conozco, y vaya que conozco muchísimos muy buenos. Dios le regaló un hermoso don: el amor a la música. Con lo que El Charro del tango y el bolero, de la canción cubana y yucateca, de los autores e intérpretes mexicanos, puertorriqueños, argentinos, venezolanos, chilenos, colombianos, podría hacerse una enciclopedia más grande que la Espasa. Otro regalo le entregó Diosito: el sentido del humor.

Cuenta El Charro desafortunados hechos de su profusa parentela y sus innúmeros amigos; narra anécdotas que en otra voz serían inverosímiles y que en la suya adquieren patente de verdad.

Y ama a su tierra Chuy Garza Arocha. Se ha propuesto junto con otros buenos paisanos suyos rescatar y dar a conocer a México y al mundo las múltiples bellezas que

hay en Cuatro Ciénegas, al norte de Coahuila. Una de ellas es un prodigio de la naturaleza. Se llama la Poza de la Becerra. Ahí el desierto se torna de repente manantial de aguas clarísimas en donde habitan maravillosas plantas, seres acuáticos fantásticos. De todo el mundo llegan observadores —ecologistas, geólogos, botánicos, zoólogos— a contemplar ese prodigio y los demás que existen en la precisa comarca. Hoy (19 de octubre de 2000), a las ocho de la noche, el Discovery Channel transmitirá para toda Latinoamérica un programa llamado *The Living Desert*, en el cual se muestra el esplendor de aquella poza llena al mismo tiempo de vida y de misterios.

Como mexicano, y en mi orgullosa calidad de coahuilense, yo doy las gracias a Jesús Garza Arocha por su generosa labor tendiente a difundir en México y el mundo las hermosuras sin par que tiene nuestra tierra.

También le cantó Catón a Saltillo en el 425 aniversario de su fundación:

Saltillo, mi ciudad cumplió ayer (jueves 25 de julio de 2002) 425 años de existencia. Es niña a veces, en el amanecer del día, cuando alza el Sol sus rayos sobre la sierra de Zapalín como niño que levanta los dedos para pedir permiso de salir. Y es muchacha después, en los domingos, cuando se va a pasear a la Alameda del brazo de su novio, el joven Manuel Acuña. Y es señorial señora luego, en estrado de aquellas casonas saltillenses, de piano alemán con candelabros, sobre el diván el lujo de un sarape y en cada ventana un caracol marino que las señoritas de antes usaban para comunicarse con sus novios en el secreto idioma de los enamorados: “Si el caracol apuntaba al barrote noveno es que saldré a las nueve; si está puesto bocabajo es que esta noche no podré salir.” ¡Cuántos romances se trastocaron y murieron porque los muchachillos de la calle movían los caracoles al pasar!

Yo amo a mi ciudad con amor de rendido enamorado. Ciudad convidadora es ésta mía, que tanto y tanto ofrece a quienes llegan a ella; amable clima, paz y seguridad; el cordial trato de su gente; tradición prestigiosa de cultura, y un ámbito propicio para trabajar y hacer fortuna en bienes de la tierra y el cielo.

No quiero exagerar las virtudes de mi ciudad, pero me han dicho de muy buena fuente que Diosito se está portando bien porque quiere irse a Saltillo.

A pregunta expresa de si no ha recibido presiones de políticos o amenazas por sus columnas, suele responder con idénticas palabras a las dichas a Jesús de León: “Nunca he sido objeto de censura ni he sufrido atentados. No sé si sea por la escasa importancia como periodista o porque escribo en provincia. He rehuido hacerlo en la capital, donde el centro de poder manifiesta a veces violentamente su oposición a un periodismo libre.



*Armando Fuentes Aguirre en una de sus primeras conferencias*  
Colección: Luz María Fuentes  
Circa: 1960

Sin embargo, escribo en 154 periódicos. Tengo casi cuarenta años de hacerlo y jamás he encontrado hostilidad.

Rectifica Catón con una mueca. Restriega sus cejas y sus párpados. Coloca su dedo índice en los labios como pidiendo silencio. Luego dice: “Bueno, en tiempos de Díaz Ordaz sí hubo por ahí una insinuación para no hablar del ejército.” Enseguida sonrío, dando una palmada en la mesa, para que se escuche una anécdota que le ha venido a la memoria ante el cuestionamiento de su trato con Alfonso Martínez Domínguez, sobre todo como gobernador de Nuevo León. “Lo traté poco y por eso no puedo decir que haya él intentado cortar mi libertad de escribir. La única ocasión que estuvimos frente a frente fue durante la visita del Papa Juan Pablo II a Monterrey a fines de enero de 1979. Me invitaron a formar parte de la comitiva de recepción y como me acababan de nombrar Cronista de Saltillo en diciembre de 1978, trató de hacer una broma preguntando a todos en voz alta si era muy importante ese nombramiento, y entonces yo le devolví la broma diciéndole: ‘Solamente mi nombramiento y el del Papa son vitalicios; el de gobernador no, ese se acaba pronto’.

“¿Y sus lectores lo han atacado?” “Bueno, mis ‘cuatro lectores’, como digo yo, me llaman por teléfono, me escriben cartas, me envían los modernos *emails* por internet y ellos sí me reclaman airadamente cuando no están de acuerdo conmigo, pero no han tratado nunca de hacerme daño. Inclusive puedo decir que nunca he temido nada por-

que para mí lo más valioso es el contacto personal que tengo con la gente. Viajo casi cotidianamente por mis conferencias y después de éstas, esa gente establece contacto personal conmigo. Mi labor está llena de sentido humano.

“¿Está usted consciente de la enorme responsabilidad de llegar a un vasto público a través de 154 publicaciones diariamente?” “Hombre, sí, claro, claro —y Catón saborea el elogio recreando las palabras con un tono de voz dulcísimo—. Sé que cuando hablo de ‘orientar a la República’ es una forma festiva de pedir clemencia para mis ideas, pero claro que tengo la seguridad del alcance de una palabra o de una frase, de un chiste o de un comentario, cómo no”.

“Entonces, ¿por qué llama usted ‘mis cuatro lectores’ a ese numeroso ejército de personas que vibran con sus columnas periodísticas?” “Precisamente para no engolosinarme con la creencia de que soy muy importante y para no caer en falsos engreimientos de popularidad que, por otra parte, es muy pasajera, como el título de gobernador de Martínez Domínguez, ¿eh?” “Sin embargo, usted sí disfruta escuchando lo que dice Miguel Ángel Granados Chapa, que no hay en todo México un periodista que sea tan leído como Catón, al parecer por más de dos millones de aficionados a sus columnas.” “Mire, José Luis, esa pregunta ni se pregunta, porque soy un ser humano como todos, con su lado flaco, y esos elogios me hacen mucho bien y me retroalimentan en mi responsabilidad en la prensa. Pero procuro dejar pasar pronto los efectos de esos encomios y vivir la realidad de todos los días como cualquier otro mexicano. Trato de regresar a mis orígenes en la prensa cuando era corrector de pruebas, y me hace mucho bien el recuerdo de cuando era obrero en el periodismo, lleno de aceite y tinta, siempre con mi overol”.

Herminio Gómez y Salvador Yzaguirre se han quedado pasmados con la lección de humildad de este hombre tan exitoso y culto, tan centrado y generoso, que no se aguantan las ganas de dar un puntillazo, y casi a la vez se exclaman: “¿Por qué nunca ha querido salir de Saltillo e irse a la Ciudad de México?” “Porque no veo mi ejercicio periodístico como modo de obtener otras cosas. He escrito varias veces en periódicos de la Ciudad de México y hoy mismo tengo un espacio muy digno en *Reforma*, que goza de gran prestigio y circulación. Durante más de tres años lo hice en la sección cultural de otro periódico de gran tradición como lo es *El Universal*. En *El Sol de México*, en otro tiempo. Inclusive recibí una invitación de *Excelsior*, pero definitivamente no me atrae escribir desde el DF.

“En Guadalajara usted estaba bien identificado con los lectores de *El Informador*, desde hace décadas.” “Sí, y cómo me dolió desprenderme de ese diario tan querido por mí, igual que de *El Porvenir*, de Monterrey. Pero al llegar *Mural* de Grupo Reforma a la Perla Tapatía yo debí despedirme de mis antiguos amigos, que no por eso han dejado de ser mis amigos entrañables”.

Suspira Catón con nostalgia pero al mismo tiempo goza los triunfos en los periódicos de los Junco regiomontanos, pues ha ganado en repetidas ocasiones el Premio Ixtan que esta organización norteña otorga cada año a sus editorialistas leídos en los anteriores doce meses, según encuestas entre sus lectores.

Herminio le da un vuelco a la conversación y le recuerda que cuando escribió (Catón) sobre la protesta que él (Herminio) llevó a cabo en Madrid, España, durante la visita del entonces presidente Miguel de la Madrid, el columnista se ocupó no del reclamo de democracia sino de que en el cartel apareciera Méjico con jota.

“Qué detalle ¿verdad, Herminio? —suelta la carcajada— desde luego seguimos pendientes de saber por qué no se ha aclarado esa confusión”.

Pero, oh coincidencia, el 10 de octubre de 2000, el maestro se ocupó pontificalmente del asunto por un hallazgo que le dejó satisfecho.

En su ortografía de la Lengua Española, obra publicada el año que pasó, la Real Academia da por primera vez su brazo a torcer en lo que atañe a la palabra México.

La docta corporación —así suele decirse— ha puesto siempre Méjico, con j, y con j escribe también los derivados de ese término: mejicanismo, mejicano. Ciertamente en la última edición de su Diccionario aparecen los vocablos mexicanismo, mexicano, México y mexiquense, pero en los tres primeros remite a la definición de la correspondiente voz escrita con j. Sólo en el caso de mexiquense —natural del Estado de México— deja de hacer tal remisión.

¿Empieza la Academia a preferir la x sobre la j tratándose de la palabra México y sus derivados? Ojalá. Con x la escribimos los mexicanos, y debe la Academia reconocer ese uso. Tal intención parece desprenderse de la nota al pie de la página 29 de la Ortografía: “En cuanto a las variantes escritas con j (Méjico, mejicano...) se recomienda restringir su uso en atención a la tradición ortográfica del país americano.

Caramba, ya era tiempo.

Media tarde ya. De pronto, una revirada al reloj le hace saber a Catón que no ha escrito sus columnas del día siguiente, pero Chava Yzaguirre le cuenta un chiste para que empiece *De política y cosas peores*. Está buenísimo, dice el escritor y los secundamos los demás, desternillándonos de risa. Es de esos que le han ganado la fama de lépero e indecente al saltillense, pero de los que quiere un acervo mucho mayor. Buenísimo, en serio, vuelve a repetir.

Mesero, por favor, dame la cuenta...



Homenaje a los padres de Armando Fuentes Aguirre, Catón, en la antigua casa de General Cepeda y Caracol

Fotografía: Víctor Mendoza

2018

Saludos y abrazos le llueven al festivo periodista al salir del restaurante. Al fin se desprende cortésmente de los espontáneos amigos.

Andando por las calles en donde se respira el aire barrial, mezcla de pan de muerto, aceite quemado de motores automotrices, zurcidos invisibles, comida, pañales de niños en sus hogares, perfumes de guapas oficinistas, nos dirigimos a la esquina de General Cepeda y Caracol.

En la calle poco bulliciosa y estrecha que nos lleva a la estación permisionaria de Radio Concierto se oye el canto de algunos pajarillos sobre árboles. Repasamos la inscripción sobre azulejos que Catón dedicó a sus padres:

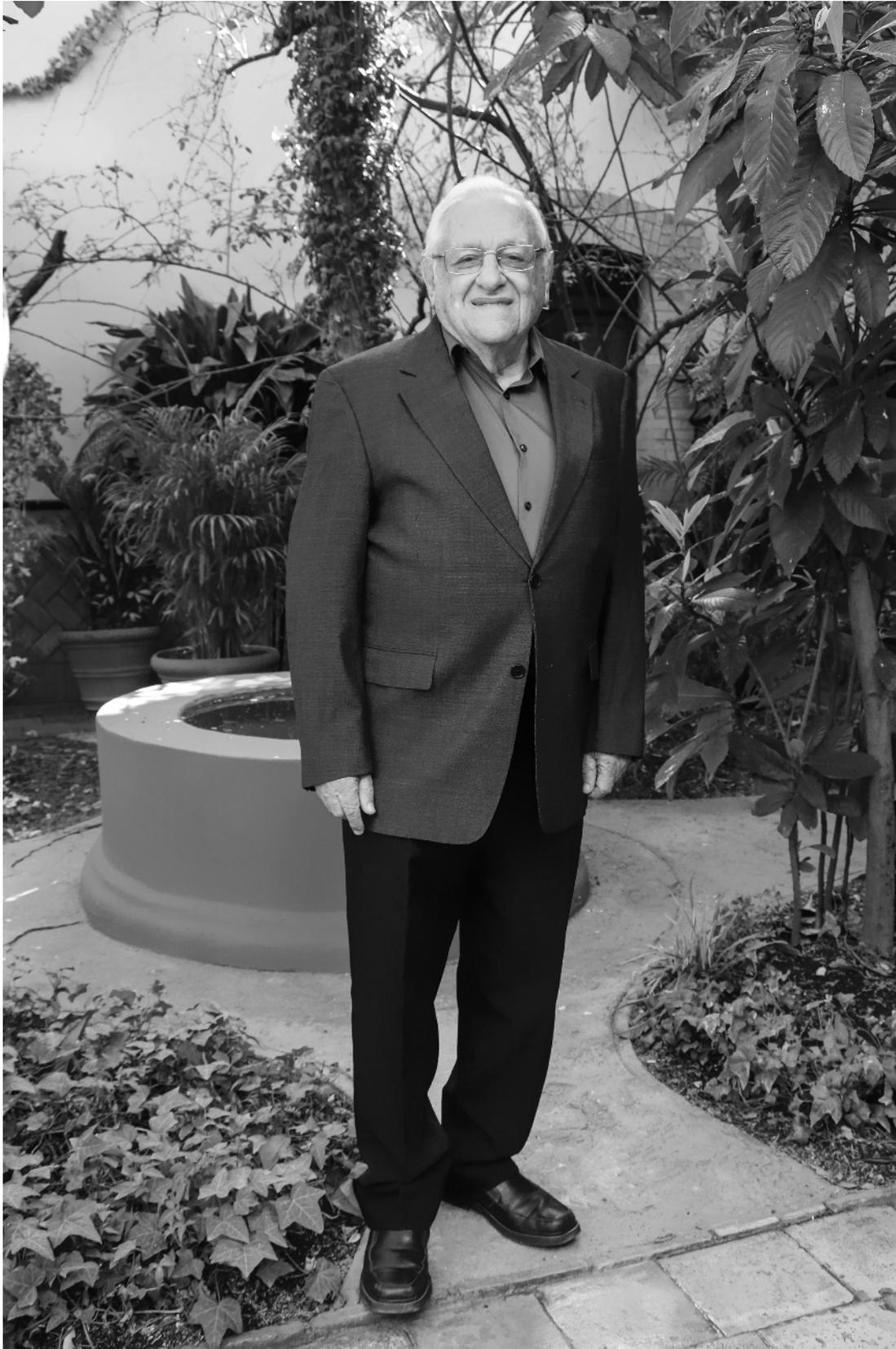
“En esta casa vivieron don Mariano Fuentes y su esposa doña Carmen Aguirre de Fuentes. Varón ejemplar él; mujer de letras ella y gran dama del teatro saltillense, pasaron por la vida haciendo el bien. Quien tal hace no pasa: queda, como ellos, en el recuerdo y el la gratitud. Saltillo rinde homenaje a su memoria. Centro Histórico de Saltillo. Archivo Municipal de Saltillo. 1996”.

Llega la hora de la despedida. Del “gracias, licenciado” y del “mucho gusto” obligado. La mirada brota cristalina de esos ojos bailarines de Catón, que no puede disimular la prisa que lo lleva a abordar su camioneta y desplazarse a su destino. Las horas mueren felices.

“Nos vemos mañana en Monterrey”.

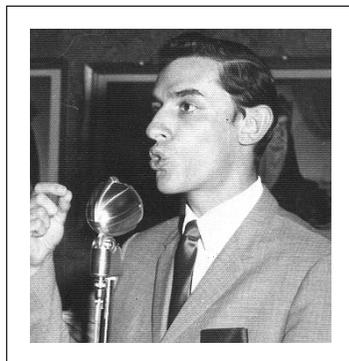
Salimos nosotros también rumbo a la autopista. El Sol pende sobre nuestras cabezas. “Desde el Cerro de la Silla se divisa el panorama cuando empieza a anochecer”.

Texto tomando de Esquivel Hernández, José Luis. (2003). *Armando Fuentes Aguirre, el Catón de Saltillo*. Monterrey, Nuevo León: Esquivel Esparza.



*Armando Fuentes Aguirre, Catón, en Radio Concierto*  
Fotografía: Víctor Mendoza  
2018

## OPINIONES SOBRE EL CRONISTA POR JESÚS DE LEÓN



### LO QUE SE LLAMA UN POLÍGRAFO

ENRIQUE KRAUZE

*Por más de veinte años, Enrique Krauze colaboró con Octavio Paz en la revista Vuelta, de la que fue secretario de redacción (1977-1981) y subdirector (1981-1996). En 1992 fundó la Editorial Clío, de la que es director, mismo puesto que ocupa dentro de la revista cultural Letras Libres, que fundó en 1999, con circulación en varios países de habla hispana.*

*Krauze es un destacado historiador, ensayista y editor con varios premios y reconocimientos. En 1976, recibió el Premio Magda Donato por su libro Caudillos culturales en la Revolución mexicana, y, en 1979, obtuvo la beca Guggenheim. En octubre de 1993, ganó el Premio Comillas de Biografía, otorgado anualmente por Tusquets Editores a la mejor biografía internacional, por Siglo de caudillos.*

*Ha recibido muchas otras distinciones.*

*También es autor de series documentales y televisivas sobre la historia mexicana como Biografía del poder (1987), México: Siglo xx (1998-2000) y México: Nuevo siglo. Desde 1990 es miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia.*

*Este destacado intelectual mexicano fue entrevistado con motivo del reconocimiento al cronista de la ciudad por parte del Ayuntamiento de Saltillo. Es difícil, y eso hasta los*

*Primeras conferencias  
de Armando Fuentes  
Aguirre  
Colección: Luz María  
Fuentes  
Circa: 1960*

*más grandes autores lo saben, obtener el reconocimiento de los conciudadanos. Krauze manifestó que considera muy importantes las distinciones de este tipo —con claridad, con generosidad— para ciudadanos tan eminentes, para las voces de la ciudadanía que, como Armando Fuentes Aguirre, Catón, son tan versátiles, tan inteligentes, y dijo:*

—Tengo una muy alta opinión de lo que este hombre significa en el periodismo y en la vida pública de México. Es un escritor, es un periodista, es un hombre que además proviene de muchas tradiciones, por ejemplo de la tradición del epigrama clásico. Leo sus diversas columnas y tienen el don del apotegma moral, del epigrama preciso, de la tradición griega y latina; pero también de la parábola cristiana y, por otro lado, es un pícaro humorista; un contador de anécdotas y un agudo crítico de la vida pública. Es un hombre muy original. Por eso tiene éxito. Al mismo tiempo también ha escrito libros muy estimables de la historia de México. Es un hombre que tiene, por otro lado, inteligencia, cultura y corazón. Sabe reconocer, sabe admirar y, por si fuera poco, es un hombre del interior de la República, de Saltillo, de Coahuila. Es un sobreviviente de la gran tradición cultural del interior de la República.

*¿Podría ser considerado Catón un historiador, aparte de un cronista?*

—Pues mire, sí; pero yo creo que eso es limitarlo, porque es un hombre muy versátil. Su genio está en la variedad, no en la particularidad. Digamos que es mucho más que un historiador. Él escribe historia y escribe biografía; escribe largo y escribe corto; escribe epigramas y escribe textos más largos. Escribe anécdotas y es un cronista. Es lo que se llama un polígrafo.

*¿Con qué otros ilustres autores, periodistas, humoristas, cronistas, columnistas políticos, podría compararlo?*

—Es bastante único en estilo y hasta en la forma de armar sus textos diarios. Es tan prolijo. No sabe uno a qué hora saca tiempo para escribir prácticamente a diario. No me viene a la mente alguien más. Tiene, como le digo, muchos registros. Sobre todo, creo, que el principal es el tacto periodístico con el público. Diariamente es una presencia que mueve a la reflexión, a la sonrisa y con un sentido moral de respeto a la tradición liberal y también de respeto a las creencias religiosas de México. Es decir, es un liberal moderado que tiene respeto por la religiosidad. A mí me gustan mucho esos epigramas sobre personajes heterónimos inventados que coloca diariamente y que lo hacen a uno pensar. Son muy originales, muy profundos.

*Comparándolo con don Artemio de Valle-Arizpe, otro saltillense, ¿qué similitudes o qué diferencias encuentra?*

—De Valle-Arizpe era más costumbrista, más historiador anecdótico. Son más amplios los registros de Catón. Digamos que son dos generaciones distintas. Valle-Arizpe está más ligado a la tradición de la historia que de la crónica, de los lugares y de las personas. Catón dio el brinco hacia otros ámbitos, hablar directamente al público sobre temas filosóficos profundos. Eso es bastante admirable.

*Se dice que todo humorista esconde a un moralista. ¿Catón es un humorista a secas o también podría considerarse un moralista?*

—Las dos cosas. Esos epigramas que saca a diario en el periódico con frecuencia son morales —en la tradición de Salustio, de los epigramistas latinos o griegos, que concentraban en una sola frase de unas cuantas palabras todo un mensaje de sabiduría moral—. Por otro lado, en todos los chistes y las curiosas anécdotas que cuenta y todos los inventos de esa, digamos, inocente sexualidad que nos hacen reír a todos, pues ahí ya no es un elemento moralista, sino es más ya humorista. Son dos elementos que no se contraponen.

*De Catón se dice que es popular, así como de otros personajes se dice que son populistas, ¿podría usted establecer la diferencia entre ser popular y ser populista?*

—Ser popular es tener éxito, genuino, natural, con el público y con el lector. Ser populista es darle al público lo que quiere oír. El populista actúa con malicia política. El hombre natural no lo es, porque lo es de manera natural. Catón es popular, no populista.

*¿Qué opina de su presencia en los espacios de opinión de los noticiarios televisivos?*

—Creo que su medio natural es la palabra escrita.

## ENTRE MONSIVÁIS Y VIVALDI

HORACIO FRANCO

*Horacio Franco es uno de los artistas mexicanos más reconocidos con casi cuarenta años de intensa trayectoria. Estudió en el Conservatorio Nacional de México y posteriormente en el Conservatorio de Ámsterdam, donde obtuvo el grado “Solista Cum Laude”.*

*Aclamado como uno de los más importantes flautistas y directores a nivel mundial, impulsa el movimiento de música antigua y funda la primera orquesta barroca de México. Ofrece alrededor de 150 conciertos anuales que, con su larga trayectoria como ejecutante y pedagogo, amplían la visión que se tiene de la flauta de pico.*

*Su repertorio abarca música medieval, renacentista, barroca y contemporánea, incluyendo música colonial latinoamericana, tradicional y popular.*

*En sus giras por los cinco continentes ha impartido numerosas clases magistrales y participa en proyectos de educación, así como de apoyo a sectores marginados y desprotegidos de la sociedad.*

*Sin más preámbulos ni obertura, he aquí su opinión sobre Armando Fuentes Aguirre.*

—Yo celebro 40 años de carrera este año, y él cumple 80 años el 8 de julio. Para Fuentes Aguirre es un merecido homenaje, dada su labor imprescindible para la prensa mexicana y como cronista de la ciudad de Saltillo. Don Armando es un emblema en la cultura coahuilense, en la cultura periodística mexicana y, además, nos hace reír.

*¿Qué opina usted del humor?*

—Sin el humor, la vida no tendría sentido. Me identifico con Catón porque yo también tengo esa inventiva tan mexicana, tan arraigada, de relacionar las palabras con doble sentido. No necesariamente con una connotación sexual o hiriente. Pero los juegos de palabras se nos dan mucho a los mexicanos. Catón sigue pensando como un joven, sigue escribiendo como si tuviera treinta años y eso a mí se me hace totalmente liberador. Es un escritor; un periodista, no de la nota roja, sino un personaje de la política y del pensamiento crítico actual mexicano.

*En su Mirador de hoy, Catón nos habla del optimismo. Él se define como un optimista profesional. ¿Qué opinión le merece el periodismo optimista?*

—Hay muchas clases de periodismo y muchas generaciones nuevas de periodistas que están buscando una identidad. Si algo tiene Catón, si algo tiene el maestro Fuentes Aguirre, es que encontró su camino, su lenguaje, al margen de toda la podredumbre que nos aqueja. México no es un país del cual uno diga que está funcionando, porque estaríamos ciegos. Ningún político, por muy bueno que sea, puede decir que México es un país donde no pasa nada. Asesinan periodistas, mujeres, migrantes. Ahora están asesinando candidatos también. Vivimos una situación anómala. Pero alguien como Catón, que en un momento dado ya no es un reportero, sino un periodista muy respetado y muy querido, cronista de una ciudad, tiene todo el derecho de ser optimista, pero de ser crítico además. Está optimista de que las cosas van a mejorar en México, porque peor no pueden estar. No sé qué tanto vayamos a tocar fondo en los meses que quedan de este sexenio, pero creo que yo también soy optimista, en ese sentido. Hay que tener una mentalidad muy crítica. Catón la tiene. Es una persona sumamente experimentada en la política. A mí se me figura un prototipo, un sucedáneo de Antonio Vivaldi, el gran compositor italiano, que escribe muy ligero y piensa muy profundo.

*¿Con qué cronista mexicano, de esa gran tradición de cronistas que tenemos en México, lo compararía?*

—Con Monsiváis, en muchos sentidos. Pero Monsiváis era más denso. Usaba un vocabulario mucho más reprimido, como era él, mucho más intelectual, más serio. No reprimido en el sentido de auto represión, sino en el uso de un vocabulario más cuidadoso. Muy ingenioso, muy de doble sentido y con mucho humor. Es como comparar a Vivaldi con Bach o con Händel. Bach es profundo, intelectual; Vivaldi es intelectual y profundo, pero escribe muy ligero. Catón es un Vivaldi contemporáneo del periodismo.

*¿Considera que Catón es tan querido como leído o cree que es más querido que leído?*

—Creo que debería ser más leído. El periodismo al estilo Catón de la prensa editorial y de la prensa crítica se han perdido en la prensa diaria. Estamos viviendo, a través de la información diaria, la vorágine de cosas tremendas que pasan en México. Tremendas son las elecciones, como tremendos son los asesinatos; tremendas son las noticias sobre el crimen organizado, como tremendas son las cuestiones que pasan con el huachicol o con el descarrilamiento de trenes. Todo lo que vivimos hoy por hoy es tremendo. No podemos deslindarnos. Las redes sociales absorben todo de una manera impresionante. Catón necesita mayor difusión en las redes sociales. Ojalá que al maestro se le ocurra hacer un canal de YouTube para decir todo lo que dice. Lo que hace en televisión es muy conocido. Me encantó, por ejemplo, uno de los últimos segmentos que vi en el noticiero

de Televisa, donde planteó el hecho de que hay que cuidarse a uno mismo, que nosotros preferimos cuidar nuestro coche que cuidarnos a nosotros mismos. Es importante que difundan eso entre los jóvenes y los *millennials*, que son los que finalmente conocen menos a Catón.

*Alguien tan correcto en su manera de expresarse, tan cuidadoso de su personaje, ¿cree usted que resulte mediático?*

—Puede ser como una contraparte de Brozo, que es tan alburero. Catón es muy propio y muy culto. Él es gente muy fresca y yo creo que esa frescura con intelectualidad, con mentalidad crítica, hace falta a los jóvenes también.

*¿Qué opina de una persona tan carismática, que lo mismo lo veamos dirigir una orquesta que dando una conferencia?*

—Catón es un hombre de su tiempo, un humanista. Gente que se puede permitir ya con la carrera y la trayectoria que tiene, todos esos lujos, sin que le afecte. No sé qué tanto sepa el maestro de música, pero si lo puede hacer o lo quiere hacer, pues sea bienvenido. No se le puede cuestionar ni nada. No creo que vaya a dirigir toda una temporada de conciertos, pero se le puede permitir porque es un intelectual y se le respeta.

*¿Con cuál frase de Catón se quedaría usted?*

—Me quedaría con tantas. Estaba yo leyendo un *Mirador* donde dice que el Señor hizo al universo y lo hizo a su imagen y semejanza. Eso quiere decir que lo hizo infinito, y el universo en efecto no tiene final. Cuando parece que termina está empezando. Me quedaría con todas esas reflexiones sobre el universo y sus misterios, que son inacabables. Una vez que el Señor hubo hecho el universo llegaron los hombres, inventaron los números y, en medio de ellos, se inventó el ajedrez. Quedó el Señor admirado, diciendo: “Pensé que sólo yo podía inventar infinitos.” Todas esas reflexiones son muy profundas. No sólo aquella de que un gallo de rancho fue llevado a una granja avícola y los dueños le pusieron peros: por su culpa, suponen, ahora las gallinas pondrán nada más huevos rancheros. Imagínese.

## UN CRONISTA FAMILIAR, DICE FERNANDA

FERNANDA FAMILIAR

*Fernanda Familiar cuenta con dos Best Sellers: Mamás de teta grande y El tamaño sí importa; y recién ha lanzado su cuarto libro No la vi venir. Conduce diariamente un programa de radio de dos horas, a nivel nacional, en Grupo Imagen Multimedia. Edita, con Grupo Medios, una revista que vende sesenta mil ejemplares mensuales, avalada, con su nombre, en calidad y contenido. Imparte conferencias anuales a miles de personas, a nivel nacional e internacional.*

*Es considerada como integrante del Foro Internacional de la Mujer Capítulo México, entre otros logros. Gracias a su esfuerzo, dedicación, responsabilidad y entrega, Fernanda Familiar ha logrado ser un referente de liderazgo en México, sustentado por la credibilidad y el compromiso, que mantiene de manera incansable.*

*La afinidad de su actitud con la de Catón en el campo del periodismo resulta evidente en el tipo de respuestas que dio a nuestras preguntas.*

*¿Qué opina usted de Catón?*

—Sobre Catón podría citar los títulos de muchos de sus libros, pues se trata de uno de los escritores más prolíficos que también alberga el medio periodístico. Existe en su pluma un rigor histórico al hablar de grandes personajes de México, pero también una hilaridad extrañamente correcta en hombres que viven el día a día informativo, donde pareciera que el humor no tiene cabida. Así, Catón nos puede narrar la crónica de una ciudad que ha visto el paso de la Revolución mexicana por sus tierras, como también contarnos el chiste más divertido e inteligente. Pocas veces en México existen escritores que combinen lo literario con lo periodístico, como sucediera con Vicente Leñero y, claro, con Catón.

*¿Dónde y cuándo lo leyó por primera vez?*

—No recuerdo con exactitud la fecha en que leí por primera vez un texto de Catón, pero sí que fue en casa de mis padres. Y sé que se trató de una columna porque, desde que tengo memoria, en mi casa siempre hubo más de un periódico. Saber con claridad cuál periódico, es difícil, considerando que Catón es uno de los pocos periodistas que ha tenido la suerte de escribir cientos de columnas para varios diarios, tanto nacionales

como internacionales. Lo que tengo muy presente es que aquel primer encuentro con sus letras ocurrió precisamente cuando yo me interesaba en el periodismo y su columna me llamó la atención por la contundencia de sus palabras y la facilidad para no sólo entender lo que deseaba transmitir, sino también escuchar su voz que años después tendría el gusto de conocer en alguna entrevista que le realizaron.

*¿Opina usted que lo que Catón escribe es periodismo o literatura?*

—Catón escribe periodismo ¡y literatura! Escribe un periodismo —sobre todo crónica— impregnado de poética, en el sentido más Aristotélico posible. Y escribe una literatura fundamentada en el rigor que sólo un periodista que recurre a la investigación es capaz de lograr. ¿Y por qué no decirlo? Catón es digno alumno del periodismo literario que Gabriel García Márquez supo desarrollar para alcanzar la crítica social desde la trinchera de los medios de comunicación. Porque puede que para el oficio periodístico el uso del gerundio esté negado, pero para el arte literario escribir se aprende escribiendo, como Catón lo ha hecho durante tantos años.

*¿Podría usted citar alguna frase memorable que haya leído en una de las columnas o en alguno de los libros de Catón?*

—Catón escribió una divertida queja contra la revista *Fortune* porque no lo mencionaba como uno de los hombres más ricos del mundo. Pese a que en la lista que era la causa de su enojo se encontraba otro mexicano como Carlos Slim, Catón planteaba una posible demanda porque su nombre se había omitido. A continuación desglosaba con detalle las características por las que se consideraba un hombre extremadamente rico, que no es lo mismo que millonario. Y entre tantas afirmaciones, hubo una que se me quedó grabada en la memoria. Catón decía: “Tengo gente que me ama con sinceridad a pesar de mis defectos, y a la que yo amo con sinceridad a pesar de mis defectos.” Tener una honestidad tal en materia de nuestras debilidades es un ejercicio de valentía pero, cuando además hay gente que nos quiere con sinceridad en este medio donde la solidaridad gremial es tan poco común, debemos celebrar que existan personas como Catón que saben querer y darse a querer.

*¿Con qué otros ilustres autores (humoristas, periodistas, cronistas, columnistas políticos, etcétera) podría usted comparar a Catón?*

—Otro gran cronista y crítico teatral que guarda cercanía con el estilo y el reconocimiento que se ha ganado Catón es el célebre Luis Reyes de la Maza, quien también poseía la destreza de transformar la narración de un acontecimiento en una película

dentro de la imaginación del lector. También se puede comparar la versatilidad para transitar de la literatura al periodismo de Catón con el trabajo de Vicente Leñero, quien es posiblemente el único escritor mexicano que probó —y no sólo eso, sino dominó— todos los géneros literarios y periodísticos. Y cómo olvidar la sabiduría y el flujo narrativo de un Carlos Monsiváis, con quien Catón comparte el gusto por la crónica.

*¿Cree usted que la forma de hacer periodismo de Catón sea imitable o pueda dejar descendencia?*

—Hay en el medio periodístico una cantidad infinita de compañeros que pasan por la redacción de un periódico o de algún medio electrónico. Y así, hay varios que se quedan para siempre en ese lugar, tecleando letras y formando palabras en un estilo homogéneo aprendido en la carrera de periodismo. Pero son aquellos, los que logran romper esos paradigmas, los que saltan de la redacción a la escritura, aun hablando de medios informativos. Curiosamente, lo que marca la diferencia y otorga el reconocimiento es el cambio en las reglas, aunque para hacer esto primero hay que conocer las normas que intentamos romper. Ese periodismo donde hay un estilo es en realidad la firma de cada persona. Catón tiene un estilo característico que ya trascendió en la historia de un país, una firma que conocemos, y Catón es Armando Fuentes Aguirre y nadie más.

*¿Considera usted que Catón es un periodista?*

—Catón tiene una forma característica de narrar sus inicios en el periodismo con aquel incidente donde la lluvia lo obligó a conversar con un desconocido al resguardo de las puertas del Palacio de Bellas Artes. En ese instante, la suerte —o el destino— junto con su gusto por la ópera lo hicieron convertirse en periodista, como lo hicieron muchos de la vieja guardia: escribiendo. La constancia genera oficio y el oficio se convierte en carrera cuando la trayectoria la sustenta. Creo que Catón cumple con estas características y para muestra están sus libros y sus textos en cientos de periódicos.

*¿En qué se distingue Catón de otros periodistas?*

—Catón tiene una voz única que reconocemos al leer cualquiera de sus textos. La comicidad es algo que lo convierte en un erudito de la confianza, donde cada lector es su único y mejor amigo. Ese momento en el que lo lees y sabes que eres el primero a quien le cuenta eso que le importa hace que te importe a ti también. En persona, también el sentido del humor es algo que hace único a un hombre que ha visto una cantidad ini-

imaginable de noticias terribles, pero que ha preferido hacernos reír que hacernos sufrir con la nota roja. Catón es el hombre que parece escribir porque le sale del alma y que para suerte nuestra eso se convierte en una columna o en un libro.

*Háblenos de su contacto con los textos de Catón.*

—Además de aquel encuentro en las páginas de un diario nacional, recuerdo que el libro de Catón que me dejó gratamente sorprendida fue el de *Antonio López de Santa Anna*, de la serie *La otra historia de México*. Catón logra en este libro un retrato fiel no sólo del hombre que conocemos por la historia mexicana, sino a un seductor que estuvo lleno de contrastes. En esto reside la destreza de Catón como escritor, en la cercanía que logra entre el lector y sus personajes. *Díaz y Madero* también es otro libro que consigue adentrarnos un poco más en ese pasado de México donde los villanos pueden tener matices de héroes y los héroes tener tentaciones de villanos.

*¿Catón podría considerarse un historiador o sólo un cronista?*

—El cronista se convierte irremediabilmente al paso del tiempo en un historiador. El historiador que se dedica a escribir se transforma por gusto o necesidad en un cronista de la historia. Catón es un periodista que hace crónica y un escritor que cuenta la historia de México. Ambas características complementan al hombre que durante décadas se ha dedicado a reinterpretar muchos pasajes del pasado y a revivir personajes que no conocíamos del todo. Sin embargo, si podemos definir a Catón en una sola palabra, no sería la palabra periodista o la palabra cronista, sería simplemente “escritor”, como aquel que logra navegar en un mar de letras donde ambos géneros se juntan.

## TAMBIÉN LOS QUE HACEMOS PASTORELAS O COLUMNAS POLÍTICAS

MIGUEL SABIDO

*Miguel Sabido nació el 20 de noviembre de 1937 en la Ciudad de México. Obtuvo, en 1961, una beca de creación dramática del Centro de Escritores, donde fue alumno de Luisa Josefina Hernández y Emilio Carballido. En 1959, dirigió su primer montaje teatral, iniciando una carrera como director de escena, que suma más de 30 obras, entre las cuales destaca especialmente su Falsa crónica de Juana la Loca, la cual ha sido representada en más de dos mil ocasiones, en varios países e idiomas.*

*Desde 1967, Sabido ha estudiado y aplicado las posibilidades formativas de los medios masivos de comunicación, logrando importantes resultados con telenovelas de mensaje social. Su trabajo ha sido merecedor de más de setenta premios y reconocimientos dentro y fuera de México.*

*El maestro Sabido ha sido investigador del teatro ritual popular mexicano, del cual demostró que existen antecedentes de tres milenios de antigüedad en nuestro país. Desde su infancia, ha sido un apasionado defensor de México y admirador de lo náhuatl.*

*Gente de teatro, Sabido sabe apreciar la actuación de Armando Fuentes Aguirre, Catón, personaje adentro y afuera de los escenarios. Escuchemos su voz a la mitad del foro.*

—Armando es toda una institución de rigor académico, de amor a Coahuila y además de sentido del humor. Personalmente le debo dos enormes favores a Armando y quiero dejar constancia de ellos: el primero es que tuvo la gentileza de invitarme a inaugurar su estación de radio con una plática. Cuando me habló, me dijo: “Una plática pequeña.” Cuando llegué, me enteré de que la plática era de tres horas. Agradezco a Armando que me haya tenido la confianza de dejarme los micrófonos por tres horas. Pero hay otra cosa muy personal y casi desconocida, que también le agradezco. El 8 de diciembre del año 2000, Armando —con su nombre, no con el de Catón— publicó en el periódico *Reforma* una frase, que a mí me cambió la vida: “Todas la creaturas del mundo, somos una sola.” Es una frase de una profundidad filosófica, de una generosidad espiritual, que realmente me conmocionó y que ha sido el lema que ha conducido desde entonces mi trabajo. Quiero agradecerle que haya publicado esa frase.

*¿Por qué en México acostumbramos escribir tan poco sobre las personas que escriben mucho?*  
—Es un vicio heredado de la Nueva España. Falta de reconocimiento. El deporte nacional en México —como lo dijo Octavio Paz— es el ninguneo. Parecería que no reconocer el talento ajeno da mayor talento. Nunca he tenido esa posición. He hecho homenajes a Pita Amor, a Hugo Arguelles, a Griselda Álvarez... Creo que en vida se debe reconocer la aportación de los mexicanos a la cultura y me parece que ustedes están subsanando ese grave defecto nacional, porque es un defecto el silencio acerca del mérito ajeno. Hablemos a gritos de un enorme talento, tan variado, porque además es sumamente amplio. Va desde la sátira, la política más fina, hasta la reflexión filosófica y el rigor académico más profundo. Me parece que están ustedes luchando contra ese horrible deporte mexicano del ninguneo.

*Ya que estamos hablando de deportes nacionales, ¿por qué hay gente en México que no toma en serio el humor?*

—Mucha gente toma en serio el humor. La columna de Catón se publica en más de cien periódicos. Armando es una figura nacional, es una verdadera estrella que ha logrado convertirse en una institución nacional. Ha convertido su columna en la más importante de toda la República. Usar sabiamente el humor para poder decir la verdad, muchas veces desgarradora, sobre este país tan lastimado. Cuando él habla de sus cuatro lectores podríamos decir sus cuatro millones de lectores. Me parece que él ha sabido usar el humor para hacernos ver la realidad en México y para reflexionar también sobre el ser humano.

*¿Qué es el humor (o el humorismo) y, a partir de eso, cómo definiría el humor de Catón?*

—Bergson definió la risa en un libro muy famoso como la ruptura de una realidad. A mí me parece una buena definición. Catón con un buen chiste rompe la realidad demagógica de la política mexicana, que no tiene sustento. Él la destruye con dos renglones. Acudo a Bergson para definir el humor de Catón: romper esa realidad demagógica y hueca.

*¿Con qué otro gran humorista mexicano compararía a Catón?*

—Con el único que se me ocurre es Cantinflas. Porque Cantinflas es un Quijote que está luchando a través del humor contra la realidad, usando un lenguaje que no le corresponde. Nuestro lenguaje no es el español. Nuestra garganta no está hecha para hablar en español. El idioma español no nos es propio. Las lenguas del centro del país son lenguas muy dulces, como el náhuatl. Las lenguas de Árido América utilizan resonadores

diferentes a los del español normal. Cantinflas en ese sentido fue un Quijote, como lo es Armando. Contra lo que luchaba Cantinflas era contra un idioma que no era el suyo y, sin embargo, sabía hacerse entender por todo el mundo. Lo mismo le pasa a Armando. Utiliza el sentido del humor aparentemente para hacer un chistorete, pero lo que está haciendo es una reflexión filosófica profunda.

*¿Con qué historiador podría comparar a Catón?*

—No tiene parangón. Quizá, como una especie de seguidor de Catón, podría mencionar a Luis Reyes de la Maza, en lo que se refiere a las crónicas teatrales. Porque si bien sus crónicas se llamaban *Cartas políticas de ultratumba*, en ellas hacía hablar a personajes muertos sobre el teatro mexicano, y resultan chistosos. Pero no es comparable. Vendría a ser un seguidor de Catón. Realmente no hay un escritor tan serio como Armando. Prefiero llamarle Armando. Catón es un seudónimo. Para mí el nombre de Armando Fuentes Aguirre es muy respetable. Volteo y del siglo xx, nadie. Quizá Jorge Ibarguengoitia, pero Ibarguengoitia no reflexionaba sobre la realidad. Escribía novelas, con mucho sentido del humor. Novelas sobre México. Pero no desde el punto de vista del historiador. No con la vastísima cultura de Armando, que sostiene un andamiaje intelectual con una enorme solidez.

*¿Qué tan visible es Catón fuera de Saltillo?*

—A través de los periódicos, visibilísimo. Lo publican en toda la República. Conocidísimo. Infortunadamente creo que ha tenido mala suerte en escoger sus editoriales, porque sus libros no tienen la enorme difusión que deberían tener. Ahora regreso al problema de México, al problema del ninguneo. Como Catón tiene éxito, un gran éxito, pues las elites de intelectuales voltean la cabeza para no verlo. Yo lo veo de frente y veo un hombre cultísimo, un hombre con un amor a México verdaderamente admirable y un hombre con un sentido del humor encantador. Armando ha sido víctima de ese otro vicio mexicano que es el elitismo literario, donde solamente los exquisitos valen la pena. También los que hacemos pastorelas o los que hacen columnas políticas con el cauterizador de la sátira somos respetables. Amalia Hernández es respetable. Así es que desde un punto de vista periodístico creo que Catón, como tal, es realmente una fuerza fundamental en la comunicación mexicana. Sus libros merecerían mayor difusión de la que han tenido.

## ABRIR UNA ENCICLOPEDIA O LEER A CATÓN

EDUARDO CACCIA

*Desde que Eduardo Caccia (Ciudad de México, 1962) era niño, se dio a la tarea de descubrir lo extraordinario y obtener respuestas a preguntas paradójicas. Su deseo era convertirse en arqueólogo. La vida lo puso en otra dirección, que lo llevó a la investigación no tradicional de consumidores. Según dice, esta actividad semeja mucho a la del arqueólogo, pues consiste en escarbar profundo en las capas de la mente humana, hasta el fondo, donde están enterrados los tesoros.*

*Eduardo ha sido profesor universitario en la Universidad Panamericana y miembro de la Universidad de San Diego, en la Oficina de Educación Corporativa y Profesional. También ha escrito artículos sobre marcas y temas de código cultural en prestigeadas publicaciones como Expansión, Reforma, Mural, El Norte, La Jornada. Es conferencista y ha dado cientos de conferencias y presentaciones sobre diferentes temas, en varios países.*

*Enterado sobre el motivo de la entrevista, consideró el homenaje para Armando Fuentes Aguirre como un acto de justicia. “Los cronistas son portadores, no solamente de la historia, sino de la tradición —dijo— y mantienen vivos los lazos entre generaciones. Es lo menos que merece un personaje de la estatura del maestro Catón”.*

*¿Dónde lo leyó por primera vez? ¿Cuál fue el primer contacto que tuvo con sus textos?*

—Fue en periódico *Reforma*. Tengo entendido que él es la persona que publica en periódicos más leída de México. Es difícil no toparse alguna vez en la vida con un texto del maestro.

*¿Algún texto en particular que lo haya ganchado como lector para acercarse a la obra de Fuentes Aguirre?*

—Hay varios ángulos de su obra, pero particularmente a mí me llama la atención su enorme capacidad para crear nombres. Esos nombres que les pone a sus personajes reflejan una habilidad, una creatividad muy especial, que yo valoro porque parte de mi actividad profesional implica muchas veces el desarrollo de nombres para marcas que están por salir al mercado. Crear nombres es un proceso complicado. En el caso de él, creo que tiene una facilidad absoluta, porque en los nombres de sus personajes revela

características fundamentales, que nos ayudan a completar el cuadro de esas microhistorias con las que él nos deleita todos los días.

*¿Usted lo ubica más cerca del periodismo o de la literatura?*

—Del periodismo, pero el periodismo como otro frente de la literatura. Es difícil separarlos. Porque hay una literatura que se hace muy cercana a la gente, cuando es cotidiana, y cuando habla de hacer textos de la vida diaria, que no es una literatura que tenga que ser chocante ni dejada. Entonces el periodismo es una forma de incursionar en la literatura.

*¿Con qué otros ilustres autores, humoristas, cronistas, columnistas políticos, lo podría comparar?*

—Por la frescura y la cotidianidad de sus publicaciones, lo compararía con un Germán Dehesa, quien también tenía esa capacidad de transmitir los elementos vivenciales de la vida diaria y publicaba prácticamente todos los días; ambos, creo, tienen un sentido del humor parecido: decente, pero muy jocoso. En el caso particular del maestro Catón, rescato cómo puede, por ejemplo, hablarnos de temas eróticos y de incursionar en escenas que serían de escándalo, pero de una manera tan sutil, tan bien llevada y sostenidas las palabras, que terminan esos temas siendo invitados en la sala de cualquiera. Se convierten en parte de nuestro contexto.

*¿Cree que sea imitable la forma de hacer periodismo de Armando Fuentes Aguirre?*

—Es muy difícil imitar a un autor de sus características. Primero, porque tiene una capacidad espectacular para generar contenidos y todos, quienes estamos en el medio periodístico, de alguna forma generando contenidos, sabemos que no es fácil hacerlo; incluso, como es mi caso, semanalmente. Ahora, hacerlo todos los días implica un reto mayúsculo. En el caso de él, tiene elementos sumamente competitivos para el oficio, como es una memoria prodigiosa. He escuchado narraciones en donde hace referencia a temas históricos. Su memoria creo que le ayuda mucho. Por el otro lado, tiene un dominio del lenguaje espectacular. Si uno quisiera aprender nuevas palabras y enriquecer su vocabulario, creo que tiene dos opciones: abrir una enciclopedia o leer a Catón.

*Es un autor que fascina a las masas. Sobre las presentaciones en público, ¿cómo enfrenta Catón al monstruo de los mil ojos?*

—La primera vez que tuve contacto personal con él daba una conferencia en un foro donde yo participé. Mi intervención fue primero, así que me quedé para escucharlo.

Nada más lo conocía por sus textos y me llamó poderosamente la atención el dominio que tiene en el escenario. Todos quienes hemos subido a un escenario sabemos que hablar en público tiene retos muy específicos. En el caso del maestro Catón se maneja como un pez en el agua. Tiene un dominio magistral. No lo escuchamos trastabillar y toda la ilación y la elocuencia parecen como de alguien que tiene todo este contenido cargado de una forma artificial y alguien ha apretado un botón y sale de una forma muy natural. La primera vez que lo vi platiqué con él. Me confesó que estudió teatro y creo que esta capacidad histriónica le abre muchas posibilidades que no tienen quienes simplemente escriben bien. Él no solamente escribe bien, sino que habla bien, gesticula bien. Es un gran comunicador. Creo que eso es lo que le ha dado tanto público y tanto arrastre.

*¿Es mediático? ¿Resulta atractivo para los jóvenes?*

—Absolutamente. El arma que lo hace mediático es el humor. El humor del maestro lo hace transversal generacionalmente porque, la risa, la sonrisa, esa escena que es capaz de plasmar en nuestra mente, esas palabras que al decirlas se pronuncian en nuestras cabezas y que provocan la sonrisa, eso ha existido a través de todas las generaciones y se agradece mucho que haya una persona con un humor inteligente, un humor fino. A veces pudiéramos llegar a pensar que es políticamente incorrecto, pero siempre toca esos límites, ese extremo del que está a punto de cruzar y uno no termina realmente de saber si lo cruzó o no lo cruzó. La única certeza es que nos estamos riendo o nos ha cambiado la perspectiva gracias a una forma de decir. Esa forma de decir del maestro Catón se agradece en cualquier época de la historia de un país.

*¿Qué pasa cuando los grandes conferencistas quieren decir algo nuevo y la gente les pide lo mismo? Me parece que el público se acostumbra y exige lo mismo. A los conferencistas les pasa como a los cantantes que cuando quieren presentar material nuevo, resulta que el público pide las mismas canciones.*

—El primero en cansarse del contenido es uno mismo, porque lo vive permanentemente. El reto está en poder tener un equilibrio entre estos lados que son los permanentes y los lados que puedan ser novedosos. Creo que un conferencista tiene el reto que tiene un río, que siempre está en el mismo lugar, pero con distinta agua y esa característica de renovación sin moverse es lo que el público agradece.



*Armando Fuentes Aguirre entrevistando a un pescador de New Bedford, Massachusetts*

Colección: Luz María Fuentes

Fecha: s/f



*Catón en su casa de Bloomington, Indiana, a su paso por la escuela de periodismo de la universidad de ese estado, con dos de sus compañeros de estudios. A la izquierda Mike Anamzoya, de Ghana; y Luis Espinoza, de Colombia*

Colección: Luz María Fuentes

Fecha: s/f

## EL BALADISTA HABLA DEL CRONISTA

CÉSAR COSTA

*César Roel Schreurs, conocido artísticamente como César Costa (Ciudad de México, 1941) es un actor y cantante mexicano que actualmente es miembro del Consejo Consultivo de la UNICEF en México y Embajador de buena voluntad.*

*Con la compañía Orfeón, grabó tres discos con canciones como Mi Pueblo (My Home Town) y Loco Amor (Crazy Love), versiones castellanas de los temas de Paul Anka, además del clásico La Historia de Tommy (Dile que la quiero).*

*Además de su actividad como cantante, trabajó en la serie televisiva de 1986 Papá soltero, llevada también al cine. Condujo programas periodísticos y musicales en radio y televisión, como Un nuevo día y Al fin de semana, show que reemplazó en Televisa al tradicional Siempre en domingo. En 2017, participó en el doblaje para América Latina de Coco de Disney Pixar.*

*La evolución de César Costa, de cantante a actor y de actor a entrevistador, lo fue colocando cada vez más cerca del trabajo del periodista; el hecho de que Catón haya evolucionado de periodista a conferenciante y, después, a figura de los medios, ha exaltado sus dotes histriónicos: es en ese punto donde el cronista y el baladista se juntan.*

*¿Qué opina usted de los homenajes?*

—Creo que son muy importantes. Una de las necesidades del ser humano es el reconocimiento de lo que hace. Es fundamental hacer estos homenajes en vida porque, aparte de ser eso un reconocimiento, es un estímulo para que la persona siga aportando a la sociedad.

*¿Quién no lo recuerda a usted como baladista de toda una época? ¿Los baladistas y los cronistas se llevan?*

—Depende de con quiénes. Somos de alguna manera una familia. Todos los comunicadores tenemos algo en común: el deseo de poder establecer una relación con el público, una comunicación directa. Eso de alguna manera nos hace familiares, tanto a los cronistas como a líderes de opinión, a los cantantes, los conductores.

*¿Ha platicado usted con Armando Fuentes Aguirre?*

—Sí, cómo no.

*¿Y de qué platican, cuando han platicado?*

—Bueno, siempre está flotando el sentido del humor, porque él tiene un estupendo sentido del humor, que es una característica de la inteligencia. Hablamos de todo, porque es un hombre universal en ese sentido. Puede uno abordar temas de tipo político, académico, de historia... Él es un historiador muy serio. Así es que de todo, de todo. La vida da para eso y para mucho más.

*¿Cómo definiría el humorismo de Catón y a partir de eso, cómo definiría a Catón?*

—Pues es difícil, porque definir el humor es... Yo tuve la oportunidad de montar, Armando fue testigo, un homenaje que hicimos, una exposición que inauguró Rafael Tovar y de Teresa, que se llamó *El humor en el Cine Nacional*. Se inició en la Cineteca, luego estuvo en Monterrey en los Tres Museos, después estuvo en Saltillo y, posteriormente, se fue a Tijuana. Me tomó dos años armar este reconocimiento a todos los comediantes de México, empezando por Joaquín Pardavé, Cantinflas, El Piporro, Clavillazo, Palillo. Todos los comediantes. Fue una exposición muy bien montada. No es fácil definir el humor. Creo que es eso que flota entre lo que decimos y que nos permite comunicarnos más directamente. Yo así podría definir el humor. Y definir a Catón, bueno, pues es muy difícil porque es un hombre que tiene muchas facetas. Lo mismo tiene una gran seriedad y profundidad como historiador, que maneja cosas muy ligeras, como ese su pequeño libro sobre los nietos. Esa frase suya, donde asegura que, si hubiera sabido qué eran los nietos, hubiera tenido primero a los nietos y luego a los hijos. Es difícil definir a una persona así. Creo que hacen falta en la sociedad mexicana personas que tengan esta universalidad y que tengan esta actitud ante la vida.

*Se dice que Catón tiene oficio. ¿Qué opina usted del oficio? ¿Qué es el oficio?*

—Cuando se ha repetido algo o cuando se sabe tanto de algo, se convierte uno en maestro y sin la menor duda yo creo que él es un maestro en muchos sentidos. El oficio es lo que hace al maestro. El conocimiento y la profundidad de esos conocimientos, pues, le dan a uno el título de maestro.

*La escritura, por ejemplo en el caso de él, de la página diaria y no sólo la escritura de la página diaria, sino que lo publiquen muchos diarios del país. ¿Qué opinión le merece una persona que escribe y publica varias páginas diarias?*

—Que, si no fuera bien recibido, no las publicaría. Creo que él es muy asertivo. Puede ser muy agudo, muy directo en lo que dice. Eso lo vuelve una persona confiable en

cuanto a sus conocimientos, en cuanto a lo que expresa en cualquier tema. Lo leo a menudo y me gusta mucho cómo escribe.

*¿Le hubiera gustado que Catón fuera su libretista?*

—Hubiera sido un buen experimento. Desde *La carabina de Ambrosio*, un programa que duró ocho años al aire y que, además, manejó un humor muy blanco, muy ingenioso. Me siento muy orgulloso todavía de que ese programa estuviera en los primeros lugares de la televisión en el gusto del público. Me hubiera encantado que intentáramos hacer algo juntos. Claro que sí.

*Le haré la pregunta que nos hemos hecho todos alguna vez: ¿de dónde saca Catón tantos chistes?*

—Creo que tiene un poder de observación extraordinario y luego los humoristas se vuelven ellos recipientes de alguna manera, porque uno, cuando conoce a una persona como él, generalmente saca lo mejor de su repertorio. Son buenos observadores, que todo lo asimilan, lo transforman y luego lo plasman en el mejor medio posible.

*Catón defiende por un lado el valor del orador cívico. ¿Usted cree que es actual, que está vigente?*

—Sí, sin duda. Creo que sí.

*Hay quienes dicen que Catón es más querido que leído, ¿está usted de acuerdo con esa afirmación?*

—Es difícil responder eso. Ambos aspectos van de la mano. Si no fuera querido, no lo leerían y, si lo que leyera decepcionara, pues ya no lo seguirían queriendo. Es un círculo virtuoso. Creo que él está muy a la par de lo que recibe del cariño del público, pero él lo da en sus escritos, en sus pensamientos.

*¿Con qué humorista, que haya trabajado con usted, compararía a Catón?*

—Es totalmente distinto. Catón es muy universal. Puede ser muy profundo. He tenido la oportunidad de trabajar con muy buenos escritores, tanto en mis películas como en los programas de televisión; he incursionado bastante en los libretos también, siempre lo hago, pero es difícil. No quisiera yo hacer comparaciones. Pero sí, creo que su idea de que un día probáramos hacer algo juntos sería muy interesante.

*Hacer reír o sonreír; ¿qué tan importante es para un país como el nuestro?*

—Es indispensable. ¿Qué pasaría si no tuviéramos ese sentido del humor los mexicanos y esa chispa que, además, tiene dos filos? Porque buscarle la salida humorística a los problemas tiene cierto talento pero, a la vez, es una manera de evadir la realidad. Es un tema muy discutible. Si no tuviéramos sentido del humor, México hubiera cambiado desde hace mucho. No sé hasta qué grado sea buena la evasión de la realidad y que no la afrontemos, con la seriedad que deberíamos, dadas las circunstancias que estamos viviendo y a las que hemos llegado. Pero, bueno, desde el punto de vista positivo, el poder comunicar alegría, una sonrisa, se me hace lo más maravilloso; se me hace una misión importantísima en la vida de cualquier ser humano, el que pueda contagiar una visión positiva de los momentos más difíciles o dramáticos que se puedan vivir.

*¿Es una actitud ante la vida?*

—Sin duda. En todos mis programas he tratado de plasmar sentido del humor porque yo creo que es muy importante. Hay verdades muy profundas que se pueden decir con sentido del humor, que pueden calar más profundo que si se dicen de una manera seria. Tanto en *La carabina de Ambrosio*, como en *Papá soltero*, o en *Un nuevo día*, siempre intenté que estuviera flotando un sentido del humor ahí latente.

## CATÓN VISTO DE CERCA

DIANA MARÍA GALINDO TEISSIER

*Editora. Dirigió el periódico Vanguardia, de Saltillo, después de la muerte de su esposo, Armando Castilla Sánchez (1942-2000), quien lo fundó en 1975; hasta 2003, en que su hijo Armando Castilla Galindo tomó la dirección editorial. Diana Galindo fue iniciadora del suplemento cultural Semanario, del Centro Cultural Vanguardia (1982-1999) y de la Sala de Lectura Infantil. Vanguardia ha mantenido un bien cimentado liderazgo periódico bajo la firme conducción de su directora. En 2011, este medio recibió uno de los prestigiosos premios INMA, que se otorga a las mejores campañas de mercadotecnia de la industria editorial. Actualmente Diana Galindo es presidenta de la Fundación Vanguardia.*

*Todos los saltillenses hemos leído a Catón.*

—Alguna vez cuando menos.

*Se podrá impresionar fácilmente a los extraños o a esos paisanos que nos han visto de lejos y de cuando en cuando, pero lograr la admiración de quienes te ven todos los días es quizá lo más difícil y, por eso mismo, lo más meritorio. ¿Por qué cree que sea tan difícil obtener el sincero reconocimiento de los conciudadanos?*

—Porque te conocen como ser humano, conocen tu intimidad. Ocurre en los matrimonios cuando el marido o la mujer son muy destacados, pero el cónyuge no lo reconoce tanto porque ve a la pareja en sus miserias. Eso que ocurre en la vida conyugal también sucede con la proximidad: “Era mi vecino —decimos— y siempre andaba pidiendo prestado, aunque ahora sea un destacado escritor, poeta, músico...”. Si fuiste el chillón de la clase, ¿cómo vas a ser ahorita el destacado?

*Armando Fuentes Aguirre, Catón, no solamente es un saltillense destacado. Es una lectura obligada. La gente se levanta y lee lo que publicó Catón, y así desde hace muchos años.*

—Así es. Primero lo leí en *El Sol del Norte* y luego lo seguí en *El Herald*. Mi marido era bastante cercano a Catón y le publicó su libro *La paja en el ojo ajeno*. En aquel entonces, mi marido tenía un restaurante, el Arcasa, actualmente ubicado en la calle de Victoria, e hizo una cosa rarísima: que un restaurante patrocinara un libro. El libro es muy simpático, pero también está escrito con mucha agudeza. Siempre se agradece un

libro así. Firmado por Catón El Censor, Armando Fuente Aguirre, quien añadió algunas imágenes al volumen, sátiras de sí mismo. “El autor, como él quisiera ser,” y aparecía un Charles Atlas musculoso, y en la siguiente página “El autor, como realmente es,” y aparecía Armando en la misma pose pero como era él, muy delgado. El libro es una recopilación de sus mejores columnas aparecidas en *El Herald*, pero además su autor le añadió un toque de humorismo. Por cualquier lado era muy apetecible el libro y muy fácil de leer. Eso debe haber sido allá por el 67. Armando y Lulú, su mujer, fueron unos de nuestros padrinos, cuando nos casamos, en el 68. Luego seguimos con una amistad de hijos y luego de vecindad. Vivimos por la misma calle cuando recién casados, en Bravo. Luego él vivía aquí en González Lobo, muy cerquita. Nosotros vivíamos por Chiapas. Él fue el primer director de *Vanguardia*. Aquí, a cuadra y media, se fraguó todo el plan para hacer el periódico. Mi marido desde un principio pensó en Armando como director. Él fue el iniciador, con unas ideas muy novedosas para un periódico. Traía una biografía narrada en siete días de un personaje famoso. Recopilaba biografías y obras de los artistas plásticos, sobre todo de Saltillo. Hizo cosas distintas, muy singulares, que dieron un toque distinto al periódico. Así que había mucha convivencia. Después, Armando Fuentes estuvo en Monterrey y allá escribió para *El Norte*. Luego, pusieron un periódico aquí: *Palabra*. Fue cuando dejó de escribir para nosotros. Pero siempre ha habido una estrecha amistad, una convivencia más frecuente o menos frecuente, pero siempre afectuosa.

*¿Cuál considera que es el principal atractivo del estilo de Armando Fuentes Aguirre?*

—Tiene una prosa inteligente, fácil de leer, accesible y al mismo tiempo no deja de llevar su gramito didáctico. Te queda algo más, aparte de la risa o de la crítica que esté haciendo. Siempre tiene algo con qué sorprenderte. Eso es algo importante para cualquier artista. La escritura es un arte. Entonces yo creo que siempre debes tener algo de “veme, veme, fíjate que no soy el mismo de ayer, aunque parezca, traigo otra cosita.” Creo que Armando lo logra a pesar de tener una carga extraordinaria, porque no sé yo de otro autor que trabaje los siete días de la semana y publique cuatro diferentes columnas. Es mucho esfuerzo aunque tengas mucha facilidad como la tiene él. Yo recuerdo también que íbamos a salir a alguna parte, y decía: “Ahorita vengo, nada más voy a escribir la columna.” A los veinte minutos salía: “Ya, ya la tengo.” Era rapidísimo. En un momento la escribía.

*Eso quiere decir que, como hay poco tiempo para redactar el texto, hay que pensarlo bien y tenerlo resuelto en la mente antes de empezar a escribir. ¿Y sobre la actualidad de los temas?*

—La actualidad no le importa tanto a Armando. Creo que a él no le importa tanto la noticia del día a día como a la gran mayoría de los comentaristas. Es muy eventual que saque el comentario de tal cosa que sucedió ayer. Es más importante para él lo perenne, lo que siempre está en función, lo que no va a cambiar.

*¿Le parece sincero el amor que siempre le manifiesta a la ciudad o es un recurso para echarse a la bolsa al lector?*

—Pienso que es sincero. Y, haciendo una comparación con Armando, mi marido, quien amaba a la ciudad de una forma que decías tú: “Bueno, ¿no ha viajado o qué?” A lo mejor sí hay esos amores.

*El amor por Saltillo es sin reservas.*

—Es entrega total. Te digo, así como me consta que era el de mi marido. Pienso que sí debe haber otras personas que la amen igual, ¿verdad? Digo, ¿se habrán casado ya con la ciudad?

*“Los ojos muy abiertos antes del matrimonio, y medio cerrados después”, la máxima de Benjamín Franklin.*

—Lo que lograste ver. Por eso te digo: esas personas ya se casaron con la ciudad.

*Catón extrae frases de la vox populi, pero él también es un surtidor de frases para la vox populi.*

—Él inventa mucho. Tiene alma de publicista. Como publicista es genial. Ha hecho muchas campañas.

*De las frases de Catón, ¿cuál es la que más le gusta a usted, con la que más se identifica, la que más recuerda?*

—Me acuerdo de anécdotas, que me caen mucho en gracia. Una vez contó que su tío Rubén, el papá del Profesor Jirafales, le dijo: “¿Ya viste, hijito, la película *Cuando los hijos se van*?” “Sí, tío, está muy triste, ¿verdad?” “Sí, pero es más triste cuando se quedan.” Eso le dijo el tío Rubén. Creo que los hijos estaban ya grandecitos y no salía ninguno.

*“Saltillo es otra cosa” es una de las frases de Catón, con la que hizo una campaña publicitaria. Si se la aplicamos al mismo Armando Fuente Aguirre, ¿considera usted que Armando Fuentes Aguirre también es otra cosa y, si es así, qué cosa es Armando Fuentes Aguirre?*

—Armando también es otra cosa. Es el juglar de Saltillo. Es un personaje. Va a pasar mucho tiempo sin que se dé otro igual. No lo puedes encasillar. Tiene muchas facetas.

*¿Considera que Catón es fiel a sí mismo? Ha publicado desde hace muchos años. ¿Cómo ha visto usted esa evolución? Como persona que de una u otra manera ha estado al tanto de las publicaciones de Catón al frente del periódico, ¿lo encuentra fiel a sí mismo? ¿Ha mantenido esa fidelidad a sí mismo?*

—A sí mismo, sí; a su forma de ser, sí.

*¿No ha cambiado?*

—No. Es lo que se espera de él.

*¿Con qué otros cronistas que también hayan sido saltillenses lo compararía? ¿Con don Artemio de Valle-Arizpe, qué similitudes encuentra?*

—Quizá de otra forma, pero por esa veta graciosa, esa veta de humorismo en sus escritos. La manejan de distinta forma don Artemio y Armando, pero quizá por eso.

*¿Y el hecho de que sean personajes del siglo XIX en su forma de vestir, en su forma de hablar, en sus giros del lenguaje?*

—Pero no decimonónicos.

*Sí. Eso ya es peyorativo, como decir vigésimico a los que somos del siglo XX.*

—Es un caballero bien vestido, correcto, como eran los señores en el siglo XIX. Ésa era también la forma de ser de don Artemio de Valle-Arizpe.

*¿Los señores de la ciudad así son? ¿Es una imagen que le gusta a la gente en Saltillo?*

—Hay una parte que es así. Todavía muy conservadores dentro de todo y caballerosos. Sí hay todavía. Sobre todo gente que ahorita está de setenta y cinco para arriba, incluso de menos de setenta, que son muy propios. Todavía no se atreven a sentarse si está una mujer parada. No se atreven a cometer una falla de urbanidad, pero ni por asomo.

*Y en la vida de Catón, en relación con la historia reciente de la ciudad, ¿cuáles considera que han sido los momentos más significativos de Armando Fuentes Aguirre?*

—Desde luego cuando escribió su primera columna. Segundo, cuando fue director del periódico *Vanguardia*. Tercero, cuando fue nombrado cronista y luego director del Ate-neo Fuente y de la escuela de Ciencias de la Comunicación. Otro, nada más que no

sabría yo ubicarlo exactamente en el tiempo, cuando se convirtió en un periodista reconocido a nivel nacional, cuando ofreció su columna a muchísimos periódicos, que rápidamente también se volvieron adictos a sus columnas. Es exitosísimo en todo el país. A mí me toca eventualmente: “¿Conoces a Catón?”, me preguntan. Se embelesan cuando les digo que sí. Quieren que les diga que es de carne y hueso. Lo tienen en una gran estima en todas partes.

*¿Qué tan importante en la vida de un señor como Armando Fuentes Aguirre es su mujer?*

—A lo mejor no voy a ser muy imparcial, tengo en muy alta estima a Lulú, pero creo que le solucionó a Armando todo lo que él necesitaba de esa parte: una casa organizada, con una mujer completa, que sabe cocinar, que sabe bordar, que sabe tejer. Una mujer muy femenina y aparte muy lista, porque me consta que Armando era el tipo de hombre que le entregaba a Lulú el dinero y ella era muy buena para administrar. Hacía sus pagos, hacía sus ahorros y muy pronto pudieron tener una casita y otra. Ella era una excelente administradora.

Él se admiraba: “¿Tú hiciste esta carpetita? ¿Tú la hiciste?”, decía incrédulo. Valoraba mucho todas las cosas prácticas de mujer que ella sabía hacer. Lulú complementó justamente a Armando en su ideal de vida, porque le dio el tipo de hogar que él quería. Lo ha apoyado siempre. Mucho, mucho.

*¿Con cuál de las cuatro colaboraciones que tiene Armando Fuentes Aguirre en el periódico se quedaría usted? ¿Cuál es la que más le gusta?*

—Presente lo tengo yo, porque es más saltillense.

*¿Con qué otros ilustres autores, compararía usted a Catón?*

—Es muy bromista. Ahorita se me vino a la mente Enrique Jardiel Poncela, que te distrae con sus bromas. No sé si ahora lo conozcan...

*¿Es aquel que dijo: “No hay espectáculo más divertido y edificante que ver cómo se casan los amigos”?*

—Ése. Un humorista español.

*El guionista de ¡Espérame en Siberia, vida mía! El autor de Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes? Qué bueno que lo menciona. Se me hace muy pertinente la relación.*

—Jardiel era periodista y creo que lo mandaron a cubrir una ejecución a un reo. Él ya había visto varias ejecuciones y ya las había cubierto, entonces se fue con amigos, se la

pasó muy a gusto y, como era muy ingenioso, llegó e hizo su nota inventada. Escribió su crónica y, al día siguiente, los demás periódicos publicaron que habían indultado al reo. Entonces lo corrieron del periódico, pero la gente se rio del ingenio de la descripción de la nota. Él ahí descubrió que podía inventarse cosas y le dio por ese lado. Creo que así inició Jardiel Poncela. Y si no, otro fue.

*¿Con qué anécdota podría cerrar esta conversación? Algo que nos muestre a un Armando Fuentes Aguirre como ser humano.*

—Es muy fácil. Armando da con facilidad. Recuerdo muy bien una vez que estábamos haciendo una recolecta de fondos, en la asociación, para becas a estudiantes. Le hablé yo para solicitar su ayuda y de inmediato me dijo que sí, sin preámbulo.

## UNA VIDA TRANSIDA DE ATENEO

ESPERANZA DÁVILA SOTA

*Esperanza Dávila Sota es profesora en Lengua y Literatura Española por la Normal Superior de Coahuila. Maestra en el Ateneo Fuente y directora del Departamento de Educación Personalizada y la Biblioteca José García Rodríguez. De 1985 a 1987, dirigió el Departamento de Difusión Cultural de la Unidad Saltillo de la Universidad Autónoma de Coahuila. En la Universidad Tecnológica de Coahuila (UTC) integró el Centro de Información y Consulta y tuvo a su cargo las áreas de Actividades Culturales, Servicios Bibliotecarios, Prensa, Extensión y Difusión. Desde su fundación, en 1999, es coordinadora de la Biblioteca del Centro Cultural Vito Alessio Robles y miembro de la comisión editorial que publicó la revista Provincias Internas. Coordinó con María Elena Santoscoy el libro Catedral de Saltillo... por los siglos de los siglos, edición conmemorativa de los 200 años de la Catedral de Santiago. Prologó y compiló el libro Óscar Dávila. Aproximaciones literarias, para la Colección Siglo XX Escritores Coahuilenses, de la UADEC. Escribió las biografías de Jesús Guerrero, Jesús López Castro, Francisco Flores Pineda, Manuel H. Gil Vara y Lolita del Bosque, publicadas en la Colección Nuestra Gente, del Gobierno del Estado de Coahuila. Columnista del periódico Vanguardia, en 2008 recibió el Premio de Periodismo Cultural Armando Fuentes Aguirre de la UADEC. En 2015, publicó el libro María Ignacia de Azlor y Echeverz. Una vocación dedicada a la enseñanza de la mujer mexicana.*

*Invitada a esta ronda de entrevistas sobre la figura de Armando Fuentes Aguirre, Dávila Sota prefirió evitar las preguntas de por medio y entregó un texto que contiene su opinión sobre Armando Fuentes Aguirre en su faceta de maestro universitario y como director del Ateneo Fuente.*

Vista a través del tiempo, la gestión de Armando Fuentes Aguirre al frente del Ateneo adquiere una connotación particular. Dirigió la prestigiada institución en los años críticos en que, siendo una de las escuelas fundamentales de la Universidad Autónoma de Coahuila, debía emprender junto a ésta el camino de la autonomía recién conquistada.

Catedrático del Ateneo y de Jurisprudencia desde 1963, Fuentes Aguirre había participado activamente en el movimiento que culminó en la autonomía universita-

ria, primero como maestro y después al frente del Ateneo. El Gobierno del Estado lo había nombrado director de la institución en 1973 y, dos años después, en 1975, se convirtió en el primer director electo por su comunidad, conforme al Estatuto Universitario emanado de la nueva condición autónoma de la máxima casa de estudios. Una vez terminada su gestión de tres años, se postuló nuevamente para la reelección del cargo, única que permite la normatividad universitaria, y alcanzó de nuevo el triunfo por votación directa de alumnos y maestros para dirigir, en su caso por tercera vez, los destinos del Ateneo.

Es importante resaltar que, desde la dirección del Ateneo, Armando Fuentes Aguirre contribuyó poderosamente a dar vida y realidad al concepto de la autonomía en el momento en que daba sus primeros pasos en la Universidad. Su magnetismo de orador incomparable, que provoca siempre la atención absoluta de sus oyentes en todas las ocasiones, se volvía indiscutiblemente más solemne y eficaz en aquellas en que, en ejercicio de su autoridad, debía emprender acciones históricas para consolidar la nueva condición universitaria.

Creo recordar la arenga con la que garantizó el resguardo de las instalaciones al entregarlas a los trabajadores académicos, administrativos y manuales, a raíz de la huelga que demandaba a la Universidad asumir la responsabilidad de su parte en el pago de sus prestaciones en servicios médicos y pensión y jubilación, cubierta en otros tiempos por el estado. Palabras más, palabras menos, la voz del director resonó en el vestíbulo: “El Ateneo ha sido siempre y seguirá siendo el primero en defender el espíritu de la verdad, que ustedes iluminan con su sabiduría, su talento y su dedicación al trabajo. Por eso, este día de trascendencia histórica para el glorioso Ateneo Fuente, hago entrega de su edificio a sus trabajadores y maestros, en el entendimiento de la nobleza de su causa y en la certeza de que en sus amorosas manos estará seguro y protegido”.

Dos días solamente ondeó la bandera rojinegra en lo alto de una de las puertas de acceso al edificio central. Las instalaciones fueron regresadas en condiciones íntegras, cuidadas con diligencia por los trabajadores y maestros, según la encomienda del director.

Impulsor del desarrollo intelectual de alumnos y maestros, desde el primer año de su gestión instituyó la semana cultural que, además de encuentros deportivos y culturales, integró con mucho éxito visitas guiadas a los edificios y lugares históricos de la ciudad y concursos de cultura general, música, arte, oratoria, ajedrez, canto y actuación, matemáticas y ciencias, cuya organización involucraba a los maestros de las materias y a reconocidos personajes expertos en cada disciplina. Así, el jurado calificador contaba

con campeones de ajedrez, actores, músicos, intelectuales y oradores, entre otros, para calificar la participación de los alumnos y otorgar el premio a los primeros lugares: un viaje a la ciudad de Guanajuato para asistir al Festival Cervantino, hasta donde llegaba cada año la delegación de maestros y estudiantes del Ateneo a disfrutar de los espectáculos culturales de primer nivel.

Como director, siempre encontró espacio para homenajear y reconocer a algún antiguo ateneísta y apuntalar el prestigio del Ateneo en cada una de sus áreas. Por ejemplo, el Museo de Historia Natural, para el cual convocó a concurso la imposición de nombre y que desde entonces lleva el de don Rafael B. Narro. Igualmente, aprovechaba para estimular a los estudiantes por haber agregado una nueva nota de honor al prestigio de su escuela. Por sus triunfos más sonados en todas las disciplinas deportivas, la rondalla, los diversos grupos musicales; el grupo de teatro y el ballet folklórico también alcanzaban preseas por sus muy aplaudidas actuaciones dentro y fuera de Saltillo.

Armando Fuentes Aguirre emprendió desde la dirección, múltiples acciones en beneficio del Ateneo. Promovió un nuevo plan de estudios de Bachillerato, que incluía la materia de apreciación del arte; el área de ciencias recibió apoyo incondicional, entre otras cosas, la realización de un Congreso Nacional de Biología y la modernización y actualización de los laboratorios ya existentes de física, química y biología, poniendo al frente a maestros especializados de tiempo completo, además de la instalación de dos nuevas unidades de laboratorios en el edificio adjunto, donde funcionaba el Sistema de Educación Personalizada, una división del Ateneo que él mismo había implementado en 1975 para la atención de estudiantes de preparatoria mediante un método de educación semiabierta, impartida por los maestros de las clases regulares.

En otras áreas, acrecentó los acervos de la biblioteca y promovió su catalogación, así como la divulgación y restauración de piezas importantes del patrimonio artístico del Ateneo resguardado en la Pinacoteca; apoyó irrestrictamente el cultivo de los deportes, la formación y entrenamiento de equipos representativos y los encuentros deportivos de los Daneses en ésta y otras ciudades, al igual que las presentaciones de los grupos musicales, de baile y teatro; alentó las actividades académicas y editoriales, así como las inquietudes del alumnado y de la Sociedad Estudiantil Juan Antonio de la Fuente. Atendió siempre con solicitud las necesidades y promociones del personal administrativo y manual bajo sus órdenes.

Cabe mencionar que, siendo director del Ateneo Fuente, Armando Fuentes Aguirre recibió en diciembre de 1978 el nombramiento de Cronista de Saltillo y que su profunda y reconocida vocación periodística lo llevó a fundar, en 1980, siendo aún director

del Ateneo, la Escuela de Ciencias de la Comunicación, que también dirigió en sus primeros tiempos.

Durante los ocho años de su gestión al frente del Ateneo, promovió intensamente la superación en el salón de clases, en el laboratorio, en la rutina del trabajo académico y administrativo, en el campo deportivo y en todos los quehaceres relacionados con la vida cotidiana de la escuela. Así mismo, cultivó en todos los niveles la responsabilidad en la libertad y la preocupación por la verdad, la *Veritas* inscrita en su lema.

Con la certeza de que el colegio siempre habría de ser recordado por sus egresados, Armando Fuentes Aguirre sembró a manos llenas el espíritu ateneísta. Aún hoy se recuerda su discurso en la ceremonia de graduación de bachilleres en 1976: “No hay tal cosa como un ‘ex ateneísta’. Quien en el Ateneo ha estado es ateneísta a lo largo de su vida toda, porque toda su vida queda transida de Ateneo...”

## CATÓN, MI MAESTRO

SERGIO CISNEROS

*Sergio Arturo Cisneros Vázquez es licenciado en Ciencias de la Comunicación, con diplomados, talleres y cursos de periodismo en la Universidad Autónoma de Coahuila y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Saltillo, y la Sociedad Interamericana de Prensa. Incursionó, desde 1989, como reportero de deportes en El Diario de Coahuila. En 1990, fue reportero y editor de la sección de deportes de El Sol del Norte. De 1990 a 1992 se desempeñó como reportero de Vanguardia en las secciones de política y empresarial. De 1992 a 2005 fue reportero, editor, jefe de información y conductor de radio en El Diario de Coahuila. Desde 2006 a la fecha es director editorial de los periódicos Zócalo de Monclova y Zócalo de Saltillo.*

*Sergio Cisneros fue alumno de Armando Fuentes Aguirre en la Facultad de Ciencias de la Comunicación, pero descubrió que Catón, además de ser un excelente maestro era un gran amigo, guía, consejero y, principalmente, un modelo a seguir para todos los jóvenes comunicadores.*

—Por naturaleza siempre volteamos hacia las obras y hacia los logros de un personaje cuando ya se fue —dijo—. No sé si sea un mal de esta humanidad, pero es un mal de México, de Saltillo, de acá de nosotros. Somos sumisos en ese sentido y por más de que algunos autores han escrito: debemos reconocer en vida. Finalmente no tomamos esa dirección de reconocer lo que todavía está vigente. Aunque luego obras de personajes o de autores siguen vigentes, porque son eternas. Destaco que el Ayuntamiento de Saltillo haga este tipo de homenajes, sobre todo por la relevancia del personaje del que estamos hablando. Los saltillenses lo leemos a diario. Creo que hoy día Catón significa el mejor referente de la ciudad de Saltillo. Me atrevería a decir que no se puede concebir a Saltillo sin Catón. En el resto del país, Catón significa Saltillo. Sobre todo porque es una persona que ama a la ciudad, que la lleva como estandarte en cada una de sus presentaciones, que no son pocas. De hecho, nosotros batallamos para charlar con él aquí en Saltillo, para un desayuno, para alguna opinión. Él atiende muchos compromisos fuera de la ciudad, precisamente por la envergadura del personaje.

*¿Lo leíste antes de ser su alumno o te interesaste por su obra después de que fue tu maestro?*  
—Yo lo leí en los periódicos, antes de ingresar a la escuela de Ciencias de la Comunicación. Siempre he sido lector de periódicos, inicialmente deportes. Leía mucho a su hermano, Emergente (Carlos Ramiro Fuentes Aguirre). De ahí también comencé a leer a Catón. Luego ya lo tuve como maestro excepcional. Un hombre de mucha cultura. Creo que él fue el picaporte a voltear hacia el mundo, para nosotros como estudiantes, porque nos abrió esa puerta para conocer un poquitito; porque en realidad un curso así no te permite mucho, de conocer un poquito las artes del mundo por la naturaleza de la materia que nos daba. Pero, la verdad, le agradezco eso, porque a mí me permitió tomarlo como referente y luego, ya en mis viajes evocaba las materias de Catón.

*¿Cuáles serían las máximas del periodismo que te enseñó el maestro?*

—Entrábamos a temas sobre todo de música mexicana y nos ponía piezas para identificarlas y nos platicaba todo el referente que existía a través de cada una y de los autores. Recuerdo que Catón se refería a Juan Gabriel como uno de los mejores artistas, cantantes y autores que ha dado México. Eso me llamó mucho la atención. Gran parte de los mexicanos escuchamos a Juan Gabriel, pero como un producto comercial más allá de sus letras, de sus arreglos. Vi a Juan Gabriel desde otra óptica. Te das cuenta de cómo la opinión de alguien que sabe te transforma la manera de ver, de ponerle una óptica diferente, ya sea fotografía, música, literatura, etcétera.

*El gusto por lo popular. ¿Crees que Catón sea un personaje popular?*

—Catón por naturaleza es un personaje popular. Yo creo que lo hizo popular su forma de contar un tanto la historia de Saltillo y parte de la historia de México. Cómo de alguna manera mezcla un chiste con lo que escribe día a día. Sus personajes, nombres muy particulares, muy peculiares, me llaman mucho la atención. Sobre todo me encantan las charlas con él. Es fabulosa su manera pausada de platicar las cosas. Creo que por eso tiene tanto éxito en el exterior, fuera de Saltillo. Él sin excepción refiere algún personaje o a alguna historia de la ciudad de Saltillo. Armando Fuentes Aguirre es un hombre que ama a Saltillo y que, insisto, lo lleva como un estandarte a cualquier parte donde se presenta.

*Los profes tienen mucho poder dentro y fuera del salón de clase. ¿Cuáles serían esos grandes momentos de Armando Fuentes Aguirre en el aula?*

—Esa parte de Juan Gabriel. Cuando llegamos a la música de actualidad, te estoy hablando de 1986, y tuve mi primer encuentro con Catón como maestro. Juan Gabriel estaba ya encumbrado y fue motivo de plática en el aula.

*¿Qué canción en particular de Juan Gabriel? ¿Qué frase? ¿Se me olvidó otra vez?*

—Querida... Don Armando hacía referencia al tema, la letra y los arreglos de Juan Gabriel como músico.

*¿Cómo discípulo de Armando Fuentes Aguirre crees que la forma de hacer periodismo de Catón sea imitable? ¿Crees que deje descendientes en el periodismo saltillense?*

—Quizá no en la parte inicial. Él nos platica sus anécdotas, nos las platicó en el aula y cuando tengo yo contacto con él también conversamos un poquito acerca de cuando él tuvo sus primeras andanzas en la calle. Ahorita ya vemos a Catón, el que escribe, el que hace periodismo de mesa o periodismo en la oficina. A mí me hubiera gustado conocer o saber un poquito más a detalle del Catón callejero, del Catón que salía a reportear, del Catón que fue editor del periódico. Creo que esa parte a mí me gustaría que él la diera a conocer y descubrir más cosas sobre la labor periodística, que serían de gran valía para nosotros y las nuevas generaciones. Al final de cuentas, lo incipiente de hacer periodismo es salirte a la calle y tener contacto con la sociedad, ser reportero. Ahorita ya vemos al Catón encumbrado, el que hace libros y escribe columnas, pero creo que hace falta que él platique un poquito más del Catón callejero, que tuvo contacto con sus fuentes, con la redacción.

*¿Alguna anécdota en particular que recuerdes de esas que te ha contado de sus inicios?*

—Él me platica cuando nos vamos a desayunar que, estando en la Ciudad de México, iba al Palacio de Bellas Artes y ahí, se topa con un reportero y se hicieron amigos. En una ocasión, el reportero falla y le pide a Catón que escriba la crónica del evento de ese día. Ahí tuvo sus inicios ya redactando una crónica en el Palacio de Bellas Artes. A su regreso a Saltillo, por razones familiares, me platica que traía una carta de recomendación pidiendo que le dieran oportunidad de ingresar a las filas del ya extinto *Sol del Norte*. Entonces él marca ese inicio de una manera muy peculiar, hasta de cierta manera accidental, porque creo que él estudió inicialmente derecho. Es esa la forma en la que pudo ingresar al *Sol del Norte*. Me lo ha dicho, pero no recuerdo el nombre del director que le abrió la puerta por instrucción de esa carta de recomendación.

*¿En qué momento se convierte en un periodista a nivel nacional?*

—No me he enterado yo de esa parte. Porque el señor tiene tantas y tantas historias qué platicar. Bueno, yo me voy por lo más peculiar. En una última reunión que tuvimos me platicó que él reporteo la última ejecución de un militar cuando en México todavía era vigente la pena de muerte para los militares. Ocurrió precisamente aquí en Saltillo.

Esos hechos históricos también te atrapan y dices: “¡Ah, caray, qué interesante!” No recuerdo que me haya narrado esa parte donde él empieza a despegar y a volverse ya el Catón universal.

*¿Cuál consideras tú que es el principal atractivo del estilo de Catón?*

—A mí me encanta que habla de la familia saltillense. Crea esos personajes de las familias que mantienen vigente a la ciudad en el mundo exterior. Esa parte me gusta. No me gusta la parte de los chistes. Esa mezcla donde escribe entre lo cotidiano y los chistes. Pero es un estilo muy propio de él. Catón es parte de Saltillo. Tengo conocidos fuera de la ciudad y siempre es un referente. Catón siempre es Catón. A lo mejor me voy a ver un tanto absurdo pero, por ejemplo, en Sudamérica conocen México por Chespirito; es un referente. Vieron las repeticiones y todos sus programas. Creo que Catón es así en México. Donde él se presenta, siempre hay una referencia hacia la ciudad de Saltillo y, la verdad, para bien.

# LOS SONETOS DE CATÓN

POR JULIÁN HERBERT



Desde hace algunos años, en México, ha venido arraigándose una rara costumbre: la de “profesionalizar” la escritura lírica. Digo que se trata de una costumbre peculiar porque muy pocos gestos humanos me parecen tan gratuitos como el de acometer el verso. El niño que raya las paredes deviene, apenas adquiere un adarme de conciencia política, discípulo del muralismo: exige cursar estudios en Europa y hasta gana algún vetusto, apócrifo, florentino laurel. Por su parte, el chico que golpea rítmicamente sobre una mesa decide, de pronto, comprarse una computadora y transformarse en ídolo de la música electrónica. La música verbal, en cambio, resulta casi imposible de vender. Y, cuando se vende, suele ser muy mal pagada: si no que lo atestigüen los poetas. Se podría argüir, claro, que al menos la buena elocución podría granjearle a uno la riqueza ambigua de un escaño en el Congreso. Mentira: nuestros políticos mejor pertrechados suelen usar el lenguaje con la misma precisión y generosidad que un merolico de banqueteta.

No obstante, los poetas mexicanos de las últimas décadas han encontrado la manera —casi siempre gracias a premios o becas— de convertir su oficio en una forma de ganarse la vida: muchos de ellos se dedican a versificar de tiempo completo. Lo que redundará en un vastísimo (y por supuesto desigual) cauce de libros de poesía contemporánea.

En tal contexto, resulta raro toparse con un poeta accidental: uno de esos que, apegados a la honorable tradición de la escasez, escriben versos casi bajo

*Catón en conferencia*  
Colección: Luz María  
Fuentes  
Fecha: s/f

protesta. Poetas bartelbys para quienes, en comparación, incluso la magra obra lírica de Gabriel Zaid resulta extensa. A ese peculiar reducto pertenece Armando Fuentes Aguirre pues, pese a contar con una muy vasta obra en prosa, a la fecha ha dado a conocer apenas una veintena de composiciones en verso —todas ellas vertidas en la forma del soneto.

Al respecto, el propio don Armando ha acuñado una justificación que bien vale como aforismo: “Yo no escribo los sonetos; se me caen”.

No me sorprende que Catón haya elegido el soneto como recipiente de sus raptos líricos: la prosa cotidiana del autor —con toda su socarronería y frescura— se asemeja a esos cubos visuales y mentales que encarnan los catorce endecasílabos. El soneto es una forma engendrada en la Italia medieval con el fin de unir, me parece, dos aspectos centrales del pensamiento occidental. Por una parte, la obsesión filosófica por el proceso dialéctico, la necesidad de construir silogismos partiendo a veces de ideas o imágenes antípodas: el hielo quema, la escasez resulta fecunda. Por otro lado, el soneto es también una clave rítmica: hace portátil y al mismo tiempo estable al verso de once sílabas, extrayéndolo de la inexorable epopeya o la canción provenzal.

Como cualquiera sabe —pero no está de más repetirlo— el verso de once sílabas es sumamente práctico para las lenguas romances, pues se presta a combinar lo sencillo con lo solemne. Los versos de arte menor (y en particular los octosílabos) están demasiado cerca del habla común, en tanto el alejandrino —con sus catorce sílabas— resulta denso y grave. El endecasílabo combina las virtudes de ambos, fluyendo con elegante suavidad entre lo cotidiano y lo fatídico, entre la sonoridad histriónica y la charla amistosa. El endecasílabo —y con él el soneto— es una tierra indecisa y múltiple, como indecisa y múltiple ha de ser siempre la escritura poética.

He dicho que no me extraña la elección formal del autor porque, bien mirados, muchos de sus textos en prosa pasarían por adecuaciones periodísticas de las principales condiciones que propicia el soneto: una retícula prefijada, es decir una medida de texto que es ajena a la voluntad del escritor; una tesitura que puede ir de lo cómico a lo trágico, de lo ocasional a lo histórico, porque el género y el tema importan menos que la claridad del proceso mental y la belleza de la ejecución; una serie de rasgos estilísticos recurrentes; una constante aparición de la dialéctica como método de pensamiento; y un fraseo que, aunque rítmicamente riguroso, no se desprende del todo de la voz popular.

Así, aunque Catón haya escrito apenas un puñado de sonetos, es esta forma literaria la que más se asemeja al espíritu de su prosa periodística. De ahí, tal vez, que don Armando parezca conocer tan bien sus entresijos.

La poesía de Fuentes Aguirre no está determinada por estética histórica alguna: no quiere ser ni romántica ni clásica, no condesciende ni al sentimentalismo chabacano ni a desaforadas imágenes surrealistas. Abreva lo mismo en el tópico barroco (siguiendo en particular a Lope de Vega) que en reflexiones acerca de la materia continente del tiempo —un tema que desvelaba también a Gorostiza. Puede asomarse al costumbrismo (por ejemplo cuando habla de la Alameda de Saltillo) pero siempre lo hará con sana ironía. Su asimilación de la tradición y los recursos es evidente, mas, en el soneto que consagra a la muerte de su padre, la donosura de la forma es devorada por la belleza calcinante de la sinceridad.

Haber escrito pocos versos le ha permitido a Catón ser muy preciso en el espíritu, el tono y la técnica de sus composiciones. Son todas muy distintas entre sí. Las une sin embargo —además, obviamente, de su estructura formal— una fina prosodia.

Armando Fuente Aguirre trae siempre a colación, al hablar de poesía, una clásica descripción de las aspiraciones de un soneto, una fórmula plástica y simple que se puede constatar en cada uno de los ejemplos que compila este volumen:

*Un soneto debe ser como un león: ancha cabeza y resonante cola.*

Si ser dueño de un oficio significa dedicarse a él de por vida, cotidiana y productivamente, podríamos decir que don Armando es más bien un aficionado de la lírica. Sin embargo, cuando uno se sienta en una silla y ésta resulta cómoda (y mire usted que no hablo de poca cosa: las sillas cómodas son una especie en peligro de extinción), lo último que se nos ocurre es andar preguntando cuántas sillas ha construido hasta ahora el carpintero: uno se limita a elogiar la bondad del acabado que nos obsequió.

De igual modo, los sonetos de Fuentes Aguirre no requieren de mayores documentos: son poemas cabales. Y los poemas cabales son, junto a las sillas cómodas, una especie amenazada por la negligencia del mundo.

Julián Herbert

## ARTE POÉTICA

Saca al río del río, y lo que sobra  
tíralo por ahí, que no es el río:  
el puente, el cauce, el piélago, el suicidio,  
Heráclito, el rumor, la fuente, la onda...

Atrás de cada rosa hay otra rosa  
que no cualquiera ve, libre de ripios:  
rosa sin *rosa-rosae*, sin Cratilo,  
sin Gertrude Stein, sin Shakespeare y sin Góngora.

A fuerza de existir ninguna cosa  
es ella misma ya, ni el mundo el mismo:  
muerto el Génesis vive la Retórica.

Lección: que los poetas se hagan niños;  
desnudar al vestido sea su obra,  
y no haya más memoria que el olvido.

## **SONETO DE LA PALABRA**

No muchas palabras. Una  
solamente: la Palabra.  
La grande, libre, impoluta  
de academias y gramáticas.

Toma las otras y lánzalas  
por la borda. Luego busca  
aquélla en la que se acabalan  
todas las literaturas.

Y quizá, quizá buscándola,  
una de esas noches largas,  
sin escándalos de luna,

encontrarás tu palabra.  
Virgen, incólume, mágica.  
Nunca dicha, sólo tuya.

### **SONETO CON BARCO**

El barco de Jasón el argonauta,  
barco que surca el rojo mar de vino,  
es como el mar: igual a sí y distinto.  
Perdió el timón ayer, perdió el ancla,

y va con otros nuevos. Esa máscara  
que sal y sol bebió por el Euxino  
es otra ya; su mástil no es el mismo,  
y su proa y su popa, laceradas,

por otras se cambiaron. Y me digo:  
si ni un clavo siquiera el barco guarda  
de lo que tuvo ayer, ese navío

¿es otro ahora o es el del principio?  
Jasón, como su barco, también cambia.  
Y cambio yo también mientras escribo.

### **SONETO CON DERIVA**

Una noche perdí mi último remo.  
No sé cómo... Quizá ni lo tenía...  
¿El otro dónde está? Lo ignoro: temo  
que a lo mejor lo llevo todavía.

Sin vela voy porque no busco extremo.  
No llevo mapa ni compás me guía.  
Mi bote sin timón es Polifemo  
que en cualquier horizonte encuentra vía.

El norte de mi brújula está muerto,  
y cadáver será mientras yo viva,  
y dormiré porque yo voy despierto.

Quiero seguir en este desconcierto.  
No voy sin rumbo, no, que la deriva  
es el rumbo mejor, es el más cierto.

Este hombre del retrato, este hombre triste  
es mi padre: Mariano Fuentes Flores.  
No están en el retrato sus dolores,  
su mansa soledad... Él ya no existe,

murió hace mucho tiempo, pero asiste  
todos los días a la cita. Amores  
y muertos vuelven siempre como azores  
a la percha del alma. ¿Conociste

a mi padre? Yo no. Sólo lo quise.  
No se lo dije nunca. No se usaba.  
Como hizo con su padre con él hice.

Cuando por su ataúd crucé el abismo  
ya era tarde. Hoy que digo: "Yo te amaba",  
el hombre del retrato soy yo mismo.

## **SONETO CON SILENCIO**

Ha callado el reloj. Su clara nota  
no va ya por el aire de la casa,  
exacta, matemática torcaza,  
calendario con ritmo de gavota.

En las habitaciones, la voz rota  
del “Tempos fugit” su lección repasa,  
y el péndulo monótono acompasa  
la fallecida música en derrota.

¿Qué fue de la sonora sonería?  
¿De dónde este silencio que nos vino  
para dejarnos su canción vacía?

¿Debo en ese reloj leer mi sino,  
y ser una amorosa melodía  
que callará de pronto en el camino?

## SONETO PARA DECIRSE EN VIERNES SANTO

¿Y ese afán por negarte y resistirme?  
¿Y ese volverte sordo a mi llamado?  
¿Y ese fingirte muerto y sepultado?  
¿Y ese clavar tu puerta por no abrirme?

¿Y ese tu vano empeño por huirme  
siendo yo cruz y tú crucificado?  
¿Y ese querer salir, desatentado,  
siendo tú el preso y yo la cárcel firme?

¿Cómo podrás echarme de tu lado  
si yo soy la corona de tus sienes  
y la llaga que rompe tu costado?

Sé mi cautivo pues. Te he derrotado.  
Señor: te tengo ya porque me tienes.  
Porque te busco, Dios, ya te he encontrado.

Llegó, cuando pardeaba, el señor cura al rancho  
—misa, bodas, bautizos, primeras comuniones—;  
pobres, como de pobres, sus recios zapatones,  
su raída sotana y su sombrero ancho.

Él a todos conoce: Esteban, Lupe, Pancho...  
Lo quieren ellos porque “no nos hecha sermones”.  
Al cielo los conduce entre dos maldiciones:  
a los hombres “cabrones”; a los niños, “carancho”.

Con su antiguo breviario que lee vacilante,  
su café y su cigarro, su catre, un viejo manto  
y un plato de frijoles, tiene más que bastante.

Para la risa es fácil, igual que para el llanto...  
En la ciudad los suyos lo llaman ignorante.  
Y lo es. Tan ignorante que no sabe que es santo.

Potrero de Ábrego  
Ayer. Muy ayer

## UN SONETO POR EL AMOR DE DIOS

Si he de dejar el corazón tirado;  
si he de morir el resto de mi vida;  
si es necesario herir mi propia herida  
y olvidar de una vez lo recordado;

si he de pasar por lo que ya he pasado  
y derribar la casa construida,  
y decirme mi propia despedida,  
y convertirme en muerto y sepultado,

bien está: el corazón será rendido,  
y me atravesaré de parte a parte,  
y la memoria tornaré en olvido.

Quiero matar lo que sin Ti he vivido.  
Quiero perderme, Amor, para encontrarte,  
Porque si no te encuentro estoy perdido.

## **LA ALAMEDA**

Catedralicios árboles. Severas  
frondas de los impronunciabes troenos,  
Anual pedriza de nogales, llenos  
de urracas de Damocles traicioneras.

Uniformes muchachas pasajeras:  
eternas normalistas. Nazarenos  
filósofos. Poetas (más o menos).  
Y gendarmes y niños y niñeras.

Y amor... El siempre amor: aquí reside,  
nace, crece, se junta, se separa,  
y aquí al morir el duelo se despide.

En ella habemos todos biografía.  
Si la Alameda de Saltillo hablara  
¡cuántas cosas, Señor, no callaría!

### SONETO A UNA DAMA QUE ME PIDE ESPERAR

¿Esperas que yo espere? Vana espera.  
Por esperar estoy desesperado.  
¿Cómo voy a esperar, aunque quisiera,  
si quien me pide espera es lo esperado?

Esperar es penar. Yo ya he penado.  
Si esperar fuese amar yo espera fuera,  
mas no voy a esperar, esperanzado,  
que esperando mi amor el tuyo muera.

Inútil esperar. La espera es pera  
que mis olmos no dan. Esperar cansa.  
El que espera, ya sabes, desespera.

Desespera. No esperes mi mudanza.  
Esperar que yo espere es vana espera.  
Ya no puedo esperar ni a la esperanza.

### **SONETO A UN HOMBRE RICO**

Estas cosas que ves —y que te miran  
cuando no te das cuenta— son las cosas  
que tú llamas “mis cosas”, y que nombras,  
numeras, mides, pesas y registras.

Pero ellas son tus dueñas y señoras.  
Te siguen como perras. Te vigilan.  
Diría que son tu sombra. Así diría  
si no es porque en verdad tú eres su sombra.

Cosido estás a cosas, y a tal costa  
que ni siquiera quieres que algún día  
tu mortaja de cosas se descosa.

Muerto de cosas vas. Ellas te acosan.  
A lo mejor, las cosas ya bien vistas,  
tú no eres otra cosa que otra cosa.

### **SONETO A UN HOMBRE QUE TIENE MIEDO A MORIR**

Tiembla si quieres. El temblor no salva.  
Tiemblan las hojas y las tumba el viento.  
Viento es la muerte: soplan ya en tu cuerpo  
vientos de tumba y soplos de mortaja.

Huye si quieres, y si quieres alza  
torres guardianas por guardar tu miedo.  
Muerte es tu carne, huesa son tus huesos.  
Tú eres tu muerte: huyéndote te alcanzas.

Tiembla pues. Huye pues. ¿Temblor o fuga  
van a hacer inmortal lo que está muerto?  
No es piel, es ataúd esa piel tuya.

Vana pavesa: evítate pavuras,  
al fin y al cabo cavas ya tu término  
y vas de tumbo en tumbo hacia la tumba.

## **SONETO CON RELOJ DE SOL**

Patíbulos y aduanas tus esferas,  
tasas las horas y las horas cazas.  
Aprisionando edades la edad pasas,  
y tu cárcel no admite prisioneras.

Di: ¿medirás tan solo primaveras  
y en invierno cerrarás tus casas?  
Pues ¿cómo puedes ser reloj de veras  
si al paso de una nube te retrasas?

Reloj de sol, osario fecundado,  
vientre que pare el tiempo no llegado,  
esqueleto del tiempo fallecido:

lección de eternidad me has enseñado  
al entregarme el sol petrificado  
y el tiempo en peña dura convertido.

### **SONETO CON RELOJ DE ARENA**

Polvo es el hombre, y siéndolo, regresa  
al polvo, su principio y su retorno.  
Éste, señores, es viaje redondo:  
en polvo empieza el hombre, en polvo queda.

El tiempo es polvo que sepulta todo.  
Las cosas que ahora son, las venideras  
y las que fueron, todas están muertas,  
y cae polvo de tiempo en sus despojos.

Si hombre y tiempo son polvos de algún lodo,  
y si todo es de tierra (hasta la tierra),  
tengo, pues, mi final bien aprendido:

cuando a mi polvo se le acabe el polvo  
yo iré dentro de ti, reloj de arena,  
marcando el polvo, en polvo convertido.

### **SONETO CON HERIDA**

Deja rodar mi corazón. Va ciego  
y con la muerte a costas. Anda, deja  
que si la vida madre se le aleja  
la busque a tuestas como niño en ruego.

Está al caer el corazón sin fuego.  
Sólo le queda una memoria vieja  
y un torvo grito convertido en queja...  
Aquí me tienes, mira: a ti me entrego

todo atado y de todo desatado,  
vestido en desnudez y sin orgullo.  
Huérfano de mí mismo, ya he borrado

mi nombre de la tierra. Aquí concluyo...  
Herido el corazón de lado a lado  
quiere dormir bajo la paz del tuyo.

Me tomas de la mano, flor pequeña,  
espejo, colibrí, canela, nube;  
y me elevas al cielo a donde sube  
el alma cuando olvida o cuando sueña.

Abres los ojos, y su luz me enseña  
que ya se fue la soledad que tuve,  
que tu paso es el paso con que anduve;  
y a tu sombra mi sombra se despeña.

Si no fuera por ti yo no sería.  
Cegaría si no pudiera verte.  
Soy de mí nada más porque eres mía.

Quiero volverme sed para beberte,  
y amanecido en ti tras mi agonía,  
bajo tu vida sepultar mi muerte.

La flor sobre el armario tus perfumes aspira.  
El cristal de tu carne retrata los espejos.  
Y tú me miras. Miras. Y me miras, me miras...  
Y yo te beso. Beso. Y te beso, te beso.

Espejo y flor se vuelve tu integridad rendida.  
En resplandor y aromas se diluye tu cuerpo.  
Y no sé si es de vidrios la luz de tus pupilas,  
y si lo que acaricio es la carne o el pétalo.

Por fin tus muslos se hacen lápidas de agonías.  
Tu delirio de lirio se agota. Sobre el pecho  
se me queda tu larga cabellera dormida.

Entonces pienso la hora en que, muerta la vida,  
quedará en la alcoba, de todo lo que hoy veo,  
más que un azogue roto, y una flor derruída.

### **SONETO CON MAR Y GAVIOTA**

El mar está secando su vientre de ballena.  
Se tendió panza arriba, voluptuoso y jocundo,  
entornó sus mil párpados de hipocampos y arena,  
bostezó una marea y se olvidó del mundo.

Y el sol hizo una lengua de su luenga melena  
y lamió toda sal en el vientre rotundo.  
Con guirnaldas de pulpos en la frente serena  
sobre su lecho de algas el mar duerme, profundo.

El mar está soñando. A ritmo de gavota  
las sirenas arrullan el sueño del gigante.  
Una canción de espuma sobre la espuma flota...

El mar se ha estremecido. Una onda larga brota,  
se tiende suave, y borra en la orilla distante  
la huella diminuta de la última gaviota.

## PLEGARIA

Un pedazo de tierra para posar mi planta  
y ahí una huella sabia que conduzca la mía.  
Un rincón en el cielo donde anidar mis ansias,  
con una estrella, para saber que Tú me miras.

Sobre mi frente un techo; bajo el techo una llama;  
un pan que nunca falte, y una esposa sencilla.  
La esposa como el pan: alegre, buena, cálida...  
El pan como la esposa, de suavidad benigna.

Un amigo, y un libro. Salud, pero no tanta  
como para olvidar que he de morir un día.  
Un hijo, que me enseñe que soy Tu semejanza.

Sosiego en el espíritu. Gratitud en el alma...  
Eso pido, Señor, y al final de mi vida  
dártelo todo a cambio de un poco de esperanza.

Capítulo tomando de Herbet, Julián. (2009). *Los caminos del juglar. Un paseo por la vida de Armando Fuentes Aguirre*, Catón. Saltillo, Coahuila: Instituto Coahuilense de Cultura.



# ÍNDICE

A MODO DE BIENVENIDA	9
A MODO DE PRESENTACIÓN	11
ACCIÓN DE GRACIAS	13
UN SALTILLENSE PARADIGMÁTICO	17
ARMANDO FUENTES AGUIRRE, <i>CATÓN</i> . UNA VIDA CON BUEN HUMOR, UNA VIDA DE BUEN HUMOR, POR JOSÉ LUIS ESQUIVEL	21
La infancia en Saltillo	21
Símbolo de Saltillo	43
OPINIONES SOBRE EL CRONISTA, POR JESÚS DE LEÓN	77
Lo que se llama un polígrafo. Enrique Krauze	77
Entre Monsiváis y Vivaldi. Horacio Franco	80
Un cronista familiar, dice Fernanda. Fernanda Familiar	83
También los que hacemos pastorelas o columnas políticas. Miguel Sabido	87
Abrir una enciclopedia o leer a Catón. Eduardo Caccia	90
El baladista habla del cronista. César Costa	95
Catón visto de cerca. Diana María Galindo Teissier	99
Una vida transida de Ateneo. Esperanza Dávila Sota	105
Catón, mi maestro. Sergio Cisneros	109
LOS SONETOS DE CATÓN, POR JULIÁN HERBERT	113

*Armando Fuentes Aguirre, Catón, el saltillense de toda la vida,*  
se terminó de imprimir en julio de 2018 en los talleres de Quintanilla Ediciones.  
El cuidado de la impresión estuvo a cargo de Elsa Tamez, Cristina Araiza y Memo Ramírez.  
En su composición se utilizaron fuentes de la familia Charter.  
La edición consta de 2500 ejemplares.



